



FERNANDO DIEZ DE MEDINA

EL CONDOR BLANCO

1985

COMPañÍA MINERA CELESTE LTDA.

Alfredo Rojas Osinaga

Auspiciamos la difusión del conocimiento

Portada del artista Jorge Villanueva Suárez

© Rolando Diez de Medina, 2003
La Paz - Bolivia

El Cóndor Blanco existe y no existe. No tiene animalidad vibrante del gran cetáceo que turbó las noches de Melville, ni es símbolo del poder feroz de las antiguas tribus totémicas. No se le vio cruzar los cielos de la poderosa cordillera. No se escuchó el pavoroso batir de sus alas acuchillando los aires. No fue capturado por ojo humano ni reproducido por dibujo alguno. Porque como el Ande inmaterial que se esconde detrás del Ande visible es más accesible a las intuiciones del corazón que al razonamiento de la mente.

¿Existe o no existe el Cóndor Blanco? En realidad todos lo ignoran y si alguien tuvo -o tiene- evidencia de su presencia corpórea no la transmite, porque está vedado hacerlo y el temerario que viola el recinto del ave fabulosa, recoge su imagen y la proyecta al mundo exterior pagará tributo y expiación.

Tradiciones remotísimas de origen indio afirman que hubo el tiempo de los Grandes Jefes Voladores, cóndores inmensos a los que aluden remotas teogonías, hoy petrificados en las cumbres de los nevados seculares. Pero uno de ellos, advierten, suele transvertir de montes a pájaro gigante y suele aparecer en vuelo fugitivo para aquello que creen en los dioses cósmicos.

De cierto: existe y no existe el Cóndor Blanco.

También Bolivia es un país misterioso real e irreal a un mismo tiempo. Subsiste en la materialidad de los valores tangibles y no alcanza la unidad espiritual que fortalece a las naciones. Para el dolor y la desgracia, madre fecunda. En la bonanza toda imprevisiones. Indios, mestizos, transeuropeo habitan órbitas distintas por mucho que el esfuerzo de la minoría dirigente persiga la integración social y racial. Las mayorías marginadas persisten en el sopor colonial; las clases cultas se odian y despedazan entre sí lo mismo que sus individuos. Inmensos espacios vacíos, escasa población: es todo el drama.

La psique del indio, la psicología del mestizo, la ciencia del transeuropeo son tres cosas distintas y cada una de ellas constituye una cultura particular. Por eso difícil definir al boliviano,

alma perpleja, atormentada dentro de la cual se entrecruzan los hilos invisibles del ancestro, del mestizaje y del mundo occidental.

Aun para el arte las formas de expresión se trifurcan en diversas maneras de sentir. Si contara la historia del Cóndor Blanco al modo indio, daría una versión diferente si fluyera a la manera mestiza, y más distinta aún si se virtiera en módulo europeo.

Hay una Bolivia real de las desventuras y las contradicciones; otra Bolivia ideal que la llevamos en el corazón. A ese mundo mágico del ensueño y la búsqueda sin tregua pertenecen estas páginas.

El secreto no existe, el secreto lo llevas en ti, o lo elaboras tú mismo atribuyendo a seres, cosas, sucesos el velo misterioso que cubre y encanta todo.

Diremos, pues, que la historia del Cóndor Blanco pertenece y no pertenece al estilo nacional preformado ya en la mente creadora, pero difícilmente manifestado en sus formas exteriores. Porque para que tres almas encuentren la simbiosis final deben transcurrir todavía muchas Lunas.

"Habitó un sueño como habitar el Ande" —dirá el poeta andino—. ¿No será, más bien, que el océano monstruoso lleva sus cóleras y sus extensiones aterradoras al corazón del hombre?

En cura de silencio y soledad refiere lo que te contaron, lo que viste, lo que imaginaste o recordaste de ese tiempo sin tiempo que enlaza lo mítico, lo real y lo fantástico.

Porque el Ave Fabulosa pide su lugar en el granito azul de las literaturas. Y lo tendrá.

1

Las estrellas hablan. Cantan las cordilleras. Lloran los ventiscos. Imploran las quiebras y hondonadas. Piden ser oídas. Porque cada cual posee su lenguaje y su cifra de revelaciones. El hombre actual, atento únicamente a la supercivilización electrónica y matemática, olvidó los antiguos ligámenes con la naturaleza. De ser mágico se convirtió en ser mecanizado. Es la criatura de sus creaciones. Reina el artificio. Por eso ya nadie cree en portentos ni en iluminaciones. Y sin embargo ellos existen: saber buscarlos.

Más importante que el alfabeto de la tierra, la voz de sus pobladores. El indio cósmico que comunica con la naturaleza, animista y telúrica a la vez; el mestizo que conjuga los flujos raciales; el transeuropeo, ahíto de poder y de saberes, sordo y ciego para la magia de los ancestros.

Mensajero del pasado inmemorial el primero, el segundo tumultuoso y presentista, insaciable y dinámico el tercero con carga de futuro. Pero todos tres viven, aunque pocos lo perciban, en el tiempo indeterminado de lo incomprensible que sólo rige en la América de las tierras interiores y de las inverosímiles alturas. Ese aire de misterio y lejanía que bordea la extensión altiplánica. Esa apariencia lunas de cráteres menores, soledad, silencio. Ese mundo ignorado de las cordilleras que extrajo del fondo de los mares la materia rebelde y orgullosa de sus pináculos de hielo.

Los que pasan en vagonetas o automóviles veloces nada ven. Ni el camión ni la bicicleta permiten ahondar en el paisaje. Sólo el indio sabe que su marcha lenta pero segura despierta las músicas del ancestro y se abre a las maravillas del escenario físico. Por eso, para penetrar y entender el mundo mágico del Ande busqué la amistad y gané la confianza de Teodoro Mamani, aimara puro, que aun conviviendo con blancos y mestizos nunca se abrió a ellos. Hermético, receloso al principio, cuando comprendió la sinceridad de mi amor a la comarca andina y a sus

pobladores, en larga y morosa frecuentación, fue mi guía e interlocutor en el difícil acceso al mundo desconocido de las montañas.

Una tarde estaba yo sumido en éxtasis frente al Nevado Prodigioso, olvidado del tiempo. Pudieron ser dos, tres horas o más. Claro que soy cristiano, ésa es mi religión, pero suele suceder que de vez en cuando, contemplando la naturaleza física, los animales en movimiento y hasta el fascinante mundo vegetal, me siento penetrado por el sentimiento cósmico de las antiguas teogonías: entonces una montaña, un puma, un árbol se transfiguran a mis ojos y me parece reconocer en ellos deidades desconocidas emboscadas en el velo de los milenios. Se puede ser simultáneamente católico de religión y animista de intuición poética.

Esa tarde, repito estaba sumido en la contemplación del monte prodigioso, absorto en su tremenda tempestad inmóvil. Al largo mirar, al hondo sentir, retrocedí en el tiempo, creí ser niño otra vez, y esa masa colosal de nieve y roca levantándose como un templo griego en el espacio se fue transformando ante mis ojos en una presencia titánica llena de fuerza y de belleza. Tenía un cuerpo descomunal, una cara grave y resplandeciente que me miraba ceñuda; no era un monte, era un dios revestido de majestad y poderío. Me invadió un terror sagrado; estaba como embrujado por el coloso de nieve. Luego me sobrevino un sentimiento de calma, de confianza. El titán me sonreía, emanaba bondad y protección. Era la divinidad amiga que amaron los primitivos andinos. Sostuvimos largo diálogo sin palabras: yo entraba en la montaña, la montaña entraba en mí. Pienso que en cierto momento hombre y monte fuimos una sola presencia comunicante destinada a encontrarse desde un tiempo sin clave.

Tan absorto estaría frente al Nevado Insigne que ignoro en qué instante el indio se aproximó. Saliendo de mi éxtasis visual volteé la cabeza y lo vi imperturbable, sentado como yo en la roca. No me miraba y su mirada se clavaba en el coloso.

Era un aimára de rasgos firmes y tez cobriza. Vestía a la usanza nativa: ojotas, pantalón de bayeta, un poncho multicolor, el clásico "lluchu" en la cabeza. Habló en forma lenta y al hablar su figura adquirió un aire de altivez:

—Así tenía que ser —dijo— muchos lo ven sin verlo. Pasan solamente. Tú gas llegado a entenderlo; él también te entiende a ti. Te observé mucho rato: tu amor, tu admiración por EL son sinceros. Mereces confianza.

No supe, de primer intención qué responderle.

—¿Quién eres? — atiné a preguntarle.

—El indio Teodoro Mamani.

—No te avergüenzas de tu origen. Muchos prefieren ser llamados "campesinos".

—Esos no saben lo que son ni lo que podrían ser. El indio verdadero no reniega de su procedencia ni de su destino. Aguarda como el monte: ya le llegará su hora.

—Crearás que soy un loco quedándome horas frente a la montaña...

—¿Por qué un loco? Al contrario; creo que eres un vidente inconsciente, un soñador intuitivo, acaso un iniciado...

Me asaltó la sospecha. Un indio no se expresa con lenguaje tan profundo.

—¿Por qué me engañas? —dije—. ¡No eres un indio!

—Soy el indio Teodoro Mamani —repuso— aprendí tu castellano, me gradué en tus universidades, y el Padre Wiracocha me concedió el don de expresarme como ustedes los blancos.

Yo seguía dudando:

—No pareces un nativo, un aimara. Tú podrías ser un buen maestro, un diputado, hasta un ministro...

El indio no se inmutó:

—Aquí soy más necesario. Pertenezco al Consejo de Amautas. Estoy formando a los míos.

—¿Y por qué reparaste en mí si no parecen interesante los Blancos?

—Porque amas la Montaña y el que ama y siente a la Montaña es amigo del indio.

Ambos callamos y seguimos contemplando al Monte Nevado sin comunicarnos impresiones. ¿Para qué? Permanecemos en muda expectación, tan vez media hora, tal vez más. De vez en cuando miraba de soslayo: el Teodoro Mamani parecía una estatua, no se alteraba un rasgo de su faz cobriza. Una fuerza invisible amarraba su vista a la montaña. ¿Qué revoluciones cruzarían su mente y su corazón? Finalmente se despidió:

—Tengo que recoger el ganado —manifestó—. Volveré a verte.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté intrigado.

—Está decidido, en tus ojos, en los míos, en la montaña.

Y se alejó con paso lento y grave dejándome perplejo.

Transcurrieron varias semanas durante las cuales nada supe del Teodoro Mamani.

Indio raro. Seguramente: no volverá a verlo. Poco después lo había olvidado.

2

Mi prima Rosalinda fue el encanto de mi infancia; siguió siéndolo en la adolescencia, y ahora que estudio ingeniería en la Universidad puedo afirmar que mis estudios, el fútbol, mis correrías por los grandes cerros y Rosalinda son los mayores incentivos de mi vida. Pero Rosalinda ignora mi amor, que jamás me atreví a confesarle. Algunos años mayor, me miraba y trataba como se trata a un hermano menor. Estaba casi comprometida con Simón del Canto, rico hacendando, cuarentón, hombre culto, simpático, además elegante y buen mozo. ¿Qué más se podía pedir? Yo sólo escuchaba comentarios favorables en torno a la suerte de Rosalinda que tenía el novio ideal. Ella tranquila, con gran dominio de sí misma, era poco expansiva, no se confiaba a nadie. A veces me parecía algo melancólica, una melancolía fugaz que ella disimulaba muy bien. ¿Amaría realmente a Simón del Canto o sólo casaría con él para salvar la quiebra financiera de la familia? Rosalinda es un enigma, un enigma adorable porque todo cuanto dice se me antoja encantador.

Un día mi prima planteaba acometiva:

—¿Por qué no me llevas en tus trepadas a los montes?

—Es peligroso... A veces resbalo y puedo caer a una grieta... O anochece y nos podemos perder... Tuve encuentros con animales... Las aventuras no son para mujeres como tú.

—¡Qué sabes tú! Soy más fuerte de lo que aparento; no tengo miedo a afrontar peligros. Llévame.

Un sábado, de madrugada, iniciábamos la marcha hacia el Monte Negro un cerro solitario en la serranía oeste de la ciudad. No se trataba de escalar difíciles ni de realizar proezas montaÑeras; simplemente: de trepar hasta la cumbre, contemplar el paisaje y descender. Pero el trayecto era largo y difícil. Rosalinda calzada con botas adecuadas, pantalón, una campera y una

blusa, llevaba una gorra con visera y anteojos de color contra el fuerte sol. Yo la encontraba más linda que con el más deslumbrante traje de fiesta. Se me antojó que así, sencilla y natural, lucía mejor que detrás de los artificios de la moda.

En casa y en los salones Rosalinda reía rara vez. En la marcha y en el ascenso al monte su lenguaje se hizo más franco y sus risas más frecuentes. Se abrió a la naturaleza. Respiraba el aire con fruición, su pecho se expandía gozoso, sus ojos brillaban de alegría. Resultó una compañera perfecta para escalar cerros. Nada la amilanaba, no le disgustaba nada. Comíamos frutas para apagar la sed y alternamos momentos de silencio con otros de conversación amable.

—Lo adivinaba —dijo— pero nunca creí que fuese tan agradable. Lo que habrás disfrutado en tus correrías por los cerros...

Por primera vez me sentí superior a mi hermosa prima:

—Me alegra que lo comprendas —repuse—. Dominar al monte es como vencerse a sí mismo. Es educar el carácter.

—El carácter, sí: lo formamos y nos conforma. A veces no nos sirve de nada porque también existe el destino.

Una sombra de tristeza cruzó su mirada. Ella captó mi ansiedad y luego, impetuosa, propuso:

—¡Vamos, no nos detengamos. Todavía está lejos la cumbre!

Trepaba con osadía. Si resbalaba en el ascenso no vacilaba en aferrarse al suelo erguido con manos y pies. Reía de sus tropezos —no era ciertamente experta en subir cerros— más no vacilaba en superarlos. Ciertamente, resultaba una excelente compañera, alegre y animosa. Me sentía dichoso junto a ella y más, aún, porque la iniciativa y la decisión me pertenecían.

En los ratos de descenso la observaba libremente porque Rosalinda asombrada con los descubrimientos visuales se entregaba entusiasta a la contemplación del paisaje. Su cuerpo flexible y armonioso vibraba de libertad, despojada del gorro con viseras, sus cabellos ondeaban al viento y daban mayor belleza al rostro, las aletas de su nariz se henchían de gozo. Así, arrebolada, irradiando felicidad en los ojos y en los ademanes parecía una deidad antigua transportada hasta el Monje Negro.

Le cogí la mano instintivamente. Su contacto cálido me estremeció de júbilo. Respondió a la presión de la mía sin dejar de mirar el paisaje. "Es natural —pensé— soy el hermano menor al que no se niega una caricia, y nada más". Solté su mano. Rosalinda ya no hablaba extasiada en el paisaje que pocos metros antes de la cima desplegaba su esplendor y novedad. Una pena oscura invadió mi corazón. No sabía por qué...

Llegados a la cima Rosalinda se transformó en otro ser. Erguida, entusiasta, desafiante, lanzaba gritos de alegría. El viento batía furiosamente sus cabellos y ella lo resistía impávida. Temí que el vértigo del abismo la acosara pero no parecía sentirlo. Fascinada por un espectáculo antes jamás conocido, vibraba de júbilo y su mirada ansiosa recorría el horizonte, exultaba ante los grandes nevados, se esparcía por el vasto altiplano. Observé cómo sentía la atracción gravitante del vacío. La criatura salvaje, rebelde, llena de fuerza y dinamismo que todos llevamos dentro se expandía libre de frenos en el soberbio escenario de la naturaleza montuosa. Mi prima me infundió asombro y respeto; su natural recato, su reserva habitual, ese perfecto dominio que caracterizaba todos sus actos habían desaparecido como por encanto. Se había transformado en una mujer nueva, delirante de vida, de energías desconocidas, como arrebatada por la deidad de las alturas.

—¡Cuidado! —advertí—. Fíjate en tus pasos, la cumbre es muy reducida y podrías caer.

Pero ella giraba en luna danza loca, ebria de alegría con giros improvisados que jamás viera. Danzaba y cantaba algo que no podía entender. Después de unos instantes se detuvo anhelante:

—¡Oh Sebastián! —exultó—. No saber cómo te agradezco que me hayas traído aquí.

Detrás de la Rosalinda de todos los días surgía otra Rosalinda audaz, imperiosa, desbordante de tensiones desconocidas. Pensé instantáneamente: "Una diosa griega en la montaña".

Fuese calmando poco a poco. Recuperado el dominio de sí misma, nos sentamos en el duro suelo y permanecemos mucho rato en silencio, contemplando las bellezas del panorama, sintiendo la terrible atracción del vacío que se abría cercano. Ni el sol ardiente ni el viento hostil parecían turbarla. Estuvo como ensimismada en el paisaje y sumergida en sus propios pensamientos. Yo me sentía dichoso junto a ella, contemplándola furtivamente, más bella que nunca, comprendiendo que la novedad de la aventura me elevaba en su afecto. No sé el tiempo que transcurriría hasta que Rosalinda se levantó:

—Es hora de volver —anunció— ¡Qué pena!

Casi no hablamos al descender, como si el regreso hubiese apagado las inquietudes del ascenso.

Al llegar a su casa, todavía en sus ojos la llama secreta de una dicha recóndita. Respeté su silencio. Rosalinda se despidió dándome un casto beso en la mejilla:

—Nunca olvidaré esta tarde, Sebastián. Te debo el descubrimiento de un mundo nuevo.

"De una nueva Rosalinda" — pensé yo y estaba tan perturbado que ni sé cómo me despedí de mi prima.

Como era natural la vida familiar volvió a su cauce. Cuando volví a verla era nuevamente la otra, la Rosalinda buena, serena, reservada que me trataba igual que a sus hermanos. Yo urdía cosas con mis primos; ella actuaba en una esfera superior, con los mayores. Simón del Canto solía visitarla y acompañarla. Noviazgo raro el suyo, aún había pedido su mano pero se lo daba por descontado. El era algo tímido, parco en el hablar, ella tranquila, formaban pareja no afecta a las efusiones. Ni miradas tiernas ni caricias furtivas. Aparentaban ser más compañeros que enamorados. Rosalinda, en general, no salía de su natural recato. Yo solía advertir sus raptos de melancolía que ella disimulaba en lo posible. Yo no tuve oportunidad de alternar con mi hermosa prima porque en esa época los mayores frecuentaban a los mayores y los menores teníamos que entendernos entre menores.

Un día la encontré en la calle cargada de paquetes.

—Rosalinda, permite que te ayude — dije cogiendo dos de ellos, los más grandes.

—Tú siempre el gentil caballero. Acepto tu ayuda.

Hablamos de cosas triviales. No me atreví a recordar la aventura del Monje Negro. No sé cómo aventuré:

—Todos dicen que te casarás pronto. Deseo que halles la felicidad que mereces.

Rosalinda me miró sorprendida:

—¿Por qué te preocupas de mí? Todavía no pidieron mi mano.

—Pero lo harán...

—Sí, pienso que lo harán.

—El matrimonio te hará conocer el amor.

—No siempre el matrimonio es amor. (luego advirtiendo mi reacción, como queriendo borrar sus palabras, añadía). El cariño, el afecto, claro que pueden dar la felicidad.

Comprendí el drama: mi prima no amaba al señor Del Canto. Una extraña alegría me invadió. Yo conocía la naturaleza ardiente, apasionada de mi prima firmemente regulada bajo una apariencia de frialdad y contención.

Si no quería a Simón del Canto ¿a quién podría amar mi bella prima? Me consolé con la idea de que tal vez no se casaría tan pronto. O que podría encontrar un hombre digno de su amor y de mis simpatías.

Pasaron tres meses. Fue solicitada como esposa para Simón del Canto. Así comenzó el noviazgo oficial sin que cambiaran las relaciones ceremoniosas entre los novios. El no la importunaba con visitas largas ni frecuentes; ella lo acogía cortés y deferente. ¿Cómo podía ser? En mi juventud yo entendía el amor entre dos seres que se van a pertenecer toda la vida como algo tierno, romántico, impulsivo. Un marido frío, una esposa reservada, ¿qué pareja harían?

Como yo frecuentaba la casa de mis primos no tardé en reparar en los preparativos de la boda. Me costaba disimular mi pena. "¡Qué absurdo! ¿Cómo pudiste pensar en ella? Si es tu hermana mayor, podrá ser tu amiga, jamás tu amada..."

Una mañana de invierno cuando un sol de oro lucía en el azul radiante. Rosalinda se me aproximó agitada:

—¿Podrías llevarme otra vez al Monje Negro? Será mi despedida a las aventuras.

—¡Claro que sí! — contesté entusiasmado.

Y al amanecer partíamos hacia el segundo ascenso al cerro inmenso. Mi prima llevaba botas pero esta vez vestía de mujer. Yo la encontraba más atractiva aún en el atuendo femenino. Y me prometía mayores deliquios que la primera vez. Pero no fue así.

No hubo nada de la alegría desbordante del primer ascenso. Rosalinda habló poco, rió menos, parecía reconcentrada en sus propios pensamientos. Dos, tres percances en la subida al Cerro Negro desataron fugaces risas y alegrías; luego todo volvió a ponerse oscuro en la segunda aventura. Lucía un sol tan esplendoroso como la primera vez, el viento menos fuerte, pero yo sentía que en el ánimo de mi prima bogaban sombras grises que se trasladaban al mío.

Llegamos a la cumbre. Nos sentamos a disfrutar el soberbio panorama. Seria, callada, Rosalinda estaba muy distante del júbilo pánico que la poseyó en el ascenso anterior. En sus ojos advertía chispas fugitivas de alegría que no tardaban en ceder paso a un velo de tristeza.

—Perdóname —dijo— te eché a perder el paseo.

—Me basta estar a tu lado.

Ella me miró con ternura:

—Eres bueno, comprensivo... (Enseguida colocando su mano sobre la mía expresó vacilando, como si la costara confesarlo). Tú sabes...debo casarme... Destino natural de toda

mujer, claro... Conoces la situación de la familia... ¿Cómo podría resistirme si se trata del bien de todos? Del Canto parece una persona excelente... Lo que me entristece es que a él encantan la vida social, los viajes, y yo prefiero una vida sedentaria, menos fiestas, menos viajes... ¡El hombre dispone, la mujer obedece! Esa es la Ley, es la costumbre dentro de la que fui educada... Habría preferido unir mi vida a la de un hombre que me sea afín en gustos y costumbres. Pero debo sobreponerme: no importa, me casaré sin amor porque así debe ser. Esto no lo dejaré entender a nadie y tú guardarás mi secreto... ¡Vamos, hay que alegrarse, gocemos de este día maravilloso. ¡Hay que vivir, Sebastián!

Dos lágrimas rodaron por sus mejillas desmintiendo su falsa alegría.

Cogidos de la mano emprendimos el descenso. Hablamos poco. Ignoro en qué pensaría ella. Yo imaginaba en mi estupidez juvenil que Rosalinda era mi amada y que nos dirigíamos a nuestro hogar donde nos aguardaban dos lindos niños parecidos a nosotros. Durante el descenso la falda impulsada por el viento, se le subió varias veces y pude advertir el cuerpo soberbio de mi prima. Su cara no resplandecía de júbilo como en la incursión anterior, pero un velo melancólico le daba un toque de belleza más honda, como si despertara algo más conmovedor en la dicha de amar. Y yo la amaba desesperadamente sin atreverme a decírselo.

Nos detuvimos en un repecho del monte. Instintivamente nos aproximamos. Sentí la cercanía del cuerpo cálido, palpitante de mi prima, su hermosa cara desmayada de tristeza, y sólo atiné a decirle:

—Rosalinda...

Ella presionó sus manos en las mías:

No seas niño, Sebastián. No puede ser.

No asistí al cambio de aros pretextando un viaje de estudios, pero le mandé el más bello ramo de flores que pude encontrar.

Ese amor frustrado fue el principio en el aprendizaje de la hombría. Me costó tanto renunciar a él que de la misma frustración saqué energías para endurecerme frente a los contrastes.

3

Eugenio y Roberto fueron mis mejores amigos en la adolescencia. Eugenio nos superaba en el billar y en el ajedrez; Roberto nos vencía en toda prueba atlética o física; yo los aventajaba en el poder de soñar e imaginar. Los arrastraba a trepar montañas y a largas excursiones por lugares desconocidos. La sed de aventuras consumía nuestra juventud. Aventuras que llegaban muy espaciadamente, porque la vida en más una secuencia de rutina y de hábitos, pero las buscábamos empeñosamente como si de ellas dependiera nuestra razón de existir.

Hoy se ha vuelto una ruta de turismo, pero cuando los tres emprendimos la marcha por el camino del Inca, hacia el Taquesi sólo los indios lo transitaban. Y a fe que fue una excursión agradable, llena de sorpresas, Jóvenes y fuertes supimos regular el ascenso sin mucha fatiga. Por todas partes acechaban los altos cerros, las quebras profundas, las torres enhiestas de los nevados altaneros.

Recuerdo el encuentro con los arrieros que conducían una manada de mulas cargadas: un anciano y tres hombres jóvenes. Iban en la misma dirección que nosotros, hacia San Francisco, estaba sentada en sus patas traseras y no había fuerza que la moviera. Gritos, amenazas, hasta algunos vergajazos no consiguieron levantar al animal. Nos brindamos a la ayuda, pero el viejo exclamó:

—No se acerquen, muerde y pateo cuando está enojada.

Uno de los arrieros sacó un terrón de azúcar de una alforja. La mula lo rechazó cerrando obstinadamente la boca.

Mientras discutíamos, entre todos, arrieros y excursionistas, qué se debía hacer para inducir a levantarse al porfiado animal, acertó a pasar un indio alto y silencioso sin dar trazas de detenerse. Uno de los arrieros le gritó en aimára:

—Tatito: ayúdanos.

El indio que ya se alejaba regresó. Hizo seña de que nos apartáramos. Luego se acercó a la mula-madrina. Sacó una piedra pequeña, plana y redonda de su "chuspa", la frotó con delicadeza varias veces sobre la frente del animal. Se agachó y le dijo que no pudimos captar en su idioma nativo. La mula-madrina se paró mostrándose dispuesta a marchar.

—Eso es brujería —dijo— Eugenio.

—No —objetó Roberto— es que la piedra debe tener una fuerza magnética, mineral, que ha obrado en el animal.

Otro de los arrieros sacudió la cabeza escéptica:

—No es cosa de brujos, señor. Es que el indio conoce mejor a las bestias que nosotros.

Indio, arrieros y bestias desaparecieron, aquél en dirección, éstos por nuestra ruta pero avanzando lentamente; nosotros, jóvenes y ágiles avanzábamos más rápido.

El ascenso era bravo pero los tres, bien entrenados a las caminatas por la sierra, pudimos soportarlo sin fatiga, regulando las marchas y descansos. El "Mururata", el "descabezado" de la leyenda aimára, se ve mucho más imponente que desde la ciudad. Cruzamos desfiladeros y quiebras, sintiendo la atracción de los abismos, la majestad de las cumbres y admirando la viejísima ruta que los modernos llaman del Inca, pero que en realidad fue obra de los kollas, más antiguo en la historia. Ancho de varios metros, empedrado con grandes lajas, destruido por la acción de la naturaleza y la erosión del tiempo, el camino subía y bajaba lomas, se curvaba, se distendía nuevamente dando gran movilidad al paisaje.

Desde San Francisco la vista resultó prodigiosa: una bajada en curvas sinuosas que parecía no tener fin. Del fondo del valle que se veía muy profundo, subía el aroma de los arbolares, de las hierbas, del paisaje semitropical. Quedamos en suspenso ante la belleza del panorama. Al iniciar el descenso Roberto divisó una hendidura hondísima entre dos rocas que tendría poco más de dos metros de extensión.

Saltó sobre ella, ida y vuelta.

—Si no me imitan los dos no terminaremos esta excursión —dijo burlón.

Ni Eugenio ni yo éramos cobardes, por lo cual aceptamos el reto. Primero salté yo sin ver el abismo por temor al vértigo; con ligero impulso no fue difícil vencer el obstáculo dada su breve dimensión. Eugenio nos dio el gran susto, pues al emprender el salto de retorno resbaló en la roca opuesta; creímos, por un instante que caería al vacío, pero con un esfuerzo muscular sorprendente se corrigió en el aire y llegó salvo a nuestro lado.

Seguimos el descenso, sembrado de amables incidentes. Se veían casitas aisladas de barro de los campesinos. El aire se fue haciendo más tibio y la vegetación más rica de variedad y de colores. A veces cruzábamos riachuelos y vías de agua con transitorias mojadas que el

ardiente sol secaba con rapidez. Calculamos mal las provisiones y padecimos hambre y sed; llevábamos algún dinero pero en el trayecto no había dónde aprovisionarse. Algunos indio que encontramos en el descenso no hablaban castellano o simplemente se hicieron los que no comprendían. De pronto dimos con un arbusto del cual pendían unos frutos de color bermellón; ásperos de corteza poseían una pulpa sabrosa, que apaciguó nuestra sed. Lo extraño es que jamás supimos el nombre de esa fruta ni volvimos a verla nunca.

Llegamos a La Chojlla no sin pasar por otras incidencias, unas divertidas, riesgosas otras. Dos cuadras antes de llegar al campamento minero encontramos a un "yatiri" que arrojando hojas de coca al viento y según la forma en que caían, adivinaba el porvenir. Hablaba español y fue fácil entenderse. Se negó a recibir dinero queriendo esquivarnos al principio. Luego nos miró con ojos profundos como queriendo sondear si no nos burlaríamos de él.

—Tatito —le dije muy serio— respetamos tu ciencia. Dinos qué será de nosotros.

El indio echó varias veces las hojas de coca al aire (soplaba una ligera brisa) y según la disposición en que caían las hojas las ordenaba en pequeños grupos. Cuando pareció terminar su labor. Roberto preguntaba incrédulo:

—¿Qué dicen tus hojas?

El indio lo miró despectivo:

—Cállate —repuso— recién estoy comenzando.

Con movimientos lentos hizo otras tres o cuatro rondas echando la coca al aire. Naturalmente las hojas caían cada vez en forma diferente, entrecruzándose algunas. Me pareció que el "yatiri" retenía, mentalmente, las diversas disposiciones de las hojas de coca, pues las miraba fijamente antes de recogerlas. La última vez que las dispersó sopló sobre ellas. Esta vez cayeron caprichosamente formando raras figuras y parecían más que el principio. El indio las recogió ceremonioso.

—El Padre Wayra (el viento) —dijo— ha entrado en el secreto de la madre-coca.

Nunca olvidaré la seriedad con que dijo a Roberto:

—Tú no vivirás mucho...

A Eugenio le anunció:

—viajarás muy lejos en la mitad de tu vida y ya no te verán estas montañas.

Para mí sentenció calmo:

—Wiracocha te será propicio. Tendrás hijos, nietos, fortuna. Y una buena mujer que vale más que todos los tesoros.

Pero el recuerdo indeleble de nuestra excursión por el Camino del Inca fue aquella vez que separándome de mis amigos trepé una colina escarpada - ellos adujeron estar cansados- desde la cual se dominaba un paisaje abrupto de cerros y quebradas. Fue antes de iniciar el descenso desde San Francisco.

Extasiado en la contemplación del paisaje, una fantasía cromática que hacía resaltar la movilidad orográfica de líneas que caracteriza al escenario andino, estaba tan concentrado que no reparé en una presencia próxima. De súbito algo intuitivo me indujo a mover la cabeza: allí cerca, a pocos metros de distancia un bulto blanco del tamaño de un niño permanecía inmóvil. Fijándome con más detención creí que era un gran palomo albo, un halcón, un gavián, acaso un águila... Estaba erguido, con las alas plegadas y sus ojos negros y la testa quieta brotaba un aire

de majestad y de misterio. Un ave bellísima —pensé— ¿qué hacía en esta meseta estrecha, y por qué no huía al verme?

La silbé afectuosamente y me respondió con un graznido no ciertamente amistoso. Avancé dos pasos hacia ella y el ave desplegando las alas se lanzó al vacío. Nunca vi a un animal surcar con más gracia y majestad el ámbito aéreo: señoreaba el espacio con elegancia sin igual. Trazó grandes círculos en el aire, luego se elevó como una flecha verticalmente, ensayó una caída rapidísima, se detuvo en pleno descenso, volvió a ascender y se perdió como un meteoro en el horizonte.

"Era un halcón", me dije. Sólo muchos años después, recordando el incidente supe que se trataba de la primera visita del cóndor blanco.

Al bajar de la colina pregunté a mis amigos:

—¿Vieron al ave; era águila o halcón?

Los dos rieron al unísono.

—Por aquí no hay águilas ni cóndores —dijo Roberto— Es poca altura para sus paseos.

—No hemos visto pasar ni un mísero pajarillo — agregó Eugenio —. Tú siempre estás soñando...

4

Las nubes altiplánicas son distintas a otras nubes, o por lo menos se movilizan y combinan en extrañas formas rítmicas creando un segundo paisaje aéreo a veces de mayor dinamia y atracción que el panorama telúrico. Porque el viento las impulsa sin tregua no permitiéndoles permanencias estáticas, sino empujándolas más bien a cambiar de estado, a buscar figuraciones extrañas: rostros monstruosos, torres altísimas formidables bastiones, avenidas largas y estrechas, grandes hendiduras desgarradas, cosas y volúmenes que no imaginaría el pintor más fantasista. Y hasta suele suceder que cuando el observador es tocado por la Deidad Mayor suelen aparecerse los dioses andinos en las nubes: Pacha, Wiracocha, Thunupa, Willka, la Pajsi, Ollanta, Wira, el Wayra y tantos otros. Porque los dioses moran también sobre los imperios nubosos y sólo aguardan a los tenaces buscadores para revelar sus perfiles ocultos. Y nubes existen que por sí solas constituyen un mundo de revelaciones.

Ellas son reconstructoras del tiempo abolido y anticipadoras de lo que vendrá. Hay quien vio en las nubes, desde un avión, la Batalla de Alejandro como lo pintó Altdorfer con su prodigiosa acumulación de ejércitos, sus campamentos y sus torres, sus banderas y sus insignias, el gran peñón enhiesto, su fondo acuático de tintes verde oscuro, sus cielos anubarrados y hasta el sol sobre un disco plano refulgente. Y otro, no menos afortunado, relataba que en ese mundo de alburas y formas increíbles divisó una ciudad futura erigida en planos sobre planos, cruzadas por puentes y caminos aéreos, toda ella construida como una maquinaria gigantesca que avanza lenta y sombría por el aire porque no asentaba en la tierra, prefigurando una urbe-satélite imaginada y colocada por el artificio humano en el espacio estelar. Y eso fue cien años antes del primer cohete espacial. Visiones de la India fabulosa y de la China milenaria se dan en las nubes con frecuencia. Y el mármol ático y el arco romano también. Lo mismo diluvios y terremotos que grandes batallas y erección de ciudades prodigiosas. Pero no sólo en las vastas edificaciones visuales, en el fantástico trazado de imperios desvanecidos o de futuras naciones se organiza el universo nuboso. También se abandona al puro juego de sus formas en movimiento sin relación con paisajes ni sucesos conocidos; entonces las nubes son maestras de ingeniería, magas del dibujo cambiante, porque inventan, deshacen y rehacen sus líneas portentosas dejándonos sumidos en perplejidad: si ese mundo desconocido de líneas y volúmenes se nos revela una vez, por fugazmente que sea, ¿no será la transfiguración de

mundos preexistentes que fueron, son o serán? Sucede, asimismo, para poetas y soñadores lo que afirmaba Ruskin: "mi vida está en las nubes".

Allí, en lo alto y a distancia bogan cosas increíbles. Montañas de algodón más imponentes que los montes más famosos del telúrico asiento. Navíos monstruosos cuyas proas se pierden en la infinita altitud. Torsos de gigantes que superan las creaciones de Miguel Ángel o de Goya. Y un despliegamiento de perspectivas aéreas y verticalismos góticos como sólo pudo imaginar la fantasía del maestro Víctor Delhez. Para el Buen Veedor las historias bíblicas con la rudeza del primer testamento, y las bienaventuradas enseñanza del segundo, suelen brotar en perfiles relampagueantes pro su instantaneidad de formas móviles que navegan en los aires.

Pero también el hecho y la imagen única sueles sobresalir del conjunto de nimbos, de cúmulos y estratos. Entonces si el contemplador supo persistir en la búsqueda de los reinos bogantes del Blanco Esplendor, y si los genios del espacio le son propicios puede ver o entrever la estatua más estupenda que jamás concibió la mente humana, el paisaje insoñado que anonada al más fértil imaginativo, un castillo o una catedral de dimensiones tan descomunales que suspenden el poder aprehensivo de la adoración visual.

Y existen otras muchas y variadísimas verdades y presencias en el nublado continente que agotan y superan las infinitas combinaciones de la arquitectura terrestre.

Lo que sucede es que enredado en el mundo vertiginoso y acosador de sus necesidades cotidianas el hombre ha dejado de mirar al cielo para perderse en los terrenos lazos, esa maleza inextricable de cosas, seres y sucesos que a veces nos hacen pensar si no estaremos, realmente, habitando el infierno.

Poseen, las nubes, la ciencia del cambio y el arte de la persuasión. Son las magas del sugerir, bien se trate de los recuerdos o de los presagios. Para pensar, para evocar, para imaginar nadie las aventaja en poder de sugestión. Lo saben todo y todo lo sugieren, pero celosas de su imperio secreto sólo permiten entreverlo en rápidas iluminaciones que mudan constantemente de apariencia. Así como en la música una nota, un aire, un trozo sonora, una frase acústica nos recuerdan pasados momentos gratos, o anticipan hechos que sucederán, en la pantalla nubosa una línea un volumen, una curva que baja, un perfil ascendente, esos claros azules que parecen romper la continuidad del velo algodinoso, cualquier ritmo sorprendente en la formación y descomposición de las porcelanas blancas móviles, sugieren un recuerdo tierno, o el presentimiento de algo que nos visitará. Yo sé de alguien que habiendo perdido a la Muy Amada en la tierra, volvía a encontrarla en el cendal de esas formas caprichosas que el blanco traza en el azul del cielo.

Pero verdad que no siempre ellas son blancas, purísimas y traen alegría, sosiega al alma. Suele suceder que el genio de lo oscuro las mancilla y nos aterra. Los días grises cargados de sombras arriba entenebrece el ánimo. La tempestad estalla de los grandes vientres negros que surcan el espacio; entonces las nubes amigas se truecan en crueles adversarias, madrastras implacables que nos persiguen sin piedad. Eso, felizmente, no es lo habitual: el país de la negritud anubarrada cede pronto a la gloria del blancor luminoso que discurre benigno allí en lo alto.

Aventajando al mar y a la tierra y no obstante su maravillosa riqueza de formas, líneas y ritmos expresivos, el mundo nuboso las supera en belleza y fantasía. La tierra está ahí, grave y sosegada: tenemos que aprender el alfabeto de su interior movilidad. El mar, mudable en sus operaciones móviles, no escapa de movimientos y posturas similares; se repite. El imperio nuboso, en cambio nunca se repite, es siempre diferente y en tensión de mudanza siempre.

Acaso una de las maneras más intensas de comunicación del hombre con el cosmos en el diálogo de aquél con una nube. Una cúpula armoniosa que se eleva lenta, prodigiosamente. Un zócalo de graciosas bailarinas albas. Una ciudad con rostros inmensos de grandes ojos

perecederos. Esos celajes de cromático hechizo. A veces una espada, a veces un sol, un puñal, girándulas excitadas. Pero también volúmenes macizos, superficies cerradas en sí, finas pinceladas que el crepúsculo tiñe de púrpura y granate. O un vellón de tímido encanto naufragando en el añil de cielo. Presencia solitaria o muchedumbre compacta, el paisaje nuboso es el mejor compañero para el buscador y el afligido. ¡Dichoso aquel que puede ver, oír y entender a las nubes!

Envidio al poeta que me refirió haber contemplado un panorama de nubes crepusculares tan indescriptible que magia literaria o pictórica podría reproducir. " Era un milagro visual —dijo— , ellas se desplegaban en formas inusitadas, tiñéndose de un róseo resplandor, y cuando todo el paisaje nuboso se convirtió en una llamarada de fuego rosado, pedí ardientemente a la divinidad que el día de mi muerte me permita ver, otra vez, el soberbio paisaje de ese nubimundo fantástico". Pasaron los años. Falleció el gran poeta. Fui a ver su cuerpo inerte pocas horas antes del entierro: había tal expresión de asombro y alegría en sus facciones que no dudé su deseo estaba cumplido.

El indio lee en las nubes la suerte de sus cosechas. No sabemos en qué medida ni cómo llega a la fruición estética mirándolas. Pero ellas son parte de su vida cósmica. El mestizo enérgico, de inquietudes utilitarias, no tiene tiempo para observarlas. El blanco, salvo excepciones rarísimas, no se interesa ya por la naturaleza. Y el orbe interminable de las blancas criaturas sigue bogando sereno, imperturbable, haciendo, deshaciendo, rehaciendo hechizos de la luz, del color y de la forma.

Es indudable que en las delirantes acumulaciones de los nimbostratos y los cúmulonimbos se materializan las figuraciones más admirables del escenario atmosférico. Pintor alguno ni imaginación la más ardiente pueden emular con la magia envolvente de esos ejércitos, esas fábricas, esas catedrales, esos puentes monumentales, esas ciudades rarísimas, esos ínclitos jardines, esas torres y castillos con cúpulas y pináculos de rotunda majestad que nacen y se deforman ante la pupila asombrada.

¿Ah nubes, nubes; alguien conoció el éxtasis visual mirándolos, sabe que lo eterno y lo instantáneo combinan en vosotras?

5

En las pruebas de atletismo me fracturé una pierna: seis semanas inmovilizado en la cama: Alternaba las horas estudiando, leyendo, escuchando música, halagado por los cuidados solícitos de mi madre y las atenciones de mis hermanas; pero mi mayor alegría brotaba al llegar Rosalinda toda las tardes para acompañarme un par de horas:

—Tía: váyase a descansar. Yo me ocuparé de Sebastián.

Frase estremecedora: quedaría con ella, sola con ella, nadie perturbaría el idilio mudo que únicamente residía en mi corazón.

Hablamos de libros, de discos, hasta de políticos aunque ella y yo éramos refractarios a la política pero no podíamos dejar de comentar los sucesos del día.

Esa tarde Rosalinda llegó lindísima. Inmediatamente se puso a ordenar las cosas, ahuyentó el polvo de los muebles, mientras limpiaba los vidrios del ventanal, hablaba con moderación, lo suficiente para no cansarme, lo preciso para hacerme sentir su interés. ¡Qué extraña mezcla de afecto y discreción! Yo sabía de su cariño fraternal, un cariño activo, diligente, buscando siempre la manera de que todo estuviere y anduviera bien. Tan práctica como observadora, mi prima infundía confianza, regía con total soberanía el mundo de las cosas inanimadas.

—Tú serás la esposa ideal — no pude menos de expresar al verla hacendosa e incansable.

—¿No es destino de mujer? — repuso sonriendo.

Después me dio las medicinas, cambió las vendas. Al sentir el roce de sus manos me sentí dichoso: si esas manos pudieran cuidarme siempre...

Viéndola moverse de un lado al otro de la estancia, con un ritmo interior que regulaba armoniosamente sus movimientos, admiraba el hechizo de su cuerpo magnífico. Rosalinda se movía ni torpe de precipitada, ni lenta ni perezosa, con un dominio preciso de la relación tiempo y espacio, dando la sensación de flotar más que avanzar; y jamás se tropezaba ni hacía movimientos incoherentes. Se diría que su mente ordenaba con precisión al cuerpo lo que debía hacer y cómo hacerlo. "Así debieron ser las grandes damas del tiempo antiguo -pensaba- las que inspiraron las figuras de las diosas helénicas".

—Me gustó la novela que me prestaste, "Ingeborg" —dijo ella—, aunque es un poco demasiado romántica.

—Te daré otra: "Gradiva"; creo que te gustará más.

Luego, en tanto limpiaba un marco de plata, añadió:

—En cambio, no me convenció nada el disco de Bela Bartok. Prefirió el otro de Rameau que me regalaste.

Como ya no había nada que hacer, se sentó en la cabecera de la cama. Me pareció preocupada y creyendo adivinar su cuita, me atreví a preguntar:

—¿Te pidió ya Del Canto?

—Sí; quiere que casemos dentro de cuatro meses.

—Y tú... ¿qué has resuelto?

—Pedí a padre que me conceda unos días para reflexionar. No es fácil decidir entre el deber y el desamor.

Se puso seria y enseguida agregó:

—Sebastián, te voy a confiar algo que no quiero que lo cuentes a nadie. ¿Sabes? Anoche soñé que un cóndor blanco cruzaba en vuelo lento delante de mis ojos y desapareció en lejanía.

—Tú sabes que no hay cóndores blancos — objeté aun a sabiendas de que yo había visto uno.

—Sí, lo sé —replicó Rosalinda— el plumaje es negro o grisáceo y sólo es blanca la gola del cuello. Pero el de mi sueño era blanco todo él y al despertar se me antojó que fue un ensueño simbólico: la gran ave pudo ser la imagen onírica de mi juventud que se desvanecerá...

—No siempre los sueños dicen verdad.

—Pero éste sí, porque mientras el cóndor se alejaba, yo sentía que se me desgarraba algo interior.

—¡Bah! —manifesté para consolarla—. Tú eres la eterna juventud, nunca envejecerás. Te veré siempre serena y pura como un copo de nieve.

Rosalinda se rió con voz melodiosa:

—Ya estás poetizado.

Después me confió que estaba indecisa: quería salvar a la familia, devolver la tranquilidad a sus padres, pero se le hacía penoso pensar que encadenaría su vida a una persona a la cual no amaba.

—¡No puedes sacrificarte destruyéndote! —expuse colérico.

—Tanto como destruirme, no... Acaso empañar mi vida y hacerla triste... Pero no hablemos ya que cosas adversas. El mundo ha cambiando mucho, mas el destino de la mujer sigue siendo el destino de la mujer...

Los días siguiente Rosalinda estuvo más animada. Sus momentos melancólicos eran tan fugaces que se desvanecían apenas los había percibido.

Esperaba con ansiedad su llegada. Mi madre lo advirtió con sorpresa. "Parece que la presencia de Rosalinda te alegra; es tan buena, tan encantadora". No dijo más.

El último día de guardar cama, mi prima llegó contenta:

—Mañana haremos la primera prueba de caminar.

Conversamos animadamente.

—Ya no vendrás a verme todos los días —aventuré.

—No será necesario, pero siempre nos veremos; tú sabes que eres el primo favorito —repuso sonriente.

El día de la prueba llegó. Mi madre me sostenía de un brazo, Rosalinda del otro. Dí los primero pasos vacilantes pero sin dolor. Instintivamente mi cuerpo se apoyaba en contacto delicioso con el de Rosalinda. Mi madre y ella me animaban con palabras y sonrisas de aliento. Pude dar algunas vueltas al cuarto.

—Basta por hoy —añadió el doctor— paulatinamente los ejercicios serán más largos. La curación es absoluta.

Rosalinda se quedó a cuidarme. Quedamos solos.

—Te voy a extrañar —manifesté— ya me había acostumbrado al dulce hábito de esperar tu llegada.

Ella me miró afectuosa:

—No me voy a morir ni pienso viajar. Seguiremos viéndonos.

—¿Y tu matrimonio?

—Es posible que lo dilate por un tiempo.

La noticia me colmó de júbilo:

—Rosalinda, no sabes cómo me alegra saberlo... Porque ¿sabes? he comenzado una novela y sólo a ti la confiaría; tengo ya cuatro capítulos... Te resumiré la trama, el desenlace y quisiera seguir su construcción contigo...

—Pero yo no soy crítico ni intelectual.

—Tienes una inteligencia equilibrada y buen gusto, eso hasta. Estoy seguro que tu ayuda me servirá de mucho.

Rosalinda me cogió la mano y me pareció que me transmitía las ondas cálidas de su cuerpo joven y de su alma pura.

—Te vamos a buscar una enamorada que te devuelva la confianza en tí mismo y el amor a la vida...

—No hables así —contesté— bien sabes que por ahora no me interesan amoríos.

—También tienes destino de hombre —dijo maliciosa—. Algún día la esposa y los hijos encantarán tu vida.

Me restablecí. Para el baile de Año Nuevo mi prima me pidió que la llevara. Accedí dichoso. Ella bailaba admirablemente; ágil, flexible se deslizaba con gracia aérea. No quise acaparar sus danzas y dejé que bailara con otros advirtiendo la ansiedad con que muchos la solicitaban. La hermosa, la incomparable Rosalinda...

Yo no la acosaba con mi presencia, dejaba que otros la sacaran a bailar y sabía que ella quedaba reconocida a mi discreción. Imprevistamente apareció Del Canto en la fiesta. El también fue discreto, era novio oficial y dejaba en libertad a mi prima. Advertí que en brazos de otros bailaba y conversaba animadamente, en tanto que al hacerlo con Del Canto enmudecía; él a su vez no parecía muy locuaz. "Qué pareja —pensé— distantes a un estando próximos. ¿Estaría el hombre verdaderamente enamorado de Rosalinda o sólo buscaba la compañera bella y distinguida para lucirla en sociedad?"

Pude bailar una vez más con mi prima y a fe que lo hacíamos diestramente.

—No te estás divirtiendo mucho— dije.

—Ahora sí. Gira, gira, me gusta el vals con muchas vueltas.

Al volver a casa -Del Canto tenía auto con chofer- Rosalinda iba al centro y los dos caballeros a sus flancos. Él era cortés, algo ceremonioso y le demostraba gran consideración. Yo creí oportuno no demostrar demasiada intimidad con mi prima. Ella levaba la conversación con tino sin descuidar a ninguno de ambos. Y nuevamente sentí una frialdad instintiva de la mujer hacia el hombre que la cortejaba; hasta creí que se apoyaba suavemente contra mí. ¿O sería sólo ilusión?

Dejamos Rosalinda en su casa y Del Canto se brindó a llevarme a la mía. No pude rehusar su invitación.

Eran pocas cuerdas. En el trayecto el hacendado — más de nombre que en realidad, pues raramente visitaba sus estancias dejándolas al cuidado de sus administradores— rompió el mutismo con estas palabras:

—Su prima es una mujer superior, en todo sentido. La respeto y la admiro profundamente. Procuraré hacerla dichosa.

—Gracias —contesté y por cortesía agregué lo que no sentía— usted la merece.

Cambiamos recíprocamente frases de halago, triviales entre próximos parientes, y nos despedimos con parsimonia. No me agradaba el personaje, menos para Rosalinda tan fina y espiritual.

Dos días después Rosalinda me llamó por teléfono.

—¿Por qué me diste "El Rosario"? ¿Acaso con la intención de prevenirme que si no me apresuro podría llegar a los treinta como la honorable Juana Champion?

—La intención era otra... Felizmente no la has captado.

—¿Por qué felizmente?

—Nada, por nada. Estoy divagando. Sólo quería que te entretuvieras con una linda novela.

—Sí, me gustó. Adivinaste lo que me es grato.

6

Yo no sé lo que buscaba, pero lo cierto es que cada vez que emprendía una excursión a la montaña o a los altiplanos, me parecía, siempre, que una aventura me saldría al encuentro; y a veces solía pensar que algo extraordinario estaba a punto de sucederme. Muchas veces volví decepcionado, manos y corazón vacíos: nada había sucedido, pero esa mañana de junio no se dejó olvidar.

Había trepado a un peñón enhiesto que se elevaba doscientos metros del suelo. La cima, de superficie reducida, vacío, luego otra y otra; me divertía ver cómo caían hacia abajo trazando grandes curvas descendentes. De pronto se me antojó lanzar una piedra más grande; me agaché a recogerla sin alcanzar mi propósito. "Vamos -pensé- es una piedra enquistada en el duro suelo. He visto sólo una parte de su volumen y la otra, acaso la mayor, está sepultada en la tierra". Rocé con suavidad su pulida superficie y sin darme cuenta, la piedra yacía íntegra, en mi mano. Era una piedra hermosamente redondeada. Me dispuse a echarla al vacío como a sus antecesoras pero el instante que iba a arrojarla al abismo, una fuerza extraña retuvo mi brazo: no pude hacerlo. La puse en el suelo invadido por un raro temor. Quise levantarla de nuevo y otra vez la piedra se opuso, como si estuviera incrustada en la tierra. La acaricié suavemente y volvió a refugiarse en mi diestra, mas cuando me propuse echarla al vacío, nuevamente algo enigmático retuvo mi brazo, como si la piedra se negará a ser despedida. Respetuoso del fenómeno que se reproducía, la dejé donde estaba y quedé meditativo: ¿qué podía ser, qué fuerza mágica me impidió dos veces, arrojarla al aire?

Una voz sonó a mi lado:

—También las piedras tienen alma y destino.

Me dí vuelta sorprendido: el Teodoro Mamani (¿cómo había subido sin que lo sintiera?) Me miraba impassible.

—Eres tú — balbucee—. ¿Has visto lo que pasó? ¿Y qué tiene este cerro que defiende a las piedras?

No es el cerro; es ella que tiene que cumplir su ciclo.

—No comprendo por qué primero no se dejaba levantar y después esa fuerza desconocida que me impidió lanzarla al vacío...

—Con tal ansiedad buscas, de tal modo te penetra la voluntad de aventura que en ti se ha realizado la fusión del ser telúrico con el ser espiritual. Las irradiaciones invisibles del núcleo pétreo fueron captadas por tu piel absorbente. Comprendiste el mensaje y obedeciste a la ley cósmica:

—No comprendo bien lo que me dices. ¿Cómo pueden existir un ser terreno y un ser espíritu en mi alma?

El Teodoro Mamani me miró con cierto desdén:

—La presencia mineral, la presencia vegetal también te habitan. Somos muchos en uno, conjunción de cosas y fuerzas opuestas que diferenciándose se integran. De tanto preguntar a la Tierra —ver es también preguntar— la Tierra ha respondido a tus llamadas.

—¿Quieres decir que si otro hubiera subido al cerro y alzado la piedra habría podido arrojarla al vacío?

—Ningún otro la habría escogido: estaba reservada para ti.

Sentí el impulso de volver a levantar la piedra. El indio leyó en mi mente e hizo un gesto para detenerme:

—Déjala —dijo— ella es sensible a tu deseo, mas no puede servirte de amuleto: tiene destino mayor.

Le pregunté qué lo había traído al cerro.

—Tengo algo que advertirte: no vuelvas al Monje Negro con esa joven que te gusta. Evítalo.

—Ya no podré regresar con ella a ese paraje —respondí con tristeza— se casará pronto...

—No se casará pronto. Vivirás mucho tiempo a su lado.

El Teodoro Mamani no quiso ser más explícito.

Bajamos del cerro y a poco comenzó a llover. Se acercaban los truenos y de tanto en tanto veíamos bailar los rayos. La tormenta se nos echaba encima.

El altiplano está surcado de ondulaciones, colinas, depresiones del suelo. El indio me llevó a una cueva disimulada en la falda de un montículo rocoso. Nos guarecimos de la tempestad. Yo sentía frío y cansancio. Mi compañero me dio a masticar unas hojas de coca y pronto sentí una reacción de bienestar como si las pequeñas hojitas verde hubiesen ahuyentado el frío y la fatiga.

Por la abertura de la cueva vimos el violento y rapidísimo zigzagueo de los relámpagos, seguido por estallidos atronadores de los rayos que caían próximos. Confieso que tuve miedo. Súbitamente un resplandor terrible y un sonido espantoso me sacudieron de pavor: creí haber sido fulminado por un rayo, pues mi cuerpo circuló una corriente eléctrica de muchos voltios. Quedé aturdido, no podía hablar.

—Ha sido "Illapa", el dios de fuego —dijo el Teodoro Mamani—. Celoso es. Has trepado a un cerro prohibido. Nos ha avisado que no debemos volver a él.

Pasó la tormenta y el indio se despidió: "Voy en otra dirección —profirió—. Hasta más ver". Y se alejó sin voltear la cabeza.

Reanudé el regreso a la ciudad. Caían las primeras sombras del crepúsculo y al fondo la ciudad resaltaba como un gran festón de oro. Con mis gruesas y altas botas de cuero no temía al barro al piso mojado. Disipada la tempestad podía caminar tranquilo.

Encontré a dos campesinos con su carreta atascada en una zanja. Tiraban de ella dos mulas escuálidas.

—Tata —dijo el más viejo— ayúdanos. No podemos sacar la carreta y debemos entregar las hortalizas antes que anochezca.

Soy fuerte, nada egoísta, me agrada ayudar a quien lo requiere. Uní mis esfuerzos a los de ambos campesinos y de los animales convenciéndome, a los pocos minutos, que carecíamos de la fuerza de tracción para sacar a la carreta del bache en que se había inmovilizado.

Dos, tres empuños más... y nada. Los campesinos me miraron ansiosos temiendo que abandonara la empresa. Sinceramente: dudaba entre insistir o reanudar mi caminata, cuando reparé en una piedra redonda absolutamente semejante a la que dejara en la cima del cerro. La cogí: estaba tibia y me infundió una corriente de entusiasmo y de energía. ¿Cómo había llegado allí? Era un sitio arenoso donde sólo se veía barro y tierra mojada. Tomé la piedra redonda y plana en mi mano y como obedeciendo a una orden secreta empujé el radio de la rueda de madera del vehículo, empuño en el cual había fracasado anteriormente. Esta vez la rueda obedeció dócilmente a mi maniobra y poco después la vieja carreta con su pesado cargamento, pues además de las hortalizas llevaba vario quintales de papas, se reincorporaba al camino y seguía su trayecto. Recibí agradecimientos y bendiciones de los campesinos.

Siempre es grato obtener lo que uno se propone. Recordé la ayuda que me había prestado la piedra redonda y de pronto me di cuenta que ya no estaba en mi diestra; ¿en qué instante se deslizaría de mi mano? La busqué en el suelo: no había rastro de piedra alguna, sólo barro y tierra mojada. Infructuosas fueron mis búsquedas. La piedra se había desvanecido. Recordé que era exactamente igual a la otra que dejé en la cima del cerro. Y nunca supe explicarme si padecí una alucinación o si verdaderamente una piedra redonda y planta me infundió una fuerza extraña para sacar la carreta atascada en la zanja del camino.

7

Roberto argumentaba airado:

—Qué democracia ni qué niño muerto. La democracia, es Sudamérica, no sirve para nada. En naciones muy civilizadas, donde cada ciudadano es un ser consciente de lo que hace y lo que dice, tal vez; pero entre nosotros, con mayorías marginadas, fuerte índice de analfabetismo, corrompido el ciudadano de todas las clases sociales por el sentido utilitario de la vida ¡pamplinas hablar de democracia que rápidamente degenera en anarquía!

Eugenio replicaba con no menos vigor:

—Entonces renegar de la Constitución y de las leyes, gobernar con la arbitrariedad y por la fuerza?

Intenté media de conciliador:

—Ni democracia ni dictadura — les dije. Un gobierno nacionalista, que se apoye en la voluntad popular pero que imponga el orden y el trabajo a todos.

—Cesarismo disfrazado —adujo Roberto— la autoridad no debe ser impuesta sino libremente aceptada por los ciudadanos.

—Sería caer en el caos —repuso Eugenio— El principio de autoridad se impone, no se acata graciosamente. La verdad es que nunca hubo democracia, hermosa teoría política inventada por los griegos. El genio de Pericles consistió en hacer creer a los atenienses que el pueblo mandaba cuando en realidad era él, autócrata insigne, quien imponía sus decisiones.

—Para qué remontarse al pasado, miremos el presente. Hay democracia en Inglaterra, en Francia, en España, en Italia, en los Estados Unidos.

—Tienen siglos de cultura detrás, acatan sus normas aparentemente pero la jerarquía social, el dinero, las intrigas desvían sus sanos principios.

Volví a intervenir:

—¿Para qué discuten lo que en el fondo no interesa a ninguno de los tres, ya que no vamos a ser políticos?

—Aunque no lo seamos —dijo Eugenio— estamos obligados a interesarnos por nuestro estilo nacional. Es cierto que los gobiernos de facto desembocan en abuso y corrupción, pero los democráticos acaban en inmoralidad y en anarquía. Mal entendidos, ambos son igualmente nocivos, mas dado a elegir, me quedo con los gobiernos fuertes que, con todas sus fallas, al menos mantienen la paz, el orden social, impulsan el desarrollo...

—¡Paz forzada! —lo interrumpió Roberto—. Eso no es justicia y la justicia es la base del ordenamiento de la sociedad humana. En el régimen democrático todo salta a la vista, nada se puede esconder. Gobernantes y gobernados están expuestos a la vindicta pública si proceden mal. En las dictaduras no se puede criticar ni denunciar delitos: ese es su pecado capital. Democracia es libertad; dictadura, terror.

—Exagerar —contestó Eugenio—. Dictadura es una cosa y gobierno de facto, sin cámaras y sin partidos, otra. La democracia que tolera el caos y el desorden es hipócrita, se va extinguiendo poco a poco debido a su debilidad orgánica y su incapacidad para reprimir la anarquía.

Añadí mi parecer:

—Tal como andan las cosas y valorando la forma cómo se entienden democracia y dictadura, creo que ambas son inadecuadas e incompetentes para nuestra América, de pueblos jóvenes en tensión de crecimiento y por ello mismo proclives a la turbulencia y al descontento.

—¿Entonces qué sugieres? —preguntó Roberto irónico.

Y Eugenio más agresivo:

—El que desahucia algo debe proponer cosa mejor, y no quedar en la crítica negativa.

Quedé confundido por la actitud mis amigos. Luego reaccionando, repuse:

—No soy sociólogo ni teórico político para definir qué se puede hacer frente al despotismo totalitario de los dictadores y a la debilidad congénita de los demócratas. Tal vez habría que inventar un tercer sistema de gobierno que posea la autoridad de unos y la libertad de otros.

Nos enfrascamos después en una larga discusión revisando nuestra historia, sus grandes y pintorescos personajes, y volvimos después a los gobiernos de los últimos cuarenta

años. No hubo acuerdo posible: cada uno de los tres juzgaba de diversa manera a conductores y a tendencias políticas. Probablemente, como almas jóvenes, las nuestras eran injustas, intolerantes: veíamos más lo censurable que lo constructivo. Al fin terminamos en coincidir sólo en un punto: ni dictadura ni democracia para la América del Sur. Hay que inventar o redescubrir el tercer sistema político que sin desmedro de los derechos humanos obligue a los deberes que muchos olvidan y pocos cumplen.

—Una sociedad de hombres conscientes, responsables — adujo Eugenio.

—Ciudadanos que superen el egoísmo y la codicia por el espíritu de solidaridad y la virtud —agregó Roberto.

No quise proseguir la discusión. "Lo que nos faltan son grandes conductores —pensé— idealistas-realizadores, los que educan con el propio ejemplo. Los pueblos siguen a sus guías. Son arquetipos de conducta, modelos éticos y dinámicos los que mueven a las naciones. Primero formar estadistas, después responderán las multitudes".

Siempre que volvemos al tema, Roberto se inclina por el mando único, riguroso; Eugenio por el sistema parlamentario y el diálogo entre todos. Yo sigo creyendo que ambos sistemas podrían ser perfectos si los hombres los aplicaran con sabiduría y espíritu de equidad; su imperfección nace de su intolerancia.

Cambiar las estructuras sociales y económicas —claman los ciudadanos—. Cambiar el desorden y la irresponsabilidad actuales por una nueva moralidad: esto hará menos desdichados a los pueblos y más lúcidos a sus conductores.

8

Estos nevados que se enlazan unos con otros. Estas montañas rígidas, poderosas. Estas elevadas mesetas desoladas. Estos hombrecitos tenaces que dominan el vasto escenario geológico: ¿cómo no amarlos si su nobleza fluye de su persistencia?

Las cordilleras sugieren el combate de los gigantes con los ángeles. La tierra esconde sus minerales. El verde brota difícilmente sobre los ocres y los sepias del paisaje que, poco poblado, acentúa la distancia de poblador a poblador y lo confina a su secular soledad. Montes solitarios, almas dispersas.

Se ignora la aparición del hombre andino y la sucesión de culturas que escalonó en el tiempo. Esto es más antiguo que África y el Asia, sólo que no ha sido suficientemente explorado. Y es la huella de ese habitante ancestral la que ha de ser buscada para reconstituir su grandeza olvidada.

Qué dioses y ritos misteriosos, qué guerras y procesiones pacíficas, qué reinados de tranquila majestad e imperios crudelísimos qué tiempos alternados de bonanza y de catástrofe, qué razas esforzadas y otras declinantes verían pasar los altiplanos. La esfinge andina tiene dos caras: una visible, inmanente, que habla de permanencias eternas; otra invisible, esquiva, que sólo transparenta en raptos súbitos sus petrificadas tempestades. La mayor quietud y la movilidad más intensa parecen convivir en su soberbia orografía.

Yo ignoraba por qué el Ande unas veces me anegaba con su calma augusta y su soledad magnánima, mientras otras revolucionaba mi alma con mágicas fuerzas de sugestión que hacían vibrar el paisaje en encrespamientos tormentosos.

Cierto día, luego de una ascensión feliz me hallaba en la cima de Monterani, una "pucara" o fortaleza antiquísima que domina la planicie carangueña. Lucía el fuerte sol de invierno. El cielo azulísimo. Ligeras nubes. Y hasta el viento se aminoraba en brisa suave y acariciante. Respiré a pulmón pleno: ¡qué bien se siente uno en la cumbre, señor del mundo que

yace a sus pies! Instintivamente cogí unas hierbas de una plantita raquílica que apenas se levantaba del suelo y las mastiqué: tenía un sabor parecido a las hojas de coca, menos amargo tal vez. La lengua se me adormeció levemente, sentí algo así como el aroma del heliotropo, y me fue invadiendo una sensación de bienestar. Cogí otras yerbas y seguí masticándolas. Me senté en el duro suelo con las piernas cruzadas. Al modo indio, y de pronto me pareció que el paisaje se estremecía en oleajes ondulantes. ¿Sería el esfuerzo del ascenso, la maldita jaqueca que retornaba, debilidad por falta de alimentos? Lo cierto es que soporté algo así como un desvanecimiento momentáneo; luego mis sentidos se exaltaron como si por un toque mágico hubiesen multiplicado su poder extensivo y absorbente. El mundo crecía, velozmente y yo con él. Me sentí fuerte, inmensamente fuerte y hondamente feliz: podía abarcarlo todo.

Desde Monterani dominaba gran parte de la llanura carangueña, más, mucho más que con el poder visual corriente; ahora mis pupilas se dilataban hasta un grado inconcebible, más allá del horizonte, más allá... Tuve la absurda sensación que podría dar la vuelta a la tierra con ese mirar descomunal si me lo hubiera propuesto. El oído se tornó agudísimo, podía recoger los más finos rumores y sonidos distantes que antes jamás habría percibido. Mi olfato asimilaba perfumes y olores novísimos. La lengua se regocijaba con el sabor de manjares exquisitos y desconocidos. Y se me antojó que con mis manos, por el simple hechizo del tacto, podría ampliar mi poder táctil hasta la infinita lejanía... Era un dios terrenal, dueño del mundo.

Y entonces comenzó el desfile fantástico de paisajes y sucesos que mi mente apenas podía ordenar por la rapidez cambiante de sus transiciones. Vi primero un agujero inmenso, profundísimo que se extendía hasta el confín, de negrura aterradora. Luego una llanura irregular cubierta de cráteres. Después una danza de volcanes distando con las aguas. Me froté los ojos: ¿cómo podía ser? Desde la cima de Monterani los paisajes cambiaban incesantemente. Pasó un lago muy grande surcado por barquichuelos a vela. Pasó una cordillera de vértices agresivos. Pasó un valle lleno de arboles y sembríos. Seguidamente el suelo se abrió en terremoto asolador y se tragaba ciudades y multitudes. Volvió un panorama lacustre ahora con naves de gran calado y cruzado en el aire por máquinas voladoras. Y habían terribles combates de innumerables legiones de hombres y mujeres que luchaban con armas para mí desconocidas. Más tarde vi largas procesiones de extraños personajes ataviados con gran pompa y vestimentas fabulosas, centelleante, jamás captadas por mis ojos. Y pasaban, también, raros animales de formas increíbles, con tres, seis y ocho patas, cabezas bicéfalas y tres ojos. De pronto las aguas del gran lago se batieron furiosas y emergieron de su seno, montes irritados que tomaban cuerpo y se eslabonaban unos a otros hasta constituir una cordillera. Bruscamente el paisaje cambiaba y brotaba una llanura idílica poblada por pequeñas y florecientes ciudades. Tan pronto yo divisaba un país agrícola, como una urbe de ingenierías portentosas donde todo era construcción en varios planos y movilidad constante; tan pronto los serenos paisajes se convertían en terribles escenas de muerte y devastación porque las guerras que mis pupilas contemplaban eran sangrientas. Y desfilaban reyes poderosos y sapientes y sátrapas perversos y sanguinarios. Avizoré elevados templos en cuya cúspide se realizaban sacrificios humanos. Y otras escenas en las cuales las gentes andaban con gracia y gravedad, en una ciudad horizontal que no pretendía escalar los cielos. Y unas muchedumbres aparentaban ser muy felices, otras muy desdichadas según mudaba el escenario de su acaecer. Tuve miedo cuando contemplé que el vasto lago que por dimensiones parecía un mar, se revolvió furioso y se sorbió llanuras y ciudades. Pero después la aguas se retiraban y otra vez la sucesión de movimientos sísmicos, paisajes diáfanos, y tranquilos y tendidos horizontes para humanidades que pasaban por pestes, hambre, inundaciones, terremotos, guerras devastadoras, todo eso alternado con visiones de panoramas rientes, plácidos, de ciudades, campos y multitudes felices que transcurrían ajenas a todo temor. Y la tierra cambiaba de aspecto como un hada de mil vestidos ansiosa de deslumbrar a los silfos. Yo estaba mareado, aturdido de poder soportar ese torrente visual siempre en movimiento y cambiante.

Ví muchas veces más de las que alcanzo a referir por que en el trance al que me condujeron las hierbecitas, mis sentidos, potentísimos, abarcaban distancias insólitas y detalles

en aproximación como si quisieran revelarme la grandeza del universo y simultáneamente el prodigio de lo pequeño.

Si muchas cosas más que tardaría largamente en describir. Sólo guardo el recuerdo final de un crepúsculo rojo que incendiaba todo, en un espectáculo aterrador de muchedumbres corriendo desoladas, de ciudades que caían con estrépito, del agua y del viento que bramaban enfurecidos, del fuego que aniquilaba todo, y de la tierra antiquísima que cambiaba incesantemente de forma, en un "finis mundi" aterrador.

Súbitamente el torbellino visual se apaciguó, el paisaje recupero sus líneas sólidas, tranquilas, y la llanura caranguña volvió a presentar su fisonomía habitual.

¿Había soñado, o fui víctima de un delirio mental?

Muchos días después el Teodoro Mamani explicaba:

—Has mascado las hojitas de la "Aya-Waska", la madre secular que nos regresa al pasado. Un millón de años desfilaron ante tus ojos en sólo una hora.

Desde aquella experiencia onírica en la cima de la pucara de Monterani miro a la naturaleza con reverencia: tantos y tan diversos paisajes brotaron de ella, dándole mil conformaciones diferentes, cobijó tales imperios y multitudes, que como una tatarabuela de memoria inagotable sólo merece respeto y admiración.

9

Rosalinda cayó del caballo, sin consecuencias pero tuvo que guardar cama tres días. Me tocó acompañarla. Sin afeites, en su natural frescura la hallé más bella que nunca.

—Eres temeraria —comencé— nunca me gustaron tus hazañas de amazona. Lo ecuestre, bien, pero ya intentar saltos peligrosos y carreras frenéticas... Bueno: me parece exagerado. No es la primera vez que el animal te desmonta y temo por tu integridad física.

Me respondió una risa sonora:

—Sebastián, no te aflijas. No hay jinete que no haya sufrido caídas de caballo. Me desmontaron más de una vez, mas siempre caigo como los gatos, sobre mis pies y no me hago nada.

Formalizó el compromiso con Del Canto, Rosalinda fue perdiendo su alegría, lo que trataba de ocultar a sus padres; pero cuando quedábamos solos disimulaba menos. Sabía lo que le pasaba: casaría sin amor y temía no ser feliz con el hacendado al cual únicamente le interesaba viajar, administrar su fortuna y la vida mundana. No existía afinidad de gustos ni costumbres entre ambos. "Lo haré conscientemente -me confió- pero lo que me induce a la vacilación es pensar que diariamente, a toda hora, tendré que permanecer junto a un ser al cual no me vinculan lazos espirituales. Él es muy reservado, yo expansiva. ¿Te das cuenta? Dos personas que no se comprenden... ¿Cómo podrían ser dichosas?"

Habría querido disuadirla, mas no lo hice. Su deber filial la llamaba al sacrificio. Y Rosalinda tenía la grandeza de alma, la fuerza de carácter para cumplirlo hasta el fin.

Formalizado el compromiso con Del Canto faltaban sólo tres meses para la boda.

Tío Renato ignoraba en absoluto las dudas de mi prima, porque ella las escondió celosamente. Limitado en la indagación psicológica sólo pensaba en urdir negocios y en intrigas políticas. Tal vez tuvo una sospecha de que todo no andaba bien esa mañana que me preguntó:

—Sobrino: ¿crees que Rosalinda hará un gran matrimonio, se halla contenta?

Tuve el impulso de confesar lo que realmente pensaba. Reflexioné unos instantes, ¿qué derecho tenía para destruir el equilibrio en esa familia y oponerme a la decisión de mi prima? Y con voz tarda contesté:

—Creo que sí, hará un gran matrimonio. Rosalinda es maravillosa, él una excelente persona, ¿por qué no habrían de ser felices?

—Pienso como tú — dijo tío Renato dándome una palmada afectuosa en el hombro— serán felices.

Los días se desgranaron en los preparativos de la boda. Faltaban seis semanas solamente cuando tuve que acompañar a Rosalinda al matrimonio de una amiga que la designara madrina.

La fiesta transcurrió en forma habitual: primero la ceremonia religiosa. Luego la cena y el baile. Pude bailar con ella sólo dos veces, pues era constantemente asediada. Veíasela alegre, desenvuelta, bailando con gracia sin igual. A ratos yo captaba una melancolía fugitiva en sus ojos oscuros; al verse sorprendida Rosalinda sonreía como queriendo disipar mis temores. Un instante en el cual quedamos solos le pregunté:

—Al ver a la novia has pensado que seguirás su ejemplo, y eso te tiene contenta.

—¡Oh, no! —contestó mi prima— tú saber que en el fondo no estoy contenta. (Luego se ruborizó al agregar): lo que pasa es que me conmovió advertir la ternura con que el novio la contempla y la devoción que reflejan los ojos de ella.

Creí adivinar su pensamiento: no sería así el día de su propia boda: Del Canto, frío, ceremonioso no dejaría traslucir emoción alguna; y ella, desamorada, estaría lejos de expresar ternura.

—Rosalinda —manifesté con un ligero temblor de voz— tú sabes que seré siempre tu mejor amigo... Puedes confiar en mí... porque, porque...

Ella me cerró los labios con su mano:

—Lo sé —repuso conmovida— lo sé. No es necesario que lo digas.

Bailamos por segunda y última vez. Yo sentía el cuerpo armonioso y ágil vibrando entre mis brazos al ritmo de giros rápidos, alados que me transportaban a un país desconocido. Nada hay más inefable que conducir en el baile a la Muy Amada, sentimiento intensificado si ella ignora nuestro amor. Esa danza postrera con mi prima me elevó a los pináculos de la dicha: creí ser héroe, rey, un elegido... Y después, bruscamente, la caída vertiginosa de la excelsa altura: pertenecía a otro, no podría ser mía... Al terminar el baile, todavía cogidos de las manos no pude esconder mi desesperación: la perdía para siempre. Había tal tristeza en mis ojos, que Rosalinda se apresuró a decir:

—No aumentes mi pena... ¿Sabes que bailando contigo un instante creí ser la novia, pero una novia feliz?

Velozmente mi tristeza se trocó en alegría:

—Basta que lo hayas pensado; yo lo sentí más hondo.

Y sin poder disimular mi agitación me separé de Rosalinda.

Regresé al salón después de haberme serenado en el fresco nocturno. Ella bailaba con un desconocido. Yo estaba cerca de ambos. Al concluir el baile él insistió para proseguir el siguiente; mi prima se negó. El hombre insistió con torpeza y al recibir la segunda negativa tiró bruscamente del brazo de Rosalinda haciéndola tambalear. La ofensa me enfureció. Me precipité sobre el insolente, le propiné una bofetada y nos trezamos a golpes. Mi adversario era fuerte, como yo mismo, y adiestrado en la pelea. Antes de que nos separen, el desconocido sangraba por la nariz, tenía el labio hinchado y yo un ojo con un hermoso círculo morado. "¡Empate, empate!" —oí gritar a un gracioso.

Rosalinda se me acercó pálida, temblorosa. Con un pañuelo procuraba limpiar las manchas de sangre de mi rostro que, a decir verdad, eran más de la sangre del otro que de la mía. Su pecho respiraba agitado, sus manos temblaban, había en su mirada una mezcla de amor y de admiración:

—Has peleado por mí, Sebastián, con un hombre que te excedía en años y estatura. ¡Qué valiente eres! Nunca lo olvidaré...

Y en un raptó de sinceridad me besó en la boca prolongando el contacto de los labios en un beso ardiente, vibrante, maravilloso. Me sentí trastornado porque no había recibido la caricia de mi prima, de la amiga, sino de la mujer en plenitud de entrega que olvidada de los circunstancias descubre su corazón. ¿O había sido únicamente gratitud? Luego al retirarse, toda ella arrebolada, Rosalinda no podía esconder su confusión. Murmuró unas palabras de excusa y fue a pedir su abrigo. Su maltrecho caballero debía acompañarla a la casa.

Durante el trayecto casi no hablamos. Las manos nerviosamente apretados y los ojos ansiosos lo decían todo.

Al acercarnos a su casa no pude contenerme:

—Te quiero — le dije— te he querido siempre. Gracias por este último sueño que me acompañará toda la vida.

Brillaron dos lágrimas en los ojos oscuros, Rosalinda acercó su cara a la mía y volvió a besarme con ese contacto ardiente, trémulo, tierno de la mujer apasionada.

—No ha sido un sueño —contestó— tampoco yo lo olvidaré jamás. Sebastián, eres mi caballero.

Tardé tres días es serenarme. Al volver a la casa de mi prima la hallé tranquila como de costumbre. Nada en su mirada límpida ni en sus actos dejaba traslucir que recordara lo acontecido en la fiesta. Me invadió el desaliento: entonces el ósculo de fuego sólo había sido un arrebato momentáneo, simple gratitud.

Los parientes me agradecieron por haber defendido a Rosalinda; ella siguió imperturbable, aumentando mi turbación: tres días antes un héroe, ahora el primo de todos los días. Ni siquiera los raptos de tristeza anteriores ¿o es que Rosalinda fingía lo sucedido? No, franca y leal ella no sabía fingir. Pensé, entonces, lo más probable: mi prima daba por inexistente lo pasado, no quería que me ilusionara más de lo debido, buscaba darme a entender que me quería con el cariño fraterno de siempre pero no con el amor que yo anhelaba. Resignado acepté la lección.

10

Regresaba de una larga excursión solitaria, contento después de haber escalado un filo agresivo que se decía inaccesible. "Todo es posible en materia de escalamiento —pensaba— claro que con auxilio del pico de montaña y de las cuerdas, a los que se suman el coraje, la destreza y sobre todo la voluntad inquebrantable del escalador. Si Rosalinda hubiese estado conmigo ¿se habría atrevido a trepar al picacho?"

Tropecé con otro montañero que iba en dirección opuesta a la mía, un hombre de regular estatura, delgado, de tupida barba oscura. Cambiamos un saludo, luego instintivamente, ambos nos detuvimos:

—¿Regresando? — preguntó.

—Sí, acabo de trepar al Filo del Guerrero.

El otro montañero no pudo esconder su admiración:

—Bonita hazaña. Yo fracasé en tres tentativas.

—Intente una cuarta. Tampoco yo pude escalarlo la primera vez.

El barbudo sonrió enigmático:

—Ya no me interesa.

Pensé que no había más por hablar y me disponía a seguir mi camino, cuando el desconocido me tocó el brazo:

—¿Estaría usted dispuesto a emprender una aventura más difícil que trepar al Filo del Guerrero?

Mi sangre joven ardió impetuosa.

—Lo que más me atrae son las aventuras difíciles, pero estoy volviendo a casa, cansado y necesito reposo.

El otro me miró inquisitivo:

—Este encuentro no es casual, estaba dispuesto. Creo en el destino; desde la primera ojeada vi algo extraño en usted que me sobresaltó. Podríamos ser buenos camaradas. Le tengo confianza.

Quise resistir, pero el otro insistió confiándose rápidamente: conocía a mi familia, sabía quién era yo. Se llamaba Hans Ertlinger, ingeniero de minas; sólo necesitaba un compañero para coronar una empresa que no podría realizar por sí solo. En pocas palabras explicó el asunto: había hallado un tesoro en barras y monedas de oro y plata. Calculaba tratarse de una fortuna inmensa. "Si me ayudas será tuya la mitad" —concluyó.

No sé qué impulso de soberbia o de desprendimiento, acaso para despertar su admiración me indujo a contestar: "no me interesa el dinero; tampoco mi familia lo necesita".

Ertlinger me miró sorprendido:

—¡Ah, es así! He hablado en vano. ¿Eres monje o idealista? Y siguió extendiéndose sobre el poder que da el dinero, que nos convierte en amos del mundo.

Mientras él hablaba, un relámpago de lucidez cruzó mi mente: si ganaba la mitad de esa fortuna salvaría a mi prima del matrimonio forzado con Del Canto. Y me apresuré a responder:

—Me has convencido. Acepto el trato.

Hans no pudo esconder su alegría:

—Aquí mismo te firmaré un papel reconociendo tus derechos; nunca abandono mi bolígrafo y él sellará nuestro trato.

—No es preciso —contesté— los alemanes saben cumplir su palabra. Confío en ti.

—Creo que seremos buenos camaradas —repuso el montañero.

Llevaba víveres en su Mochila. Retornamos por el trayecto que yo recorriera antes y tomamos por el desvío de una estrecha garganta que nos condujo a una meseta. Al descender por la ladera del oeste, avanzamos penosamente por una serie de sinuosidades montuosas y luego llegamos a una cueva disimulada por piedras de buen tamaño. Ertling las separó con mi ayuda, sacó su linterna y entramos a la cueva. No era muy amplia, allí, al fondo rocoso desigual estaban varias filas de petacas de las que se usaban en el siglo XVII, una de la cuales había visto en casa de mi bisabuela. Hans se aproximó a una y extrajo varias monedas de oro y de plata, cogiendo una tosca barra de oro muy pesada.

—Las he revisado —exclamó— todas están repletas de este hermoso material. ¿Ya ves que yo solo no podría trasladar tanta riqueza? Tendremos que hacer muchos viajes y para disimular adquirimos varias mulas, cuatro irán cargadas con antimonio que irá y vendrá en cada viaje y sólo una llevará tesoros.

Luego, ansioso, preguntó:

—¿Tienes un arma? Yo siempre llevo mi "Lutgens", pero además diremos que somos cazadores. Traeré dos escopetas de gran alcance.

La cosa me pareció magnífica: tesoros, organizar su traslado, tal vez pelear con presuntos asaltantes, porque la cueva estaba en lugar muy apartado y después de algunos viajes alguien podría seguirnos y al descubrir nuestra riqueza tratar de arrebatárnoslas.

Volvimos a la ciudad, cada cual con su barra de oro y monedas de oro y de plata.

Hans organizó todo en los días sucesivos. Por feliz casualidad el antimonio de una mina abandonada se hallaba acumulado muy cerca de la cueva, acaso a doscientos metros. Las cinco mulitas fueron cargadas con el antimonio; en el fondo de la carga había tres barras auríferas para distribuir mejor el peso.

Disfrazados de arrieros para no despertar sospechas —ambos hablábamos el aimára, si no perfectamente lo suficiente para pasar por nativos— establecimos un horario temprano para nuestros viajes. En menos tiempo de lo calculado el tesoro del hallazgo estaba seguro en casa de Hans, faltando sólo el último viaje para transportar el saldo restante en la cueva.

Fue un jueves, lo recuerdo bien. Hans debía llegar a las seis de la madrugada. Yo dormí en la cueva, y me levanté a las cinco para ordenar las cosas, pues además del resto del tesoro debíamos llevarnos la ropa y enseres. "Traerás siete mulas, porque hay mucha carga", le tenía recomendado. La oscuridad era completa; además la atmósfera neblinosa contribuía a mantenerla. Pero después de media hora de trabajo, teniendo todo bien dispuesto para ser cargado a los animales que esperaba, me preparé un café caliente, saqué un cigarrillo y me puse a meditar en la significación del hallazgo del tesoro, la mitad con Hans Ertlinger y el modo cómo yo, con mi parte, evitaría las bodas de Rosalinda. Mi amigo me tenía advertido que el tesoro podía exceder de los diez millones de dólares, cinco para cada uno. Tendría de sobra para sacar del naufragio financiero a tío Renato y aún me sobraría una fortuna; ¿qué haría con tanto dinero? Cosa curiosa: en vez de intensa alegría me embargaba un vago temor como si el dinero fuese una carga pesada, una tremenda responsabilidad.

Estaba sumido en estas reflexiones cuando mi oído aguzado percibió un rumor en el aire que se aproximaba lentamente. Una difusa claridad anunciaba la próxima aurora, se podía divisar bultos a diez metros de distancia. El rumor crecía, crecía como un sonido de suave oleaje

pereciendo en la playa y de pronto de la oscuridad surgió una gran mancha blanca que planeando graciosamente se posó a corta distancia de donde yo estaba. Era un ave muy grande, calculo que podría tener el doble de envergadura que la contemplada en el primer encuentro. Me inmovilicé para no espantarla y pude mirarla con atención. Mantuvo las poderosas alas desplegadas unos instantes como su fuese a levantar vuelo otra vez. Los primero celajes del amanecer alumbraron la escena, y pude ver al extraño visitante con más precisión. Era un cóndor corpulento. Plegó las alas y erguido en sus dos patas con garras me miraba fijamente. El plumaje enteramente níveo contrastaba con la gola negra y el morro azul. Los ojos oscuros despedían extraños fulgores. El fuerte pico se entreabría amenazante. Tuve miedo, aunque tenía la pistola en el cinto y la escopeta cerca; ¿y cómo habría podido matar a un animal tan hermoso? El cóndor me observaba sin moverse, dándome, por momentos, la sensación de ser una escultura nevada. No sé qué tiempo estuvimos así, mirándonos, ambos inmóviles, sólo recuerdo que en ese segundo encuentro yo era el fascinado y la gran ave la hechizadora. Un sentimiento de poder y regocijo me fue invadiendo: ¿qué mensaje maravilloso me entregaba el Cóndor Blanco? Si hablara el lenguaje de los ojos... Porque lo cierto es que los grandes ojos oscuros del ave se movían con ágil ritmo, y yo me imaginaba que pretendían decirme algo... El animal fieramente erguido estaba como petrificado en su gran alzada, pero esos ojos insondables juraría que tenían alma, sabían mucho buscaban algo que yo no alcanzaba a definir...

No podía creer en una alucinación por que la aurora se insinuaba cada vez con mayor claridad dejándome distinguir con nitidez los accidentes del paisaje y las formas espléndidas del ave. Yo sabía que los cóndores, para remontar el vuelo, deben recorrer en veloz carrera el suelo un corto trecho; pero el animal que me visitaba no lo hizo. Con un postrer fulgor en los grandes ojos súbitamente desplegó sus alas mantuvo en quietud horizontal y luego bruscamente ascendió en el aire a manera de un helicóptero que se eleva en forma vertical. Vi cómo su masa nívea se perdía en el espacio azulino hasta convertirse en un puntito remoto.

No quise contar la increíble experiencia a Hans por temor a que me considerara un fantaseador. Ertlinger tenía un carácter práctico poco adicto a los ensueños y por eso me abstuve de narrarle la segunda visita del Cóndor Blanco. ¿Qué sería del Teodoro Mamani? Él habría comprendido el suceso.

Liquidado el tesoro y con grandes fondos en mi poder, fui a ver a Rosalinda: faltaban sólo quince días para su boda. Le conté lo acaecido, le presenté a Hans, y le expresé que tenía dinero en abundancia, no sólo para salvar a su padre del naufragio financiero, sino para todo lo que a ella se le antojara. Mi prima no podía creerlo; al fin se rindió a la evidencia y con las lágrimas en los ojos confesaba:

—Quise alejarte para que no me vieras vacilar. En realidad me horrorizaba casar con Del Canto, sólo el deber me empujaba. Me devuelves mi libertad. Jamás lo olvidaré...

No hablamos más, pues no quise abusar de la situación privilegiada en que me colocaba la fortuna. El dinero, ¿qué poderes mágicos tiene? Sentí que despertaba en mí un ser desconocido. Quise hacer negocios, acometer diversas empresas. Debido a mi inexperiencia naufragaron algunos, otros bogaron bien. Aprendí los juegos de la bolsa, me encantaba adquirir acciones y venderlas en alza. No necesitaba acrecentar mi fortuna que era sólida, pero me placía la ganancia por la ganancia, derrotar a mis contrincantes. "Hay que exprimirlos como a limones", solía decir Hans, que mucho más avezado en el mundo de los negocios y sobre todo más duro, más insensible gozaba dejando en la calle a quienes se cruzaban en su camino.

—¿Por qué no hacemos una sociedad mercantil? —repuso—. La gerentamos ambos, yo podré mi experiencia, tú tienes buenas ideas y eres audaz.

Yo quería a Hans, tenía plena confianza en él, autor de mi inesperado enriquecimiento, pero mi ansia de libertad pudo más.

—Te ayudaré en lo que me pidas —respondí— pero quiero avanzar o retroceder solo.

Nos confiábamos todo, mas cada cual seguía su propio camino.

Por supuesto que abandoné mis estudios. Un millonario ¿para qué quiere un título universitario? Era el amo de mi destino, y un amo abundantemente respaldado por grandes recursos financieros. No negaré que tuve muchas satisfacciones los primeros meses. Fui editor, dueño de una fábrica de plásticos, gerenté mi empresa de transportes, tuve un cine, una radioemisora, una revista, viajé, especulé en la bolsa, organicé una compañía de ventas a plazo en todo el país. Cuando todo andaba bien lo entregaba a mis administradores y me dedicaba a emprender nuevas actividades, porque ese era el móvil principal de mis acciones: crear, crear nuevas cosas, nuevos intereses, proyectarnos por diversos caminos.

Confieso que ese primer año anduve apartado de Rosalinda, enredado en la maraña de los negocios, mas sin dejar de amarla.

—Te has convertido en un hombre muy importante —me dijo tío Renato—. No sabes cómo te estamos de agradecidos en mi familia: me has puesto a flote pagando mis deudas y ahora, libre de ese pesado lastre me voy rehaciendo poco a poco.

—Sebastián ya es un personaje —agregó mi prima con una sonrisa maliciosa.

No capté la ironía. Pensaba insumirme dos años más en los negocios; después, cumplidos lo 24, pediré a Rosalinda que fuera mi mujer. Quería disfrutar primero la embriaguez de la plena libertad.

11

La febril actividad en mis empresas no impedía que prosiguiera mis excursiones dominicales buscando sitios inexplorados o escalando cumbres altaneras.

Al retornar de una de ellas tropecé con el Teodoro Mamani. No vacilé en contarle el hallazgo del tesoro y el torbellino de actividades en el que andaba envuelto.

—Da un sentido noble a tus inversiones —dijo el indio El dinero por dinero no tiene justificativo.

—He comprado una casa a mis padres, ayudé a mis hermanos en lo que me pidieron, pariente y amigos me viven agradecidos.

—Ah, la caridad cristiana —replicó el Teodoro Mamani—. No está mal, pero no basta. Hay mucho de egoísmo en querer empujarse sobre los familiares como el mejor, el generoso.

—¿Y qué otra cosa podría hacer?

El indio vaciló antes de contestar:

Me gustó la idea y le prometí darle un fondo especial y parte de mis beneficios para tan noble idea.

—Cada fin de mes te entregaré una fuerte suma para que tú mismo manejes el proyecto.

El Teodoro Mamani movió la cabeza en señal de negación.

—No quiero manejar dinero —dijo—. Tú escoge los hombres que lo hagan.

Advertí cierta reticencia en él y le pregunté por qué ese desvío.

—Perdiste tu libertad —repuso— tu hermosa libertad que te estaba conduciendo a las fuentes del ancestro. Ahora los números están desplazando de tu alma las interrogaciones al misterio.

Comprendí que tenía razón. El presente había relegado a la naturaleza y al pasado incógnito de mi mente.

Por ese entonces yo me sentía contento envuelto en el tráfago de los negocios; por eso me sorprendí al escuchar estas palabras del indio:

—Tú volverás al buen camino. Estás pasando el río.

Iba a preguntarle qué significaba sus palabras cuando al voltear un recodo casi tropezamos con un gran bulto: era un puma que se detuvo a pocos pasos de nosotros. El animal no rugió ni parecía presto al salto. Iba a llevar la mano al bolsillo trasero para sacar mi pistola, pero el Teodoro Mamani murmuró: "No te muevas, permanece inmóvil".

Le obedecí. Ambos guardamos absoluta quietud. El puma miraba con ojos ávidos y crueles a mi compañero sin que yo pareciera importarle un ardite. De pronto comprendí que se realizaba un duelo visual entre los ojos hipnóticos del animal y los del indio que se fueron transformando, de su habitual serenidad hasta convertirse en dos puntos fosforescentes. Transcurrieron largos minutos en absoluto silencio. De tiempo en tiempo el puma movía la cola y su mirada se hacía más penetrante, más dura, hasta creí que se arrojaría sobre nosotros y nos destrozaría irremesiblemente. No sucedió así. El duelo visual prosiguió algo más, el animal siempre receloso, el indio impávido concentrando todo su poder somático en el mirar intenso, dardeante; hubo un instante en que se me antojó que el Teodoro Mamani era un ídolo antiguo cuyos ojos emitían rayos vivísimos. La mirada del puma se mantenía igual, cruel, desconfiada, reflejando sólo fiereza y sorpresa como si un poder extraño la contuviera; en cambio el mirar de mi amigo, animado por una inteligencia vivaz mudaba rápidamente de forma, tan pronto fogoso, colérico, tan pronto frío, expectante. Y siempre concentrado su poder ofensivo en dos puntos de oro que fulgían centelleantes. Nunca vi ojo humano semejante mirar cambiante y deslumbrante.

Al fin el animal vencido por la mirada del indio emitió un bajo rugido, dio la vuelta y se perdió en la maleza.

—No te muevas —avisó mi compañero—. Puede volver.

Pasaron dos o tres minutos. Luego mi amigo avisó que ya podíamos movernos.

—Habrías cometido un error fatal si sacabas la pistola —anunció—. El puma no te habría dado tiempo para disparar.

Yo me jacté de mi rapidez; creía que pude matar al animal.

El Teodoro Mamani me miró apenado:

—Está consagrado a la Pajsi, la Madre luna —exclamó—. De haberlo matado habrías desencadenado una serie de calamidades que sólo las hojas de la coca pueden describir.

Lo ví tan seguro en su saber misterioso que me atreví a preguntarle:

—¿Qué ves para mí, Teodoro Mamani?

El se situó frente al nevado lejano, "La nieve dará la respuesta", dijo. Y luego, después de hacer unos trazos invisibles con las manos añadía:

—Cuando cambies la cáscara vieja por la cáscara nueva, recobrarás tu libertad y serás feliz.

Confieso que no comprendí su profecía.

—Me has salvado la vida —le dije—. Si no hubiera sido por tu serenidad, el puma me habría destrozado.

—No es ningún mérito. Toda vez que el animal totémico y el Amauta Iniciado se encuentran, siempre vence éste último.

Nos abrazamos y al despedirse el indio profirió estas palabras:

—Voy a emprender un largo viaje. Quería despedirme de ti. Estás pasando el río, cuando llegues a la otra ribera yo estaré esperándote. Adéntrate en las montañas, adéntrate: ellas no engañan nunca, nunca...

El indio se alejó y conforme se distanciaba yo sentía que se llevaba una parte de mi corazón.

12

Si no eres capaz de imaginar lo que fue cien mil años atrás entonces no comprendes ni entenderás jamás al indio.

Porque hubo tiempo en que sus antecesores señoreaban el continente desde el mayestático País de Altura donde transcurrieron las proezas mayores de la edad antigua.

La raza, en esa época olvidada, era fuerte, altiva, distinguida. Los Reyes-Sacerdotes y lo Amautas sapientísimos regían el mundo americano con mano dura y sagaz a un mismo tiempo. Sabían premiar, sabían castigar. Su voluntad hercúlea supo infundir a los andinos el genio constructor que erigió templos, fortalezas, palacios, estadio, ciudades subterráneas, máquinas voladoras y extraños artefactos olvidados.

Observas a un mozallón y todo en él aparece recio, joven, con esa frescura original de las razas nacientes. "Esto no puede ser muy antiguo", pensarás. Por su apostura, la tersura de la piel, el mirar límpido de los ojos oscuros que revela inocencia, la gallardía de sus movimientos, este efebo pertenece a un linaje matinal desprovisto del natural deterioro de las progenes vetustas. Pero miras a un indio anciano, surcado el rostro de arrugas, ligeramente curvado el torso, los ojos insondables, el ademán pausado y recordarás el juicio keysergliano: "estos indios son machismo más viejo de cuanto se supone". Y es que los hay de apariencia crepuscular, recogidos en sí mismos como la montaña. Esos trasuntan la extensa genealogía del ancestro, saben mucho, callan mucho. Dos rostros tiene el andino: uno mira al naciente, es fresco, joven, prometedor; el otro tiende al poniente: severo, sapiente, enigmático. Lo nuevo y lo antiguo en una sola espiga.

Sociólogo y antropólogo teorizan sin descanso.

—Son razas cansadas —alegan unos—. Y a nada tienen qué decir.

—Al contrario —replican otros—. Su sistema nervioso está en evolución. Despertarán.

Y para unos terceros el enigma se resolverá así:

—Cruces y mestizajes los han encerrado en cápsulas vivientes. No comunican o lo hacen obligadamente. Silencio y soledad los revierten a sí mismos.

En un cierto sentido el andino se oculta mejor que la montaña. Su arcanidad carece de límites. Y si es verdad que la tierra materna y grave sugiere una antropología telúrica, también el poblador bautiza al paisaje indio. Dos como uno. Jamás se vió suelo y habitante tan connaturalizados en su encuadre vivencial.

Así como no casa contemplar una montaña majestuosa, si superas mirar en tensión de descubrimiento, no agotarías la fibra buscadora del misterio nativo. Más no preguntes al indio de las ciudades, adulterado por la civilización del movimiento; interroga al morador de los altiplanos: éste sabe y resume la verdad antigua.

No sabe lo que esconde el poncho multicolor ni los caminos que recorre la ojota primordial. ¿Sueña el indio despierto o sólo dormido? Su voluntad recóndita, ¿se tiene al horizonte o prefiere volcarse hacia su mundo circundante? ¿Es bueno o lo pervierte las costumbres del ser transeuropeo? Ciertamente: nada o muy poco sabes del indio indescifrable que se abre difícilmente a la indagación occidental.

No es la cara cobriza que ha querido ver los literatos novecentistas; es una tez aceitunada, olivácea, con cierta oscuridad de monte. Si sabes mirarlos, adivinarlos, esos ojos leales te devolverán afecto y confianza. Pero es difícil.

Piensa el cuádruple yugo que el andino ha soportado durante siglo bajo la férula del Kolla, del inka, del Español, del Europeo. Milagro es que aún subsista la raza estoica y fuerte.

El problema biológico-sociológico los ven los racistas con la crueldad que lo resolvieron los hombres del Norte; Hay que extinguirlos o traer oleadas inmensas de inmigración que los desplacen. Sería inhumano pero inevitable.

Felizmente los racistas son pocos, los cristianos somos muchos. Y las gentes formadas en la ética del Cristo admitimos que todos los hombres son criaturas de Dios con derecho a la vida y la felicidad. El problema del indio es un problema de pedagogía colectiva: educarlo, adaptarlo a la sociedad moderna, sea que unos permanezcan en su "habitat" rural, sea que otros opten por incorporarse a las actividades ciudadinas. Darles las oportunidades que les negó el pasado, ayudarlos en su camino de redención social, tratarlos como a iguales, confiar en ellos aunque ellos desconfían de nosotros los civilizados.

Tuve un abuelo propietario de fincas que en todo litigio sobre linderos, riego, siembras, o otros con sus vecinos, acudía siempre al consejo de un indio sagaz que solía aconsejarlo con infalible buen sentido aun en cuestiones ajenas al medio agrícola.

—El Condori sabe mucho —repetía mi abuelo—. Nunca me dio mal consejo. Es aimarista, ignora el español, pero se orienta admirablemente en los usos y costumbres de la comarca. Todos lo escuchan y respetan; ¿por qué habría de hacerlo yo? Su acervo ancestral mira más lejos que mi filosofía académica.

—Pero abuelo —argüía yo, estudiante de secundaria— ¿cómo el indio ha de saber más que el blanco?

Mi abuelo sonreía benevolente:

—Hay un saber de calidad y un saber de cantidad. Seguramente yo sé muchas cosas más que el Condori, aunque imperfectamente, no las domino del todo; en cambio él lo poco que sabe lo conoce a perfección, por eso no se equivoca. La sabiduría está primero en la naturaleza, después en los libros. Yo estudio en extensión: el Condori mira y absorbe en profundidad.

Aprende a amar y a comprender al indio: nunca te defraudará.

Son dos alma inseparables: el indio y la montaña. Él sin ella, estaría mutilado; ella, sin él, sería una eminencia de tierra más.

Si te inquietan el Ande y sus enigmas, escruta los montes, profundiza en el indio. Son fuertes invioladas de revelación.

13

Eugenio y Roberto siguieron siendo mis amigos, pero la amistad se hizo más estrecha con Hans que me aventajaba en edad, experiencia, en conocimientos. Amistad franca, leal, que no traspasaba los lindes de lo íntimo. Nunca le interrogué sobre su pasado ni él intentaba invadir mis sentimientos. Nos acercaban los negocios, la buena literatura, la música. Era un compañero ideal, siempre discreto, que sabía callar en los trances difíciles y se expandía en los momentos de bonanza. Me dio útiles indicaciones cuando yo, novato en administración de empresas cometía errores que él enmendaba con sencillez evitando herirme con su mejor habilidad.

Me unieron a Hans, además, dos hechos: no tardé en descubrir su amor por los grandes nevados y su afición a la arqueología, no a la científica que se basa en estudios minuciosos y en deducciones que deben ser demostradas, sino en aquella que otorga más importancia a la imaginación que a la certeza de los hechos comprobados.

Hans carecía en absoluto del don poético. Cuando frente al espectáculo imponente de una montaña —por ejemplo aquella vez que incursionamos por el Sajama— le hacía notar sus múltiples bellezas, se limitaba a decir:

—Es grandioso...

Más tarde me comunicó que había dos enigmas que lo atraían: quiénes fueron los constructores de Tiwanaku y cómo serían los más remotos pobladores del Ande Boliviano. Pero no se ocupaba de rastrear textos, simplemente lo fascinaba el tema.

Aprovechando los feriados de Semana Santa —cuatro días— organizamos una expedición por las pampas carangueñas. Íbamos los cuatro amigos: Hans, Eugenio. Roberto y yo, ejercitados caminamos bien provistos de recursos y utensilios.

La extensa planicie de Carangas, poco habitada, no ofrece grandes atractivos a una visión normal, pero el visitante experimentado sabe que detrás de una aparente monotonía late un mundo encantado que no tarda en revelar sus secretos al buen buscador. Carangas es un gigante dormido; sólo se despierta a la frecuentación y a la amorosa indagación.

Por el camino de Corque a Turco sólo se divisaba la extensa planicie, grupos de "chullpares" o enterratorios indios, y acaso naufragando en la estepa una mísera casucha de barro indígena. Hans descabalgó y me invitó a imitarlo:

—El camino es largo —dijo— y las bestias están cansadas.

Desmonté de mi mula. Nos sentamos en el suelo y sobre una manta improvisamos una merienda. Los animales triscaban en un alfalfar próximo. De pronto Hans se incorporó y señalando a un punto lejano manifestaba:

—Hay una gruta por allí que nadie conoce porque los indios dicen que es del "Supay", del diablo. Vamos a explorarlas, saca las linternas, yo llevaré la cuerda.

No pude contener la carcajada:

—¿No te basta el tesoro que encontraste y buscas otro?

Mi amigo me miró gravemente:

—Fue a la inversa —repuso— él me encontró a mí. Además bien sabes que todos los "chullpares" han sido saqueados en la pampa carangueña. No me interesan. La gruta está situada en la falda opuesta de aquella colina. Llegaremos en media hora.

Era un gran hueco, natural o cavado por el hombre. Encendimos las linternas, nos atamos la cuerda y penetramos a su interior, confieso que yo con cierto temor, pues soy supersticioso y creo en las consejas de los nativos. Las paredes de la gruta se fueron ensanchando conforme entrábamos en ella, pero el sendero carecía de escalones, sólo una suave rampa conducía al subsuelo. "No hay peligro de extraviarse —anotó Hans— porque esto va en su solo sentido será fácil regresar.

La gruta, en el recorrido, no ofrecía nada de extraordinario: el suave declive del corredor, paredes rocosas desnudas, muchos recodos que prometían mucho y no entregaban nada. Miré mi reloj: caminábamos ya veinte minutos sin hallar nada. "Mejor volver", propuse, abrumado por ese transitar al vacío. Mi amigo Ertlinger se opuso: "No —respondió— esto tiene que tener un fin y debemos hallarlo". Cinco minutos más de marcha y cuando yo pensaba ya plantarme en la conveniencia del retorno, al voltear un recodo, nos detuvimos asombrados: un regular anfiteatro se abría a nuestros ojos. Toscos escalones a manera de gradas en varias filas rodeaban en semicírculo una mesa pétreo encima de la cual se veían tres artefactos extraños de hierro oxidado por el tiempo. Había nichos en el muro. La plazuela carecía de otro ingreso.

—Una cueva prehistórica —adujo Hans— probablemente para ceremoniales religiosos porque no hay huella de guerreros, ni restos de pobladores.

Nos sentamos a descansar. Debatimos para qué podría servir el curioso recinto, sin acertar con una clara explicación. ¿Recinto litúrgico, cueva de magia, refugio de perseguidos o simple lugar de reunión de los notables de una tribu desvanecida en el tiempo? Ningún arma, ningún instrumento doméstico, podían dar testimonio de los constructores de hemiciclo que aun siendo de tosca elaboración, denotaba una primitividad social.

Hans se acercó a mayor de los nichos y recogió varias piedras pequeñas, de colores apagados pero tan armoniosamente moldeadas que resultaban gratas al tacto.

—Déjalas —dije a Hans— no tienen nada de extraño. Piedrecillas así, mucho más lindas y fascinadoras encontrarás a orillas del Titikaka, en la bahía de Copakawana.

—No —contestó mi amigo— éstas son distintas a todas las que encontré en mis correrías lícitas. Me dan la sensación de tener sólo una existencia natural, de no haber sido trabajadas por instrumentos cortantes, sino por el pulimento del roce de millones y millones de manos en milenios de milenios. No creo en cosas de magia ni de poesía, como sabes, pero estas piedrecillas deben guardar un enigma arqueológico que descubriré.

No pude menos que sonreír ante la ocurrencia de Hans. Las piedrecillas —no serían más de doce o catorce— entraron en su mochila y luego de echar vistazo final al lugar, ciertamente sombrío, emprendimos el retorno llegando al camino donde nos esperaban las mulas. Reanudamos la marcha, de Turco pasamos a Curahuara de Carangas que el "Sajama" señorea desde la lejanía de un triángulo perfecto.

Desde que rompiera el compromiso, Rosalinda recuperó su natural alegría. Recatada, discreta, no podía esconder la paz interior al devolverse su libertad. Afable por naturaleza, ahora se esforzaba por ayudar a padres y hermanos. Reanudamos el antiguo compañerismo.

Nos divertíamos, salíamos a bailar, íbamos al cine, cambiábamos libros, nos gustaba escuchar música juntos.

Un día ella me contó que su padre le había advertido que frecuentaba demasiado mi compañía, que eso era perder el tiempo, y acaso darme esperanzas irrealizables.

—¡Fíjate, qué cosa absurda!

—¿Por qué absurda? —pregunté yo amoscado.

Ella se ruborizó, me miró sorprendida y un tanto azorada repuso:

—Bueno, tú lo comprendes... Sospechar de nuestra amistad es algo insólito.

Insistí en saber qué respuesta diera a su padre:

—Naturalmente me reí —dijo Rosalinda—. Le dije que tú eras el mejor compañero justamente porque no me cortejaba, y... y... Además... le dije que el solo hecho de llevarte seis años bastaba para disipar toda habladuría.

Sus palabras me hicieron daño. Oculté mi desazón y luego le propuse ir al cine a ver una película de la Deborah Kerr, la actriz inglesa tan bella como distinguida.

—¿Por qué te gusta tanto Deborah Kerr? —preguntó mi prima.

—Porque se parece a ti...

En el cine quise cogerle la mano. Ella lo evitó. Y una vez más. A la tercera tentativa se la apreté con firmeza pensando locamente "si se desprende, la perderé; si la retengo será mía". Nuestras manos continuaron enlazadas hasta el fin de la película en la cual dos amantes separados por extrañas circunstancias y muchos obstáculos terminan realizando sus sueños. Lo consideré el mejor augurio pero aún no me atrevía a expresar mi amor a Rosalinda.

—¡Mira —le dije— qué hermosa está la noche!

Mi prima sonrió bondadosa:

—Estás tan contento como si hubieras hecho la conquista de Deborah Kerr —anotaba sonriente.

—Quién sabe —contesté— a veces los sueños más locos se truecan en realidad.

Cenamos en su casa. Tío Renato y su madre siempre afectuosos conmigo. Los hermanitos menores, bien educados, apenas intervenían en la conversación.

—Sobrino —preguntó tío Renato—. Verdad que ya tienes fortuna, pero quisiera verte casado y feliz en tu hogar. Rosalinda puede presentarte lindas amigas, menores que ella y estoy seguro que sabrás escoger a la mejor.

—Tío —respondíle— me faltan muchas cosas por hacer todavía. En cuanto a casarme no se hable antes de los treinta; por ahora no me interesa conocer a las amigas de Rosalinda.

Tío Renato me quería sinceramente, además tenía viva gratitud por haberlo salvado del naufragio económico pero yo advertí que le preocupaba la amistad tan estrecha con mi prima.

Al despedirme en la puerta Rosalinda profería: "no le hagas caso, seguiremos tan amigos como siempre, tú eres mi caballero".

Esa noche dormí mal, en realidad me desvelé pensando en Rosalinda. El contacto de su mano me había despertado al terrible misterio de las zonas erógenas; si, por el solo contacto con su piel delicada, a través de la cual sentí palpar su sangre cálida, por las presiones temerosas de su diestra, por los sutiles y dinos juegos táctiles de dos manos que se aman, se buscan y se entienden, comprendí que Rosalinda debía ser mi esposa. La única, la elegida para toda la vida. No lo confesaría a nadie porque me tildarían de pueril. De absurdo... ¿Un estudiante de Universidad, enamorado de una mujer de veintiocho años? Parecía demasiado romántico, en realidad absurdo, sí. Absurdo tuvo razón en la respuesta a su padre. Absurdo. Pero luego acallé mis temores, deseché las dudas; ¿y por qué no? ¿No había sido Disraelí dichosísimo con su Mary Ann que le llevaba catorce años? Todo lo que nos proponemos es verificable si nos empeñamos en convertirlo en realidad. Sí: jamás renunciaré a la voz amada de Rosalinda, a su sonrisa tierna y efusiva, a su manera de ser tan digna, inteligente y sagaz que parecía adivinarlo todo y buscarle la mejor solución. Ya vencería la resistencia de los padres, los de ella y los míos que seguramente se opondrían al "matrimonio desigual". Vencería toda resistencia, familiar, sociedad y lo que fuera. Esa noche me sentí hombre en plenitud: conquistar a Rosalinda equivalía a una proeza de coraje y de constancia. Sí: me sobrepondría a todo, pero ella, ella, tan recta y equilibrada ¿me aceptaría? Este era el problema: ganar su corazón, porque su rechazo me dejaría lastimado para siempre. Esa noche me volví cien veces de lado a otro de la cama sin poder conciliar el sueño. Rosalinda y Deborah Kerr fundidas en una sola mujer maravillosa me asediaron sin descanso.

Mi prima ya no me daba trato de hermano menor; desde que la libré de la no deseada boda, yo advertía que ganaba su confianza. Reservada por naturaleza solía expandirse conmigo. Cierta vez hasta llegó a decir: "eres mi mejor amigo". El corazón me palpitó locamente, estuve a punto de confesarle mi amor pero, demasiado orgulloso, temí el rechazo y callé.

15

Eugenio periodista y Roberto atleta-comerciante eran dos amigos sin complicaciones, podía contar con ellos —y ambos conmigo— para todo lo que fuera normal. No eran hombre de interioridades ni cavilaban mucho, vivían más en el mundo que en el pensamiento. El que me preocupaba era Hans, el montañero, personaje misterioso del que poco o nada se sabía porque eludía hablar de sí mismo. Unas veces expansivo, otras callado atravesaba periodos de exaltación y de hurañía. Muy susceptible, el menor detalle bastaba para que iniciara retiro: no quería ser molesto; pero sabía tanto, había leído mucho, y su conversación siempre era excitante. Además teníamos cierta afinidad en música y en lecturas: Mozart, Vivaldi, Mann, Hesse.

Una mañana Ertlinger se me acercó y con ese modo brusco habitual que lo distinguía dijo:

—Tú sabes que soy totalmente inmune a cosas ocultas, magia o milagrerías, pero en mi cuarto ocurren sucesos increíbles. Te llevaré y lo comprobarás por ti mismo.

Ocupaba tres habitaciones y en una casa de familia: el dormitorio, grande, con dos ventanales, un comedor-cocina más bien pequeño y un estudio lleno de libros, discos y cuadros de pintores alemanes del siglo XIX que pertenecieran a su abuelo paterno.

—Siéntate en esa silla —me invitó Hans— y verás lo que pasa.

Transcurrieron largos minutos: nada. Ya estaba a punto de creer que mi amigo había sufrido alucinaciones cuando un pequeño objeto voló literalmente de la cómoda al repecho del ventanal sin hacerse daño. Naturalmente la cosa me sobresaltó:

—Alguien lo ha tirado —exclamé.

—Estamos solos, no hay nadie más que nosotros. Además viste que la escobilla se levantó por sí sola y detuvo su vuelo ella misma sin intervención de nadie.

Poco después una antigua silla de roble caía con suavidad sobre la alfombra sin que pudiéramos hacer nada para evitarlo.

Aumentó mi sorpresa cuando Hans me anunció que todos los días, entre las cinco y las siete de la tarde, pero sólo en ese lapso ocurrían los hechos más inauditos.

En efecto: dos cuadros se descolgaron silenciosamente y cayeron parados al suelo. Después sentimos unos ruidos extraños como si muchos hicieran bulla en un sótano, debajo del cuarto. "La casa es nueva, de un poso, no tiene sótano, está sobre tierra firme", aclaró Hans. Pero el momento que el foco de luz se apagó y volvió a alumbrar por seis veces consecutivas, Ertlínger ya no pudo esclarecer nada.

—Vámonos —profirió Hans— no quiero que sigan viendo tanto disparate.

El momento que nos disponíamos a abandonar la estancia oímos el maullido doloroso y rabioso como si a un gato le hubieran pisado la cola. "No hay animales en la casa". Explicó Hans.

Sentí todavía un fuerte viento que intentaba arrebatar me el sombrero de la cabeza cuando no soplaban ni la mínima brisa en el cuarto.

—¡Esto es demoníaco —grité—. Has exorcisar tu cuarto!

Hans se encogió de hombros:

No creo en curas ni en exorcismos. Debe existir alguna razón de orden natural, invisible, para que sucedan estas cosas. Pero no te preocupes: sólo pasan de cinco a siete. Con no entrar a mi cuarto ese tiempo, problema solucionado. Después nada suceda.

Quedé lógicamente intrigado y una mañana que tropecé en el atrio de San Francisco con el Teodoro Mamani lo invité a visitar la casa de Hans; tenía la certeza que él daría con la solución del enigma.

No se cayeron bien el indio y Hans, pero como aquél me había prometido indagar el fenómeno, cumplió su palabra y todos tres asistimos a una nueva sesión de traslación de objetos, ruidos extraños, e incidentes inesperados inexplicables.

El Teodoro Mamani observaba con escrutadora atención todo lo que había en la estancia. Palpaba los objetos, olía algunos, otros los frotaba suavemente en sus manos.

De pronto se dirigió a Ertlínger:

—¿Por qué ha pintado usted estas piedras? —preguntó refiriéndose a las piedrecillas recogidas en la cueva prehistórica.

—Para que luzcan más vistosas —replicó Hans.

Cayó una silla, un cuadro se desprendió de la pared, un frasco de perfume voló de la cómoda al velador. Mi amigo y yo observamos asombrados lo incidentes. El Teodoro Mamani los vio impasible sin que nada alterar su faz enigmático:

—Présteme dos de ellas y le daré la solución.

El indio se alejó y Ertlinger comentaba irónico:

—Pero tú crees que esa esfinge aimára resolverá el misterio?

—Estoy seguro.

—Estás loco.

Pasaron dos días, al tercero volvía el Teodoro Mamani.

—Estas piedras —dijo devolviendo las dos prestadas a su dueño— tienen vida. La pintura con que las has recubierto o las dejan respirar. Lávalas, vuévelas a su estado natural y cesarán todos los fenómenos de traslación de objetos.

Hans creyó que el indio se burlaba:

—Eso es absurdo —replicó— las cosas inanimadas carecen de vida, no pueden mover objetos.

—Inténtalo —repuso el Teodoro Mamani. No quiero cobrar nada y se alejó con grave paso.

A la mañana siguiente Ertlinger me llamó por el teléfono:

—Anoche lavé las piedras y han desaparecido los ruidos y las traslaciones extrañas.

Los dos quedamos sorprendidos. "¿Es un "yatiri", un adivino o un hechicero indígena?" preguntó Hans. "Creo que algo más —agregué yo— es un maestro de sabiduría cósmica, un teurgo".

Lo cierto es que lavadas las piedrecillas no volvieron a provocar ninguna molestia. "Hay en ellas algo de brujería", dijo el incrédulo Hans y las regaló a un museo escolar.

16

Mi amor por Rosalinda crecía irremisiblemente, pero el orgullo y el temor a ser rechazado sellaban mis labios. Más que el primo yo era como su hermano menor, el camarada que la acompañaba en todo, dispuesto siempre a complacerla, y esa intimidad espontánea nos acercaba insensiblemente. Yo padecía accesos de melancolía; entonces dejaba de verla dos o tres días.

—¿Por qué no vino viniste ayer? Descubrí un disco maravilloso: la Fantasía Op 77 de Beethoven, tocada por Schnabel; habría querido escucharla contigo.

—El trabajo, ando algo retrasado —dije a manera de disculpa.

—No lo creo —exclamó mi prima— tú eres metódico.

Y luego, inquisitiva agregaba: " ¿O estas enamorado?

No pude esconder mi confusión:

—¡No, no! —dije apresurado—. Nada de eso.

Rosalinda me cogió la mano afectuosa:

—Debes tener confianza en mí. ¿No soy tu hermana mayor?

Asentí. Pero la tristeza del amor imposible seguía mirando mi interior. ¿Qué hacer?

Fuime de excursión a la cordillera. Dormí dos noches a la intemperie bien envuelto en mi bolsa de campaña. El tercer día ya me sentía recuperado. Lejos de mi prima creía ver mejor las

cosas: lo importante era vivir intensamente, ser un hombre múltiple, viajar, aprender, ver contentos a mis padres, merecer la admiración de los amigos, seguir buscando sorpresas en las montañas, hacer cosas útiles en beneficio de los demás. El caballero cristiano puede existir dentro del vikingo moderno; sí: sería un forjador de empresas sociales, industriales o simplemente de obras nuevas en cualquier sentido que fuere. Era aún muy joven, ¿por qué ligarse demasiado temprano? Mas luego la imagen soñada volvía insistente: compartir vida y riesgo con Rosalinda, tener siempre a mi lado su figura armoniosa, contar con su voz suave, su sonrisa misteriosa, tenerla de amada y confidente, de consejera y musa inspiradora, ¿no sería mejor que vagar solo por el ancho mundo? No sé si cerca de ella o alejado la quería más... Los instantes de reposo, todos de mi prima; pero durante las caminatas y los incidentes de la excursión, la realidad me volvía a la confianza y la dureza del aventurero: era un hombre fuerte, solo y todos los caminos se abrían a mi inquietud. Alejar penas y amores que aminoran al hombre.

Un anochecer de luna plena un fuerte ruido me hizo alzar la cabeza. Una gran forma se acercaba en el aire. Pensé que sería un "jet", más no tenía las clásicas luces rojas y verdes. Un bulto inmenso, volando a baja altura, se cernía en el espacio. Me asusté de sus dimensiones - tendría 25 o 30 metros de envergadura- y pensé que si caía me sepultaría bajo su inmensa masa.

Era, otra vez, el Cóndor Blanco, ¿y por qué en cada nueva aparición más grande? El tremendo pájaro se balanceó en el aire dejándome observar su terrible presencia. Causaba más pavor que un pájaro metálico. Yo veía las alas desmedidas batiendo el aire con siniestro rumor, sentía su intenso olor animal, me inmovilicé ante la mirada de los ojos penetrantes. El ave descendió posándose en el suelo a pocos metros de donde yo me hallaba. No plegó las alas y así, enorme y en Horizontal majestad parecía la cima de un nevado desprendido de la cordillera. Temblé al ver que se movía, ¿iba a destruirme? Pero sólo fue cerrando sus alas. Jamás viera animal alguno de tales proporciones; acaso las ballenas son grandes pero las ballenas no se dejan ver fuera de las aguas y este cóndor gigantesco se destacaba en sus aterradores trazos, quieto firme, de líneas grandiosas como para ser captado por el ojo y la mano de un escultor audaz. Quise hablarle, decir algo, pero el terror me tenía petrificado. Tampoco el animal emitió sonido alguno. Estaba ahí, inmóvil, amenazador y benigno a la vez, sola presencia nívea en la noche lunar.

Después de unos instantes desplegó las alas imponentes y se elevó verticalmente sin más ruido que el fornido plumaje batiendo al viento. Se detuvo casi sobre mi cabeza, se interpuso entre la luna y yo, y se fue alejando inmenso, majestuoso, aterrador.

Esta tercera visita del Cóndor Blanco, más grande terrorífico que las otras dos me dejó estupefacto.

Conté la extraordinaria experiencia a Hans y éste repuso sonriendo:

—Son cosas que nos ocurren a los montañeros. De tanto andar sobre montañas, viendo nevados y abismos, sufrimos alucinaciones. A lo mejor te impresionó un nevero visto en la tarde y en la noche tu mente imaginativa lo convirtió en un animal gigantesco. Maya, la ilusión, pone vendas en nuestros ojos. Yo sólo creería en tu Cóndor Blanco si le pusiera la mano sobre el lomo. Sueñas demasiado, dormido y despierto. Cúrate de magias sobrenaturales.

—Y las piedrecillas pintadas de tu cuarto? —anoté atrevido.

Hans se turbó, más reaccionó prestamente:

—Eran brujerías, cosas que suceden, fenómenos parapsicológicos. Pero lo que tú cuentas excede del mundo físico, son imaginaciones.

No quise confiar a Rosalinda el caso por miedo de que ella se burlara calificándome de visionario o imaginativo.

La imagen del Cóndor Blanco ya no se apartó de mi mente. En sueños y despierto veía su cuerpo poderoso, sus alas inusitadas, hasta pensaba que tenían un mensaje para mí, que yo, en mi frágil humanidad, no podía comprender...

17

La manera cómo Eugenio raptó a su novia es digna de contarse. Quería casar con una joven tiranizada por un tutor severo que se oponía tenazmente a las bodas por ser ella menor de edad y por seguir manejando su fortuna.

Eugenio, rico y ardorosamente enamorado, nos propuso que lo ayudáramos en la empresa. Ertlinger rehusó y quedamos los tres bravos mosqueteros para intentar la hazaña.

El rapto debía hacerse después de la medianoche, cuando todos durmiesen, pero como el cuarto de la doncella situado en el tercer piso estaba muy próximo al del tutor y su esposa, y aquél tenía el sueño ligero y el oído muy fino, acordamos realizarlo todo con cautela, evitando ruidos y hablar en voz alta.

El frente de los dormitorios daba a una calleja abandonada, lo que nos animó al iniciar la liberación de la joven. Contábamos, además, con la ayuda de su sirvienta, una joven negra que adoraba a Matilde.

Eugenio, el más intrépido, comenzó el ascenso por una escala de sogas que llevaba al hombro. Tuvo que asirse de repecho y cornisas y a fe que lo hizo diestramente. Una vez en la saliente del tercer piso nos largó la escala. Roberto, habituado a las proezas atléticas, subió sin dificultad. Yo quedé abajo sosteniendo la escala. A poco una figura bajaba por ella casi cayéndose. Creí que fuera Matilde pero me sorprendió ver a su sirvienta negra la cual se llevó el índice a los labios y en voz baja dijo: "mi hermano y el señor han sorprendido a sus amigos y están peleando allá arriba. Usted debe ayudarlos". Ella sostuvo la escala y yo me apresuré al ascenso no sin vencer el mareante bamboleo de las sogas. Encontré un ventanal abierto y me introduje por él. Ignoro la razón por la cual no había luces; sólo vi dos grupos que peleaban a brazo partido, sin armas, sin blasfemias ¿por qué? Me extrañé de esa lucha silenciosa, me acerqué a uno de los grupos y creí reconocer a Eugenio que forcejeaba con una figura baja y fornida. "Debe ser el tutor— pensé— y no quiere lastimarlo, pero yo sí puedo hacerlo". Aseté un fuerte golpe, el instante en que los luchadores giraban rápidamente. De pronto oí voz de Eugenio: "¡Estúpido! Casi me arrancas la oreja". Entre los dos no tuvimos dificultad para reducir al tutor que creyéndonos ladrones o acaso asesinos no se atrevía a gritar. Le pusimos un pañuelo en la boca y lo amarramos sentándolo en una silla próxima.

Enseguida corrimos hacia donde la otra pareja disputaba el triunfo. Roberto fuerte y atlético creyó poder dominar fácilmente al sirviente negro pero éste resultó un demonio de agilidad y mañas para luchar. Me sentí empujado contra Eugenio, caímos ambos al suelo y al ver un pie próximo, tiré de él con fuerza para hacerlo caer. "Suelta idiota, dijo Roberto, soy yo". Nos paramos y reanudamos la pelea. El negro era muy fuerte y escurridizo. Pude asestarle un puñetazo que habría derribado a cualquier otro; me quedó doliendo la mano. Entretanto Eugenio le tendió la zancadilla y Roberto se le fue encima. Cayeron los tres al suelo. Yo vacilaba en intervenir porque en la escasa claridad no distinguía bien a los luchadores. "¡Ayúdanos -exclamó Roberto- siéntate sobre este demonio negro!". Me dejé caer con todo mi peso... y resulté encima del Eugenio, pues el negro se había revuelto como una culebra cambiando la posición de los combatientes. Entonces Roberto pudo darle un codazo en el estómago que dejó sin aliento, inerme, al valeroso luchador. Allí fue Troya: los tres nos lanzamos sobre el desventurado, lo molimos a golpes, luego lo amarramos y mordaza en la boca lo colocamos junto a su amo. Ambos hacían esfuerzos desesperados por romper sus ligaduras sin poder conseguirlo y callaban sin intentar ni siquiera un mugido a través de la fina tela de los pañuelos.

Bruscamente la luz de una linterna iluminó la escena. Un hombre de bata, con chinelas, llevando un revólver en la mano, viendo a los atados y a nosotros tres preguntó furioso:

—Ladrones, bandidos ¿qué hacéis aquí? —y no dejaba de apuntarnos con el arma. Luego ordenó perentorio: —Suelten a mi sirviente y a ese otro hombre.

Así lo hicimos. En tanto el dueño de casa había encendido la luz eléctrica. Y en verdad que era para reírse: el negro magullado, el desconocido y nosotros tres todos con las ropas desechas, maltrechos y con moretones en las caras.

—¿Qué batalla campal es ésta? Justino (dirigiéndose al negro), ¿qué a pasado? Y ustedes cuatro ¿qué hacen aquí? —añadió interrogando al desconocido con el cual habíamos luchado.

—Yo nada tengo que ver con ellos —dijo éste en tono rencoroso.

Adivinando o inventado el caso Eugenio tuvo la idea genial:

—Señor —dijo— pasábamos por la calleja cuando vimos que se echaba esta escala de sogas y que por ella subía un hombre. Quisimos correr sin saber quiénes eran ni qué buscaban.

Un gran bulto con platería y valiosos objetos de bronce parecía justificar el aserto.

—¿Así que tú, infeliz —dijo al negro— te confabulaste con este ladrón para robarme?

El sirviente quiso explicarse pero su amo le ordenó imperiosamente callar. Enseguida llamó telefónicamente a la policía y sin dejar de apuntarnos profirió:

—¡Nadie se mueve! Estos dos son los ladrones sin la menor duda, pero ustedes tendrán que identificarse, pues es bien rara cosa entrar con sigilo y por una escala de cuerdas a mi casa. Creo que no basta el espíritu de aventura. Veremos qué dirá la policía.

De pronto un grueso almohadón diestramente lanzado por Roberto dio en la cara del tutor, lo hizo trastabillar y salió un tiro del revólver dirigido al techo. Inmediatamente el negro y el desconocido se precipitaron sobre nosotros reanudándose la pelea con ventaja de nuestra parte, pues el tutor semidesvanecido no tomaba parte, le habíamos quitado el arma y después de cambiar algunos golpes redujimos a la pareja de rateros.

—¡Rápido, hay que escapar antes que llegue la policía! —Mandó Eugenio perentorio.

Eugenio fue al cuarto de su amada, la sacó con abrigo y un maletín, no sin antes amarrar nuevamente a los ladrones, y dando un ligero golpe al tutor para que volviera a desmayarse. Ya se entenderían todos cuando volviese la policía. De súbito sentimos un tremendo bufido y un garrotazo pasó ante nuestras narices perdiéndose en el corredor. Fue el último susto. Minutos después, cuando ya se escuchaba el sonido lejano de la sirena de la policía, el poderoso "Mercedes" de doce cilindros no conducía al aeropuerto donde los novios embarcaron con rumbo desconocido, sustrayéndose, acaso para siempre, a la persecución del burlado tutor.

Regresamos a la ciudad En el "Mercedes" de Eugenio y antes de recogernos a casa decidimos entrar a una bar para reconfortarnos con cognac doble que bien lo necesitábamos. Nos miramos cariacontecidos: un ojo morado, un labio partido y hematomas en las caras denunciaban claramente la pelea. "Nos tomarán por dos borrachos -dijo Roberto- pero ¿qué importa? A estas horas ya no hay nadie".

Andábamos por la mitad del cognac cuando el barman dio un grito señalando la escalera:

—El fantasma, ha vuelto el fantasma —gritó asustadísimo y salió corriendo por una puerta trasera.

Vimos una figura vaga, fantasma, sonámbulo, en largo camisón o simplemente otra persona de la casa.

—¡Vámonos —irrumpió Roberto furioso— no quiero otra aventura más! Está visto que hoy los dioses están en contra nuestra.

Y me arrastró a la calle mientras la figura blanca parecía flotar en el aire.

18

Cuando conté la aventura a Rosalinda ella me miró burlona:

—¿No lo estás inventando? Mucha casualidad que el robo y el rapto hubiesen coincidido...

—Toca mis magullones —repuse indignado—. ¿Dirás también que los he imaginado?

—Digamos que todo sucedió como tú lo refieres —replicó mi prima conciliadora—, pero otra vez no te metas en semejantes casos: las apariciones se manifiestan sólo a los soñadores y tú sueñas en exceso...

Yo la observaba en silencio: tan digna, tan sobria, siempre tan acertada en sus juicios, sin ironías malévolas, buscando el modo de explicar sin herir. Su voz bien timbrada, más persuasiva que imperiosa me conmovía profundamente: ¡qué dulce sería escucharla siempre próxima, amigable, capaz de responder todas las preguntas, de aclarar todos los problemas! Y además tan hermosa de cara, tan bien modelado el cuerpo que su sola presencia me extasiaba. Si ella pudiera ser mi mujer... Yo sería el hombre más dichoso, pero nos separaban tantas cosas... Rosalinda, amada por mí silenciosamente desde la infancia, era y sería el ideal inalcanzable de mi vida toda... Así lo pienso, así lo pensaré sin mudanza porque el verdadero amor es único y para siempre...

La voz de Rosalinda me sacó del ensueño:

—No estás escuchando; te he preguntado cuándo llegará el día que me anuncies que hallaste una novia.

Me turbó la pregunta y sólo atiné a contestar:

—Por ahora no pienso en esas cosas... Soy libre... Me absorben los negocios, el deporte, los amigos.

—¿Y las amigas?

—Sólo te tengo a ti.

Ella se confundió a su vez:

—Bueno, yo soy la amiga fraternal, o hermana mayor. Tú necesitas muchachitas de tu edad.

Seguimos conversando hasta que la pregunta me brotó espontánea:

—Y tú, ¿nada tienes que contarme?

Rosalinda se ruborizó:

—¿Contarte algo mío, algo íntimo? Una pobre solterona qué puede contar como no sean las trivialidades del día.

De pronto como para eludir el tema me llevó al ventanal. La luna comenzaba a surgir detrás del espolón izquierdo del "Illimani". Visión fascinadora: la bola marfileña, pálida, como tímida doncella asomaba lentamente en el cielo apagado del crepúsculo. Primero un fino arco que se agrandaba pausadamente, después la media naranja y al fin la esfera armoniosamente redondeada. El momento que la luna se separó de la masa blanca de la montaña, fue conmovedora, como asistir al nacimiento de la criatura que se aparta del cuenco materno. Paulatinamente se fue alejando del nevado y al hacerlo trocaba su palidez en un amarillo indeciso que poco a poco se convirtió en brillante azafrán. En el mes de junio al estro frío brota detrás del monte en visitas rituales. Se explica que los arcaicos habitantes del Ande secular adoraban a "Pajsi", la Diosa de la Noche y hasta pienso escapar al soplo panteísta que emanaba del astro amarilleante como si fuésemos dos iniciados del culto antiguo. Permanecimos extasiados por el espectáculo insólito, ese inmenso globo suspendido en el espacio en el doble misterio de su grandeza y su movimiento.

Pueden reírse los escépticos, llamaron romanticones o sentimentaloides pero todo aquel que pasó por el hechizo amoroso sabe por experiencia propia que existe una vinculación oculta entre Selene y los que aman de verdad. Ella tiene el poder de embrujarnos, nos infunde un sentimiento de paz y de alegría, nos hace sentirnos mejores, reviste el mundo de un ropaje nuevo, purifica las almas; así Rosalinda y yo permanecemos largo rato embelesados en la contemplación del disco de oro que nos bañaba en su luz enigmática.

Yo no sé, exactamente, lo que sucedió en Rosalinda aunque presentía que se trataba de algo tan hondo, tan inefable como lo que a mí me pasó. Recuerdo que viendo el rostro de mi prima tuve la sensación de estar junto a la diosa de la belleza, más hermosa que todas las venus entrevistadas en los museos, y todas las afroditas vivientes de nuestro tiempo. Mis ojos erraban de la cara hermosísima al círculo ambarino que parecía animarnos con sonrisa protectora. Y en ese anochecer indefinible tuve el presentimiento de que Rosalinda sería mi mujer; lo era ya en esos instantes de gloria. Estábamos cogidos de las manos, su cuerpo reclinado en el mío cruzando las miradas, sin hablar, sumergidos en el encantamiento del suceso. Confieso que nunca he vuelto a vivir una noche de mayor sorpresa y felicidad.

Me sentía otro, un ser nuevo, audaz y poderoso, ante el cual se abrían infinitos horizontes de acción. Si, en cierto sentido somos criaturas lunares y aproximación a ella en profundidad no convierte en elegidos de la Deidad Nocturna. También mi prima transformada en un ser sublime embriagaba mis sentidos y me hacía soñar un sueño de sueños indescriptibles.

Un aletazo del viento nos volvió a la realidad: llegaba el frío y se hacía preciso cerrar la ventana. Entonces sucedió lo maravilloso: se aproximó y me besó; yo no sé si el movimiento que hice para acogerla fue deliberado o inconsciente pero nuestros labios se encontraron en un beso casto, un beso de novia como jamás volví a sentir. Luego ella reaccionó y entre temblorosa y avergonzada dijo:

—Estamos loqueando, no seamos niños.

Encendimos la luz eléctrica y todo se desvaneció. Rosalinda despojada de sus atributos de reina volvió a ser sólo la prima Rosalinda, yo el primo Sebastián, la estancia en la cual nos

encontrábamos una simple y vulgar habitación. Seguíamos enlazados de las manos y al despedirme sólo atiné a decir:

—Rosalinda, nunca lo olvidaré.

Ella cerró los párpados y una sonrisa indecisa me dio a entender que compartía mi emoción.

19

El cuarto encuentro con el Cóndor Blanco realmente se asustó, porque se trataba de un animal descomunal cuyas alas desplegadas medirían, por lo menos, treinta metros de envergadura, cosa no oída ni vista por nadie. Luego me acometió el temor: ¿por qué el ave inmensa se presentaba cada vez de mayor tamaño?

Acaeció en un paraje desolado de la meseta paceña, sin otra luz que la de la luna creciente y las estrellas. Soy un tanto nictálope y podía distinguir el perfil de las montañas lejanas, una arboleda cercana, la gran fosa de una quiebra y dos montículos de piedra que podían ser enterratorios aimáras. Reinaba un silencio absoluto, no soplabla el viento sino una suave brisa. Lejos, muy distante, sonó el ladrido de un perro. Esa noche me había propuesto caminar hasta la madrugada de modo que seguí mi marcha, alumbrándome de vez en cuando con la fuerte linterna que siempre llevo en mis excursiones.

De lejos divisé el bulto que parecía cerrarme el paso. Avanzaba por una senda estrecha, claro que pude desviarme, pues la meseta, anchísima, es una tabla que acoge todos los volúmenes, pero a los flancos de la senda el suelo era muy pedregoso y menos duro se hacía se hacía seguir el camino abierto por las sandalias de los indios. Seguí avanzando creyendo que se trataba de un peñón, pues un animal no podía ser tan enorme, pero conforme me aproximé al bulto calculé que era grueso y alto no menos de cinco metros. Lógicamente me asusté. El bulto permanecía inmóvil; me acerqué hasta pocos pasos de su gran masa y me pareció que instantes después tuvo un ligero bamboleo. "No es posible —pensé— no puede ser una criatura viviente porque no las hay tan grandes". Di dos pasos más y un fuerte olor animal me detuvo: ¡era un ser vivo! Y de pronto el bulto se extendió majestuosamente a izquierda y derecha como su fuese a envolverme. Retrocedí varios pasos y pude contemplar, estupefacto que se trataba de un ave inmensa, como de cincuenta metros de envergadura, de rostro aterrador, enormes patas con garras y unas alas grandiosas capaces de asustar al más valiente. Era el Cóndor Blanco, esta vez mucho más grande que las tres anteriores. Sentí su respiración anhelante, más pavorosa que el resoplido de un toro enfurecido.

Comprendí que frente a la pavorosa presencia no podría huir; inmovilizarme, hacerme más pequeño podría salvarme. Me senté en el suelo y seguí mirando despavorido. ¿Qué podría hacerme el monstruo, porque era en realidad un monstruo, no un ave normal? El ave tendió sus alas en forma horizontal batiendo el aire fuertemente. Distinguí la cara disforme, el pico descomunal, el plumaje blanco, blanco, brillando en la semipenumbra nocturna. El ave no parecía mirarme, tenía puestos los ojos en la lejanía, atisbaba cosas o ruidos distantes; posiblemente yo era, para ella, una criatura demasiado pequeña para ser tomada en cuenta. Nuevamente se elevó como la vez anterior como su fuese un helicóptero, verticalmente, y cuando estuvo a unos veinticinco metros del suelo realizó varios giros concéntricos sobre mi cabeza haciendo un ruido extraño, no tan fuerte como los motores de los "jets" pero sí lo suficientemente impresionante para infundir miedo. Nunca había visto un animal tan inmenso en el aire. Luego bajó en vuelo rasante que me hizo tenderme lleno de pánico, sentí el crujido del aire al impulso de las alas formidables y en pocos segundos se perdía en la distancia.

Quedé desconcertado. ¿Padecía alucinaciones, necesitaba ver a un psiquiatra o estaba soñando, me imaginaba lo que no podía ocurrir o la misteriosa noche altiplánica y la soledad me envolvían en sus ondas mágicas? Un cóndor blanco... parece imposible, pero, aún, que acrezca en cada nuevo encuentro. Decididamente algo no andaba bien en mi cabeza o en mis sentidos.

Además sólo yo veía o recibía la visita de las aves fabulosas lo que acentuaba el enigma que no podía compartir con otras personas que ignoraban su existencia.

El psiquiatra después de sostenido examen dictaminó: "la altura, la soledad, el silencio nocturno y la facultad de fabular o emitir ideas propias del temperamento soñador dan por resultado alucinaciones mentales como las que usted padece"; ¿a qué ellas no se producen cuando está en compañía de otras personas?", preguntó burlón. Luego agregó que andar solo por las noches y en parajes desolados no es bueno ni para la seguridad física ni para la estabilidad mental. Me dio por enteramente normal a no ser mi inclinación a la soledad y a las excursiones nocturnas. "Evite ese aislamiento, ese alejamiento de los centros urbanos — recomendó— usted en la grandeza cósmica ve visiones".

No quise confiar mis experiencias a Rosalinda; podría pensar que eran ocurrencias pueriles.

Tuve que viajar a Huancapampa. Iba en el "jeep" soportando los barquinazos del mal camino. Se me pinchó una goma y mientras la cambiaba vi proyectarse una sombra desde atrás: era el Teodoro Mamani.

A él podía confiarme -Le conté mi cuarto encuentro con el Cóndor Blanco y le pedí explicación.

—Has sido elegido —repuso—. No puedo explicarte por qué. Verás todavía cosas mayores...

—¿Tú viste alguna vez al ave tremenda, cada vez mayor?

—Nunca. Te estaba destinada.

—¿Sólo yo la podré ver? ¿Entonces sería sólo un producto de mi fantasía?

—Es tan real como nosotros, pero únicamente se hace visible al escogido.

Vacilé antes de preguntarle:

—¿Tú crees que puede existir un cóndor tan inmenso?

—En el Ande todo es posible si se rompe el círculo de las apariencias y se penetra a sus reinos interiores. Tú lo has hecho.

—Pero no lo busqué.

—Las excursiones solitarias, tu amor a los viajes nocturnos, él haberme encontrado, tu poder de ensoñación, todo eso, junto te conduce inevitablemente al camino oculto: verás cosas más notables.

Terminé de cambiar la llanta y lo invité a subir al "jeep". El Teodoro Mamani hizo un gesto amistoso y se negó:

—Los indios vamos mejor a pie —dijo— así sentimos mejor a Jacha—Pacha-Mama, la gran madre tierra que al toque de mis sandalias me habla con su lengua secreta.

Y se alejó haciendo un gesto amistoso con la mano

Hans me presentó a Fenisa, una rubia fascinadora de ojos verdes, estudiante de arqueología en la Universidad. Hija de alemanes hablaba perfectamente el castellano; atleta como mi amigo Roberto, congenió rápidamente con éste. Yo advertía que Eugenio envidiaba a su camarada. Pero ella era sólo una camarada para mis dos amigos. Tampoco se notaba nada más que una relación cordial de simpatía con Ertlinger. "Ella podría escoger al que quisiera —pensé— pues como mujer nada le falta".

Conforme pasaban los días advertí que Fenisa buscaba mi compañía antes que la de los otros. Lo atribuí a mi afición a la arqueología y sobre todo a mi amor por el pasado andino. Sostuvimos conversaciones muy interesantes sobre mitos y leyenda del Ande inmemorial. Ella parecía sinceramente interesada en estos temas, pero más de una vez vi encenderse una lámpara fugaz en los ojos verdes. Creí adivinar que le nacía un interés personal hacia mí y reaccioné con presteza: no me interesa Fenisa ni otra mujer que no fuese Rosalinda. Procuré evitar su compañía, cosa no fácil por que la camaradería con Eugenio, Roberto y Hans facilitaba los encuentros con la hermosa tudesca-boliviana.

Conté a Rosalinda cómo era la nueva amiga y al describirla seductora y culta noté un ligero retintín de celos. Tuve un instante de duda maligna: "como todas las mujeres —pensé— no puede ser mía pero no quiere que ande tras de otras".

Yo continué compartiendo mis horas libres en visitar a mi prima y en unirme al cuarteto de los amigos. Con Rosalinda el tiempo transcurría velozmente; nunca me cansaba de verla y oírla. Habría querido permanecer siempre a su lado. Con los amigos los encuentros eran agradables: Eugenio y Roberto, viejos conocidos, me eran afines en gusto y aficiones. Hans algo mayor que nosotros tres, ponía en las charlas su mayor cultura y una capacidad notable para destacar la arista más fina de los problemas. Fenisa no era menos lista, le gustaba las bromas ingeniosas, evitando toda pedantería cuando se trataba de sus estudios. Como compañera discreta, nada presuntuosa, procurando mantener el equilibrio entre los cuatro. Se sabía bella y admirada. Jovencita, apenas de diez y nueve años, poseía la sagacidad de una persona mayor. Todos las estimábamos y a mi juicio Roberto y Eugenio (éste a pesar de tener esposa) estaban fascinados por ella. Tampoco se mantenía insensible el hermético Hans Ertlinger. Solamente yo procuraba esquivarla, era seco en mis respuestas, intentaba a todas vistas demostrarle perfecta indiferencia aunque en el fondo no me desagradaba su compañía.

Un día Rosalinda manifestó su deseo de conocer a mis amigos. Todos cinco fuimos a su casa. Hechas las presentaciones de rigor fue fácil entrar en confianza. ¿Quién podía resistir el encanto de mi prima? El primer encuentro no pudo ser más promisorio. Salí convencido que ahora seríamos seis en vez de cinco: Rosalinda se plegaría a nosotros. Pero no ocurrió así.

La mañana siguiente preguntaba a mi prima por mis amigos.

—Son muy simpáticos —dijo Rosalinda—. Me gustan más Eugenio y Roberto, sinceros, sin dobleces. Tú amigo Hans sabe más de lo aparenta. En cuanto a la rubia es una gatita que no tardará en mostrar sus garras.

Reí largamente escondiendo mi felicidad: Rosalinda tenía celos de Hans y de Fenisa y esto me acercaría más a ella.

Pasaron días, semanas. Establecida una relativa intimidad entre los seis, las dos mujeres salían juntas y los cuatro varones manteníamos estrecha amistad. Fenisa se nos adhería con más continuidad, porque a Rosalinda la retenían los quehaceres de su casa y el cuidado de sus padres.

Cierta vez Ertlinger inquiría sobre el carácter de mi prima:

—Me gusta Rosalinda, es franca y directa. Con ella no hay necesidad de andar en rodeos. ¿Pero es siempre así?

Contesté medio receloso:

—Es siempre igual.

—Da la sensación de esconder su feminidad...

—¿Y por qué había de revelarla?

Fue la primera vez que Hans no me agradó.

Ertlinger compartía conmigo la afición arqueológica pero insensiblemente se fue acercando a mi prima por la pintura. Ninguno de ambos pintaba pero los dos se entretenían examinando las obras de los grandes maestros en libros de arte. Rosalinda se apasionaba por Watteau y Bellini, mi amigo por Tintoretto, y El Greco. Discutían largamente, Ertlinger, más entendido en la materia, no podía someterla porque aun sabiendo más en un sentido técnico difícilmente esquivaba las razones sutiles y sorprendidas de mi prima. Esta aproximación por la pintura me alarmó; un día, sin poder esconder mis celos interrogué a Rosalinda:

—Parece que el caballero de tus preferencias es ahora el alemán.

—Te equivocas —repuso ella— tú sigues siendo el caballero de mis preferencias.

—Pero los veo mucho juntos; tal vez, sin darte cuenta te estás enamorando...

Mi prima soltó a reír.

—Estás loco. Ni estoy enamorada ni pienso estarlo. Tú sabes que en principio desconfío de los hombres. Si alguno me llegara a gustar, tú serías el primero en saberlo.

Quedé tranquilo con sus palabras. Por lo demás Fenisa seguía asediándome, Eugenio y Roberto andaban tras suyo y nuestras reuniones de camaradería se desarrollaban normalmente. Rosalinda sólo asistía de vez en cuando a ellas.

Cierta vez Fenisa, herida por mis rechazos, me espetó enojada:

—Quieres a Rosalinda; ella jamás te hará caso. ¿No comprendes que sólo ve en ti al hermano menor?

La intuición de Fenisa me hirió en lo vivo. Callé y resolví no demostrar interés en mi prima sobre todo cuando la rubia de ojos verdes se hallaba presente.

Hans, el mayor y más sensato, planteó las cosas con franqueza:

—A unos gusta Fenisa, a otros Rosalinda. No vamos a separarnos por mujeres. El que se sienta audaz que se declare y si es aceptado los demás respetaremos su victoria. ¿Acordado?

Eugenio volvió a su esposa a quien no conocíamos, Roberto se compuso con Fenisa y Hans con su imperturbabilidad germana me confiaba: " tu prima me ha rechazado, seremos sólo buenos amigos".

Me sentí dichoso: Rosalinda sería siendo mi amor secreto. Nadie me la disputaría con los otros y la intimidad con mi prima prosiguió normalmente.

Me dolió que mi prima no me hubiese contado lo de Hans; el orgullo me impidió interrogarla.

Advertí un cambio sutil en Hans: no asediaba a Rosalinda, le prestaba libros, discutía con ella dosificadamente contradiciéndola con cautela, lo preciso para demostrar su superioridad dialéctica, lo bastante para no disgustarla si quedaba en posición poco airosa. Su conversación erudita y elegante nos fascinaba a todos. No parecía importarle la mayor frecuencia y la intimidad que existía entre ella y yo. Pero no perdía oportunidad de ser el amigo grato para Rosalinda adivinando sus gustos, complaciéndola sin servilismo, denotando un afectuoso interés. Simultáneamente nuestros paseos, las charlas sobre arqueología, los encuentros casi cotidianos disminuyeron. Comprendí que me había nacido un rival tanto más peligroso cuanto más enmascarado; sí, porque sólo yo adiviné que deseaba ardientemente conquistar el amor de Rosalinda. De ahí sus cambios de táctica, a veces indiferencia, a veces respetuosa adhesión.

No pude resistir la tentación de preguntar a mi prima.

—¿Advertiste los cambios de Hans?

Ella se turbó ligeramente.

—No, ¿por qué? Lo encuentro igual que siempre, un amigo respetuoso y solícito. Nada más.

Tío Renato vino a aumentar mis pesares, Dijo que encontraba sumamente correcto y simpático al tudesco. "Un ingeniero de minas es siempre un buen partido -añadió, e ignorando mis sentimientos hacia Rosalinda agregaba- harían linda pareja con tu prima, pero ella es tan rara que no parece darle mayor importancia". Después me preguntó si dado el grado de camaradería con Rosalinda ella no me había hecho alguna confidencia en materia de amoríos. Respondí la verdad: mi prima nunca se refería a sí en la materia. "Es mi preocupación -terminó Renato- estoy envejeciendo, quisiera verla casada, que me dé nietecitos..."

Ignoro qué haría Hans con su fortuna; ni la ostentaba ni se metía en empresas financieras. Yo, en cambio, más voluble, me asocié con varios y diversifiqué mis actividades. No podía quejarme, daban buen rendimiento pero me ocupaban mucho tiempo del día y veces, al anochecer, ya sólo quería descansar. Esto hizo que amenguaran mis visitas a Rosalinda. Ella sagaz e intuitiva anotaba discretamente: "sé que andas muy ocupado y debes atender tus negocios". ¿Por qué diablo —me dije— Hans tiene tiempo de sobra y no se halla cautivo de su fortuna?

Mi holgada economía siempre en ascenso corría sentido inverso a las oportunidades que tenía para entrevistar a Rosalinda. Sospechaba que Hans me reemplazaba más de lo necesario.

Un domingo en que pude librarme de mis gerentes y asesores propuse a Rosalinda salir al campo. Aceptó encantada. Reímos y disfrutamos abandonándonos al hechizo de la mañana radiante. Nos mojamos los pies en el río, trepamos cerros, y anduvimos tan lejos que no pudimos hallar mandarinas para apaciguar la sed. Cansados pero contentos entramos al valle de Calacoto. Sus farellones rojizos siempre me producían una impresión de novedad como si los estuviere contemplando por primera vez. Ella compartía mi emoción:

—Quisiera tener una casita al pie de estos cerros colorados —dijo mi prima.

—La tendrás —contesté sin premeditación.

Ella enrojeció y cambiando el tema agregó:

—Ha sido tan linda la excursión. (Luego de un suspiro añadía). Como antes...

La expresión melancólica en sus ojos me llenó de alegría:

—Te prometo que volveremos a ellas —dije entusiasta y mi recompensa fue el relámpago de dicha que brilló en su mirada.

A la mañana siguiente me encontré con Fenisa. Los ojos verdes bailaban de malicia. Supo de la excursión con Rosalinda y me propuso que el domingo próximo la invitara a ella: “pero los dos solos”, agregó. A pesar de su belleza, no me agradaba la muchacha. Le dije que ya tenía compromiso.

21

Eugenio entró a mi cuarto pálido y nervioso:

—Estoy perdido —dijo—. El gobierno ha descubierto que estuve dos noches en casa del Jefe del Partido Azul y cree que yo andaba en la conspiración, lo que es absolutamente falso.

—Si eres inocente no tiene que temer nada...

—Cómo se ve que no conoces a la policía de la dictadura: inventa testigos y cargos. El solo hecho de haber acogido en mi domicilio a Lazurtey, ya es un delito para ellos.

—Dormirás aquí esta noche.

—¿Y si te comprometo también a tí?

—No hay cuidado; un tío mío es Ministro. Nada me pasará.

No eran lerdos los policías. Conociendo nuestra amistad me visitaron al atardecer. Suerte que estaba en ella, pues Eugenio, solo, no habría sabido esconderse. Lo hice subir al entretecho cuya entrada disimulaba. Recorrieron minuciosamente los cuartos, pidieron disculpas y se retiraron.

Comprendí el riesgo que corría mi amigo. Quién caía en manos de la policía de la dictadura desaparecía mucho tiempo o regresaba molidos cuerpo y alma. Había que ingeniar el modo de hacerlo escapar a la finca de un pariente a ochenta kilómetros de la ciudad. El problema consistía en que mi casa y las Roberto y Hans estaban vigiladas.

Roberto, a quien hice venir a casa para que nos ayudara, sugería burlón:

—Tendrás que disfrazarte de mujer.

Eugenio, que era muy varonil contestó:

—¡Eso no! Prefiero entregarme.

—No seas tonto —dije—. Nosotros te haremos salir de la ciudad sin peligro y sin que pases vergüenza.

Hans no quiso intervenir en la aventura; fue el primer indicio de tuve de su egoísmo. Roberto, magnífico calígrafo falsificó un carnet de identidad y un brevet de chófer; ignoro, todavía, qué hizo para conseguirlo. Vestimos a Eugenio con un traje viejo, raído, que le daba apariencia proletaria, le dimos una gorra enviseada y después de la nueve de la noche, hora en

que cesaba la vigilancia, lo llevamos al Chevrolet del hermano mayor de Roberto que ya tenía las placas falsas.

Como para probar nuestro coraje los vespertinos traían la noticia de cinco "azules" que habiendo sido torturados en la policía fueron hallados casi exánimes en un camino alejado de la ciudad.

—No quiero comprometerlos —arguyó Eugenio—. Me quedo aquí pase lo que pase.

Roberto y yo teníamos un concepto demasiado alto de la amistad: no abandonaríamos la empresa y salvaríamos a nuestro amigo a cualquier precio.

Venciendo su resistencia lo metimos al vehículo. Eugenio, diestro en su manejo, Roberto a su lado y yo en asiento trasero.

Todo se desenvolvía bien hasta llegar a la aduanilla de Unduavi donde nos conocían a los tres. El administrador nos conocía, pero no pudo reconocer a Roberto que con peluca, bigotes falsos y anteojos oscuros pasaba por un simple chófer. Cobró el impuesto y retiró la tranca. Respiramos contentos: ya sólo faltaban 30 kilómetros para llegar a la finca. El automóvil tomó rumbo a Chulumani. Al voltearse un recodo nos detuvieron dos motociclistas que traían sendos revólveres al cinto.

Nos examinaron celosamente con sus linternas, verificaron nuestros papeles y nos pidieron disculpas.

—Señores, han escapado varios presos políticos y tenemos órdenes de requisar todo vehículo. Ustedes son personas conocidas, pueden seguir viaje.

Su compañero intervino receloso:

—¿Y el chófer?

El policía le echó mirada y ni siquiera le exigió que se identificara:

—Es un pobre diablo —exclamó—. Sigán.

Vi cómo temblaban los bigotes falsos de Eugenio que apenas reprimía su rabia.

Seguimos viajes y al fin llegamos sin más contratiempo que una goma pinchada que nos hizo perder bastante tiempo. Cerca de la medianoche llegábamos a la finca. En el campo todos duermen temprano. Salieron a recibirnos tres mastines furiosos que nos obligaron a refugiarnos en el auto. Eugenio los llamaba por su nombre pero los animales no lo reconocían por su disfraz y no mostraban señas de dejarnos aproximar a la casa.

Entonces Roberto recorrió a un ardid que nos hizo tender de risa. Salió de vehículo, apuntó con la linterna a los perros y se puso a ladrar imitando sus ladridos. Los animales se desconcentraron, luego reanudaron sus ladridos. Roberto se puso de cuclillas y con el abrigo encima de los hombros parecía un enorme bulto presto a saltar. Lo divertido fue que nuestro amigo ladraba tan bien y casi mejor que los perros. Estos recularon un poco y al ver que sin tenerles miedo Roberto seguía avanzando a saltos, siempre ladrando, comenzaron a disminuir sus ladridos. Nosotros alumbrábamos la escena con los faros del automóvil y era realmente hilarante ver cómo nuestro compañero desconcertaba a los animales fingiéndose uno igual a ellos. Nos parecía un enorme sapo a devorar a sus rivales. Roberto tropezó y cayó levantándose prestamente y entonces se puso el abrigo en una mano en alto y levantó con la otra la linterna de manera que parecía haberse transformado en un gigante que labraba a más y mejor alternando con unos rugidos de puma. Los mastines no pudieron resistir semejante aparición y escaparon a todo correr sin dejar de lanzar aullidos lastimeros.

Al bochinche producido salió de una casucha el mayordomo de la finca. Traía un revólver en la diestra:

—¿Qué quieren ustedes? ¡Lárguense o disparo! —fueron sus palabras de saludo.

Eugenio avanzó dos pasos y quitándose los bigotes le espetó.

—¡Cállate animal!, ¿no ves que es tu patrón?

El mayordomo dudó unos instantes y luego consternado:

—Es el niño Eugenio... ¿Qué hace usted en esta facha y a estas horas?

Dadas las explicaciones del caso, su mujer nos preparó sendos ponches y pudimos acostarnos. Miré el reloj: serían las dos de la madrugada.

Nos metieron en una estancia grande, fría, en el segundo piso. Era noche de luna llena. En la casa sólo había velas. Roberto se enfurruñó cuando le pedimos que nos hiciera otra imitación del perro que ahuyentó a los mastines. Nos dimos las buenas noches y nos dispusimos a dormir.

Yo estaba desvelado. Miré hacia la ventana y vi cruzar un bulto. "No puede ser un hombre —razoné— por que en la casa vieja de techos altos lo menos hay cuatro metros de distancia al suelo". La sombra, bulto o lo que fuera volvió a pasar dos veces por la ventana. Desperté a Eugenio que también quedó asombrado. Llamamos a Roberto que limitó a decir "será un murciélago" y volvió a dormirse. Pero el bulto seguía pasando y repasando por la ventana hasta que Roberto, indignado profirió: "si hace escapar a los mastines, a este inoportuno también lo alejaré".

Dio Roberto unos pasos hacia la puerta y en eso instante un frío intensísimo nos paralizó de miedo. Por el amplio ventanal y merced a la claridad lunar que alumbraba casi el muro de enfrente vimos deslizarse una sombra, un bulto, algo informe que lo mismo podía ser un gigante, un animal, un algo disforme y vago que se llevó con él el frío y se detuvo entre el suelo, muro y techo destacándose como una gran "c" invertida. Quisimos avanzar pero una fuerza misteriosa nos retuvo. La presencia inaudita estuvo ahí, varios minutos, teniéndonos en suspenso. No se movía ella ni nos movíamos nosotros. Se me ocurrió que unos rayos invisibles emanaban de la extraña figura y nos sumían en pavor y desconcierto.

De pronto el bulto informe se fue retirando del techo, del muro y al pasar junto a nosotros volvió a herirnos con su onda de frío letal. Nos dejó nuevamente paralizados. Cuando pudimos reaccionar, otra vez el bulto pasó algunas veces por la ventana y luego desapareció.

Roberto se envalentonó:

—¡Vámos —dijo— tenemos que saber de qué se trata: es un fantasma o una burla gigantesca!

Bajamos al primer piso, abrimos la puerta y salimos al exterior. Todo estaba tranquilo, no se movía una hoja. Ni la claridad lunar ni la linterna pudieron revelarnos nada. No había rastros de pisadas en el suelo ni huellas de ninguna clase en el muro ni el antepecho de la ventana. Nada.

Después del desayuno interrogamos al mayordomo.

Este se persignó dos veces y replicó:

—Señor: es el cuarto embrujado. Yo no quería que ustedes durmieran en él.

Y no quiso agregar más. Eugenio que conocía el lugar y sus gentes nos dijo:

—Yo sé quién sabe todo lo que pasa en la finca; es el "yatiri", el adivino que habita en la cumbre del cerro.

Nos condujo por una cuesta empinada el cabo de la cual llegamos, fatigados, a una choza en cuyo poyo delantero un indio viejo de facciones arrugadas mascaba coca y miraba impasible el horizonte Eugenio le relató la experiencia en el cuarto grande de la hacienda, y después de meditar un tanto el "yatiri" repuso:

—Dos almas tenemos: la "Jayu" y la "Ajayu"; la primer se va con el muerto y "Upamarka", el país del silencio de donde nadie vuelve; la segunda se queda aquí en la tierra hasta que el malo paga por sus culpas. Hace muchas lunas era el dueño de la hacienda el señor don Pedro; cometió muchos crímenes con los indios y hasta mató a varios blancos y mestizos. Los ha visitado el "ajayu" de don Pedro que todavía no ha pagado sus maldades. No vuelvan a ese cuarto porque aun muerto don Pedro puede matar.

Eugenio se rió, pero Roberto y yo recordamos al frío que nos atravesara no lo hicimos. Esa noche dormimos en otro cuarto y nada sucedió

22

Despidiéndose de Eugenio que debía pasar una buena temporada en la finca hasta que se olvidaran de él, volvimos a la ciudad.

Tío Renato me confió sus temores: había advertido que Ertlínger visitaba con frecuencia a Rosalinda a quien no parecía disgustar. "No me agrada" -añadió- ingeniero de minas es una profesión dura, además él siempre habla de volver a Dresde, su patria, ya claro que si tu prima aceptara tendría que irse allá. Yo quiero conocer a mis nietos y ya estoy viejo para pensar en viajes".

Interrogué a Rosalinda pero ella evadió la respuesta:

—Ya te dije que no me hablen de matrimonio, cosa en la que no pienso.

Pero pronto advertí que Hans, que no le hacía corte, haciéndose solamente el compañero dócil y respetuoso, había ganado parte de la confianza de mi prima. A ella le encantaba la discusión y Hans con gran astucia le llevaba la contra delicadamente dándose case siempre por vencido; en los casos en los cuales ya no podía disimular su victoria, lo hacía con extrema sagacidad. Además era muy culto, le gustaba hablar de libros, artistas, viajes y cosas de otros países, todo lo cual interesaba a Rosalinda. No que hubiera nada íntimo ni especial entre ambos, pero si un entendimiento que me alarmaba.

Un día que hice notar mi pena a Rosalinda ella contestó:

—No seas niño; con Hans aprendo, contigo estoy contenta. ¿No es mejor así? -y sus hermosos ojos oscuros brillaron de malicia.

Ertlínger no era insistente, venía una o dos veces a la semana a casa de Tío Renato. Trabajaba en una mina muy cercana a la ciudad reanudamos excursiones y volvió a ser el buen camarada de tiempos anteriores.

Como éramos ricos, y disfrutábamos de sólidas rentas, podíamos darnos el lujo de realizar súbitas desapariciones. Yo viajé un mes a Grecia, él mayor tiempo a Yugoslavia. Al regresar del viaje Rosalinda me recibió muy contenta:

—Recibí tus postales, veo que pensabas en mi, no saber cómo te lo agradezco.

Me sentí dichoso: mi prima había sentido mi ausencia. Y reanudamos la vida habitual. En cambio cuando se ausentó Hans nunca le escuché palabra que lo recordara. Recibió también postales que arrojaba distraídamente en tanto que las mías las tenía coleccionadas en un álbum. Creció ni confianza al comprobar que ella seguía considerándome el preferido.

Por ese tiempo Fenisa, coqueta endiablada, comenzó a rondarme con insistencia. Leal al amor de Rosalinda traté por todos los medios de alejarla; además temía despertar los celos de Roberto que la amaba seriamente. Pero, ¿quién puede sustraerse a los propósitos de una mujer empecinada en obtener sus fines? No soy un necio, no creo que Fenisa estuviera interesada realmente en mí; pienso, más bien, que pretendía vengarse de mis anteriores desvíos tratando de alejarme de Rosalinda.

Mi prima comprendió los manejos de la rubia.

—Es una taimada —dijo— quiere hacerte distanciar de Roberto. (Y luego, algo nerviosa, lo que me llenó de alegría agregaba): o tal vez quiere robarme tu compañía...

Le prometí evitarla en lo futuro y procuraré desairar a la provocadora mas ésta no se daba por enterada. Porfiaba en no desperdiciar ocasión para hacer notar que se interesaba en mí. Estuve hasta brusco con ella, expresándole claramente que me disgustaba su presencia, Fenisa no se inmutó: "no importa que no me quieras —dijo— yo te admiro y me gustas".

Cuando Hans regresó de Yugoslavia volvió a frecuentar la casa de tío Renato. Su conducta era correcta y cortés, no asediaba a Rosalinda y alternaba con todos como buen amigo. Nunca hablábamos de mi prima, pero yo sabía que ella continuaba siendo su mayor atracción en la familia.

Un día Hans me preguntó:

—¿Estás interesado en Fenisa? Ella no deja de acosarte.

Mi respuesta fue rotunda:

—Es la preferida de Roberto y bien saber que soy incapaz de traicionar a un amigo.

Luego insistió avieso:

—¿Piensas en Rosalinda?

Vacilé antes de responder:

—La considero una mujer ideal... pero no puedo pensar en ella... nos separan tantas cosas...

—Entonces: ¿me ayudarías si te digo que ansío casar con ella?

La proposición me desconcertó. Pensé un poco antes de contestarle entre cordial y pesaroso:

—Naturalmente... siempre que ella esté conforme...

—Tú me ayudarás a conformarla.

Conté la conversación a Rosalinda. Ella repuso que cada cual era libre de alimentar sus sueños y que no pensaba en aceptar propuestas de boda. Yo no sabía cómo esconder mi júbilo; más, todavía, cuando mi prima me pidió que le narrara el argumento de " El Atlante y la Reina de Samos", novela romántica agotada que no podía encontrar. Al resumirla, en breves trazos, yo veía a Rosalinda quedar pensando a ratos y otros exultar de entusiasmo. "Eso es amor —dijo al llegar al dramático final— pero hoy no se ama así".

Creí llegado el instante de confesarle mi amor. Tan claramente estaban reflejadas en mi rostro el temor y la pasión que mi prima me puso la mano en los labios: "calla, no lo digas, yo lo sé". Y me besó suavemente en la mejilla.

Una mañana Hans se presentó entusiasta dentro de su frialdad germana:

—Quiero asociarte a un gran negocio. Tú me trajiste suerte la otra vez y deseo que emprendamos conmigo la nueva empresa: me ofrecen una gran finca al norte de Potosí.

¿Quieres venir?

Yo fui siempre adicto a las aventuras. No veía en Hans el rival sino al amigo leal al cual me unía estrecha amistad.

—Iré por acompañarte —contesté— no porque me interese el negocio.

En la tarde y por primera vez tropecé con el Teodoro Mamani en la ciudad; antes sólo lo había encontrado en la soledad de los altiplanos. Iba con un indio joven que lo miraba con adoración. ¿Sería su hijo? Cuando le conté que preparaba viaje a Potosí refiriéndome a la hacienda "La Estrella" que nos ofrecían, el indio me dijo meneando la cabeza:

—No vayas. Mala cosa es. Por ahí viven los "laimes" y los "jucumanis", las dos comunidades que pelean desde hace siglos. La hacienda es buena, podría ser mejor, pero la discordia que separa a las dos comunidades, desde el tiempo del Kollasuyo, no las deja vivir en paz. La hacienda está en la línea que separa sus linderos. Ni fuerza ni persuasión los persuadirán: es tierra maldita, pide sangre, podría sorber la tuya.

Me estremecí, mas no quise pasar por cobarde.

—Teodoro Mamani —repuso— bien sabes que respeto tus ideas; además me consta que siempre dices verdad, he sido invitado por mi amigo Hans, y debo ir.

El indio me miró pensativo y luego con voz grave añadía:

—Esta bien, anda, pero no compres "La Estrella": sus tres últimos dueños murieron misteriosamente, jóvenes todavía; son los hermanos del último desaparecido los que quieren deshacerse de la hacienda.

Lo noté fatigado, hasta algo envejecido. Se negó a explicarme las causas de su decaimiento. "Mi obra está culminando —dijo— ni tú ni yo la veremos. Se acerca, se acerca el día..." Y se despidió con un firme apretón de manos.

La travesía aérea de La Paz a Potosí no llevó más de una hora. Pernoctamos en la Villa Imperial y a la madrugada partíamos en sendas mulas acompañados por dos campesinos de "La Estrella".

La estepa potosina es tan desolada como los altiplanos de Oruro y de La Paz. Recorrimos vastas extensiones, case despobladas, con escasas islas de árboles y muy pocas casuchas indígenas. Dos días después llegamos a "La Estrella" tras haber pasado una noche en torno a una fogata. Era una hacienda realmente hermosa, con abundante agua, mucho ganado lanar, excelente sembríos y varios molinos de viento. La casa de hacienda, de dos pisos, de estilo suizo, se conservaba deteriorada en el exterior, pero en buen estado en sus habitaciones. Un viejo piano, algo desafinado, una colección de minerales y de piedras y una selecta biblioteca me llamaron la atención. El mayordomo, Pedro Fuentes nos explicaba: la casa había sido construida en 1898 por un ingeniero geólogo suizo que tenía minas, solterón, que venía a descansar a ella. Era rico y pudo amoblarla bien. Tocaba el piano, leía mucho, coleccionaba sus minerales y amaba a los animales. Un día se fue a Europa y no volvió más. El fisco remató sus bienes y la hacienda tuvo varios dueños, los tres últimos muertos sorpresivamente sin huellas de

violencia. Reconoció que a veces sus moradores sufrieron las consecuencias de las violentas luchas de los honderos de los "laimes" y los "jucumanis" que disputaban interminablemente por sus linderos y por las aguas. Algunas veces victimaron a los que intentaron mediar en sus disputas —añadió— pero nunca tocaron la casa de hacienda, " es tierra del "Supay" (el diablo) —decían— y hay que respetarla, porque trae desgracia".

Los tres primeros días los empleados en reconocer la hacienda, que ocupaba un área dilatada de queñuales, quebradas, vallecitos, pastos y colinas montuosas. El ganado era de muy buena calidad, ovino y lanar. Poseía sembríos de trigo, de maíz, para en abundancia. Los campesinos que, después de la reforma agraria, tenían su propia cooperativa de producción, trabajaban a jornal en la finca, mas no querían habitarla. Ellos también estaban divididos, y en las épocas de disturbio abandonaban el trabajo para ir a pelear a hondazo limpio por sus derechos seculares, y esto era lo que perjudicaba a la hacienda que cada cierto tiempo se veía, pues el mayordomo con tres empleados mestizos no podía atenderla en su vasta extensión.

—Si aquí traemos gente nueva, algunas docenas de inmigrantes yugoslavos, maquinaria y técnica moderna, podríamos producir trigo hasta para exportación. El regadío es abundante y las tierras son fértiles. El mundo necesita proteínas. Este es un emporio abandonado, escasamente explotado —dijo Hans—. Tú y yo tenemos dinero, si ponemos, entre ambos un capital de 800.000 dólares saldremos adelante. Cuando el trabajo se expande daremos ocupación a muchos lugareños, estableceremos pequeñas industrias artesanales. Ganaremos mucho dinero y haremos bien a estos revoltosos enseñándoles que es mejor el trabajo pacífico y solidario.

—Hans —contestó— te debo mi fortuna. Con gusto te daré los 400.000 dólares que pidas, pero no me insistes que viva aquí. Es muy frío, muy lejos...

—Lejos de Rosalinda —expresó Ertlinger.

Me ruboricé antes de responderle:

—Bien sabes que es mi prima, una compañera desde la infancia. (Y cobrando bríos ataqué, a mi vez)

—Eres tú quien la extrañara. ¿No querías casar con ella? Y entonces, ¿por qué venir a sepultarme aquí?

—Lo tengo bien calculado: tres años de esfuerzo y sacrificio al cabo de los cuales seré el primer productor de trigo del país, remodelaré la casa de hacienda y ofreceré a tu prima una residencia modernísima en pleno altiplano. Tendré mi avioneta y podremos estar en una hora en La Paz. Tal vez así me acepte.

Sentí una oleada de terror. El plan era atrevido. ¿Me arrebataría Hans con su audacia y su genio emprendedor a Rosalinda?

No sé si él adivinó mi soledad. Cambió rápidamente la conversación y me propuso, antes de volver a La Paz, que fuésemos a explorar una gruta cercana a la que ningún poblador quería aproximarse. El mayordomo participaba de la superstición: dicen que era la Casa del Maligno y muy pocos de los que se aventuraron en ella regresaron vivos. "Lleven cordeles, linternas, y armas: nadie sabe lo que hay allí, las consejas aseguran que es un laberinto donde cualquiera pueden extraviarse". El espíritu de aventura prendió en ambos y nos aprestamos para visitar, muy de madrugada, la famosa gruta de "La Estrella" a la cual todos temían acercarse por que había traído mala fortuna a los osados que la visitaron.

No sé por qué ese tiempo indeciso entre la noche que se extingue y la proximidad del amanecer nos atraía a Hans y a mí.

Penetramos a la gruta con cautela, prendidas las linternas. Nos ceñimos el cordel al cuerpo atando uno de sus extremos a un pedrón para no extraviarnos. Era muy alta y corría por ella una vena de agua. No era el clásico panorama de estalactitas y estalagmitas, sino un ancho pasadizo que daba muchas vueltas. Los murciélagos se desprendían de sus paredes, siendo fácil ahuyentarlos de un manotazo. Después de un breve recorrido que se nos antojó largo por la dificultad del avance, pues no había un sendero en el piso sino protuberancias desiguales, llegamos a un espacio en forma de pirámide, de filos bien tallados. Del suelo surgirá una especie de humo sutil y fosforecían extraños resplandores. Al centro se alzaba algo así como una mesa de perfecta regularidad, también en forma de pirámide. En cambio los pedrones que la circundaban eran toscos, desiguales entre sí. Un esqueleto de talla gigantesca, vestido aún con atuendos extraños presidía la escena. Ertlinger no tardó en explicar el hallazgo: era un oráculo prehistórico, probablemente de culto a la Montaña a juzgar por la geometría piramidal. Cierto que resultó difícil llegar al recinto pétreo pero ¿por qué huía la gente y nadie habló del interior de la gruta? Tuvimos la respuesta case inmediata: un fuerte temblor nos llenó de miedo, las chispas se convirtieron en llamas que brotaban del suelo y un clamor cavernoso pobló el lugar.

—¡De prisa, escapemos! —gritó Hans.

Recogiendo el cordel comenzamos la huida perseguidos por raros fenómenos telúricos. Los muros laterales parecían dobles amenazadoramente, el piso vacilaba, sordos ruidos surgían del suelo. A tropezones y en loca carrera pudimos salir de la gruta.

Respiramos, todavía tembloroso por el peligro corrido.

—¿Te fijaste que si entramos en media hora salimos en cinco minutos? —dije a Hans.

—Es un antro diabólico —contestó mi amigo—. Ahora justifico el temor de los lugareños.

Era aún oscuro. Hans se enfundó en su cama de campaña y poco después roncaba plácidamente. Admiré su dominio nervioso. Yo no podía hacerlo, estaba demasiado conmovido. Saqué un cigarrillo y alumbrando con la linterna me alejé hasta un montículo suave en forma de ondulación simétrica. Extraía el segundo cigarrillo cuando una incierta claridad amenazaba ahuyentar las sombras. Apagué la linterna. Un sonido lejano, como ruido de muchas aguas sobresaltó mis oídos. Me pareció que el cielo oscuro se movía hacia mí. ¿Por qué negar que me conmovió el pánico? El alba se anunciaba ya en el paisaje y pude ver el peligro que se cernía mi cabeza. Un ave blanca de gigantescas dimensiones sobrevolaba el montículo. Quedé aterrado esta vez el monstruo animal mediría cien metros de envergadura. Sus alas parecían aplastarlo todo. No, no podía ser: el arqueoptérix desapareció hace millones de años, no podía existir un ave de tan fabulosas dimensiones... Pero como para desmentirme el ave terrorífica se movió hacia la izquierda y pude apreciar su tamaño pavoroso. Flotaba en el aire, no tan baja como las otras apariciones menores, pero sí lo suficientemente para que yo pudiera apreciar su colosal envergadura. Clareando estaba y se podía distinguir sus contornos increíbles. El ave no emitía voces, pero el cuerpo gigantesco al avanzar en el aire lo sacudía con violencia.

Mayor terror no sentirían los que vieron platillos voladores, al fin y al cabo creaciones mecánicas de seres inteligentes. El cóndor se movía en el espacio lentamente; sus alas larguísimas parecían inmovilizarse en fiera horizontalidad. Y era blanco, blanquísimo, a excepción del pico negro y de la cresta azul. Un momento que bajó algo de la altura en la cual se cernía, me dio la sensación de que me iba a aplastar con su poderoso cuerpo alado. Me eché en tierra, aterrorizado, mientras la inmensa masa descendía suavemente llegando a estar a pocos metros del suelo con un ruido sordo que se desprendía del aire impelido por las alas formidables. Los ojos enormes no miraban enfurecidos sino plácidos lo que me tranquilizó en parte. Semejaba un grandioso avión tratando de posarse en el piso. Creí que provenía de un mundo ignorado: era tan grande, tan inusitado que me pregunté si no soñaba, pero el ave terrorífica estaba, ahí, cerca, apagando las primeras luces del alba con su sombra fatídica. Quise grita, despertar a Hans pero estaba lejos. Temí enojar al terrible animal, me senté cautelosamente y pude ver cómo el cóndor blanco luego de dar dos giros circulares en el aire se elevaba velozmente en el espacio hasta convertirse en un puntito remoto que acabó por desvanecerse en el aire.

No quise contar la nueva experiencia a Hans. ¿Quién podría creerme? El cóndor blanco sólo existía en mi imaginación, aunque yo lo había visto varias veces, sensible y real cada vez más grande y anonadante.

Antes de emprender el retorno a la ciudad, la mañana ya soleada, pasamos cerca del montículo donde divisara al ave fabulosa. Hans se agachó y recogió algo semejante a una pluma descomunal: tendría varios metros de longura.

—Parece una pluma de ave —dijo Hans— pero no puede ser, no existen aves ni plumas de tal tamaño.

La recogí y la tengo en mi escritorio. Por ella sé que el Cóndor Blanco existe y sus visitas también.

24

Ertlinger volvió a frecuentar la casa de tío Renato cortejando sutilmente a Rosalinda. Yo me moría de celos pero, ¿tenía derecho de interponerme entre mi prima y mi amigo?

Para escapar a la pena o tal vez en un intento impensado de atraer la atención de Rosalinda, comencé a responder a los coqueteos de Fenisa que me rondaba diligente. Fuimos al cine, solíamos salir a pasear, dos veces la llevé a cenar al "Plaza". No por ello dejé de visitar y acompañar a Rosalinda. Con ninguna de ambas hablábamos de amor: éramos tres buenos compañeros solamente, pero Rosalinda advirtió lo que ocurría:

—Parece que la rubia te cogió en sus redes —dijo un día sin malicia en el juicio pero los ojos oscuros relampaguearon y la boca se fruncía en un gesto de desdén.

—Sólo somos amigos —repuse sin poder esconder mi alegría. También mi prima tenía celos.

—¿Y qué me dices de Hans? —pregunté agresivo.

—El sí que es sólo un amigo...

Esa noche Rosalinda y yo fuimos a cenar al "Sheraton".

Conversamos largamente de muchas cosas sin que ninguno se atreviese a abordar el tema esencial: ¿qué nos separaba, qué seguía uniéndonos?

Por fin animé a interrogar:

—Pareces muy contenta con la compañía de Hans.

Rosalinda me contestó secamente:

—Te dije que es sólo un amigo y no he cambiado de parecer. Agradable como compañero, pero nada más.

Luego agregaba incisiva:

—Eres tú el que anda encantado con Fenisa.

Protesté. Quise persuadirla de lo contrario. No me creyó. "Antes sólo pensabas en verme —dijo— y ahora has dilatado nuestros encuentros". Los hermosos ojos oscuros se velaban de altivez y de tristeza.

—Rosalinda —expliqué— nada me es más grato que estar junto a ti. Pero ya es hora de preguntar ¿para qué? Me tratas como a un hermano. No hay nada con Fenisa pero me pregunto si no tendré derecho de elegir una esposa que sea como tú...

Yo andaba por los 24, mi prima por los 30. Mi respuesta se ajustaba a la lógica.

—¿Por qué "como"? -interrogó ella su vez.

Me turbé, no atiné a contestarle. Tomé su mano en la mía y la acaricié suavemente:

—Tú sabes lo que siento. No quisiera malograrlo, tengo mi orgullo, no aceptaría un rechazo.

El mirar de Rosalinda resplandeció de satisfacción. Su hermosa cara de rasgos clásicos, levantada, un poco en escorzo, se me antojó la efigie de una diosa del tiempo antiguo.

La contemplaba extasiado cuando ella con esa sonrisa misteriosa que tanto amaba puso fin a la conversación:

—Sebastián, anda menos con Fenisa y vuelve a mí. Será bueno para ambos. (Luego con un gesto malicioso añadía:) yo te aconsejaré con quién te casarás.

Pasaron varias semanas. Las relaciones entre los cuatro habían cambiado sin que mediaran explicaciones. Evité varios encuentros con la rubia de ojos verdes. A su vez Rosalinda se vio menos con Hans. "Creo que tu prima piensa en otro hombre — me espetó una tarde no sin cierto despecho— si tuviera la certeza de ello dejaría de buscarla". Le contesté que había advertido cambio alguno. "Sólo alterna conmigo y contigo; yo me descarto, ¿quién podrá ser el tercero?". Hans no descubrió mi mentira.

Fenisa sí advirtió el cambio. Comenzó a coquetear con otros muchachos sin abandonar el asedio al que me tenía sujeto. Cuando nos reuníamos con mi prima yo afectaba la mayor indiferencia. Tal vez la rubia sorprendió algunas miradas fugaces entre Rosalinda y yo, y con femenina intuición descubrió el motivo de mis desvíos. "Se lo que te pasa —me dijo— y no te estorbaré". Fue más asidua con Rosalinda, mas no pudo arrancarle confidencia. Hasta que, despechada, me confesó: "Rosalinda piensa casarse, pero lo oculta, es una hipócrita". No osé desmentirla para no revelar mi secreto.

Una noche de insomnio me puse a meditar prolongadamente. Necesitaba una esposa, una amiga, una compañera, la novia que con los años se convertiría en la mujer ideal. Mi prima era orgullosa, jamás me confesaría su amor -si existiera-. Yo, a mi vez, temía el rechazo: esos seis años de diferencia... ¿Pero me amaba realmente o sólo sentía por mí un afecto entrañable? El rechazo a Hans no era suficiente prueba; la camaradería que nos juntaba de años tampoco. Sí: casarse, tener un hogar propio, me alucinaba, era compañera que alegra nuestros días y alivia nuestras penas. Luego estaba el enigma del Teodoro Mamani: ¿qué perseguía, cuáles eran los motivos reales de sus andanzas? Este amauta moderno ¿aspiraba a manejar multitudes, sería un profeta llamado a convertirse en conductor del pueblo indio? Nunca quiso darme seña de domicilio; aparecía impensadamente y desaparecía sin dejar huella. Yo deseaba encontrarlo muchas veces más, pues siempre aprendía algo de su sabiduría ancestral un sueño la aventura corrida con Hans, la extraña partición del tesoro hallado. Mis rentas me permitían vivir holgadamente. Realicé algunos viajes breves pero soñaba en otros, más prolongados... y acompañado, ¿Porque qué valen las sorpresas y encantamiento del vivir si no los compartimos? Las extrañas apariciones del Cóndor Blanco, siempre cuando me hallaba solo, me inquietaban hondamente: ¿eran alucinaciones, realidad, o caídas mentales inexplicables? Por lo demás yo era un individuo perfectamente normal, ni demasiado soñador ni demasiado realista. ¿Y qué esa obsesionante visita del ave gigantesca, creciendo más y más en forma aterradora? No, no podía ser cierto: Un ave fabulosa no puede existir, y menos aumentando cada vez de tamaño. Se trataba de un delirio de mi mente. Aunque dos neurólogos me habían examinado cuidadosamente sin hallar anormalidad alguna llegué a pensar que en alguna región oscura de mi cerebro se había producido un desfase invisible al examen médico: sí, debía ser un trastorno interno. Un cóndor blanco no existe en la naturaleza, menos de proporciones descomunales,

menos todavía creciendo en modo espantable. No confiaría todo, y ella me ayudaría si no a explicarlo todo siquiera a tratar de hallar una significación aproximada a cuanto me sucedía. Recordaba una frase Simmel que se me grabó en la memoria: "la mujer está es la raíz de las cosas". Solo Rosalinda podía ayudarme a descifrar los enigmas... ¿Pero llegaría Rosalinda a ser mi esposa? Esa noche en vela me sentí héroe de mi propio destino: afrontaría la humillación del rechazo y declarararía mi amor a mi bella prima.

25

Una noche, regresando contento de una fiesta porque Rosalinda había bailado casi exclusivamente conmigo, encontré en el jardín de casa un hombre. Instintivamente llevé la mano atrás para sacar el arma que siempre llevo conmigo cuando salgo de noche.

—Haya paz —dijo el hombre. Soy Teodoro Mamani.

Estaba herido en una pierna, caminaba con dificultad y se sostenía apenas; seguramente había perdido mucha sangre.

Lo introduje a mi casa y con ayuda del fiel Ruperto, mi mozo, lo curamos solícitamente. Lo metí en cama, le preparamos un buen ponche y lo hicimos reposar. Al día siguiente quise llamar un médico para que lo examinara.

—No —dijo el indio— la bala saldrá por sí sola si tu mozo me consigue las yerbas que le indicaré. Ruperto era también aimára, ambos hablaron en su idioma nativo. Tres horas después Ruperto regresaba con las yerbas. Las colocó en la herida y al otro día la bala salía de la pierna del amauta.

Descansó dos días más y cuando se sintió fuerte me tendió la mano:

—Me salvaste la vida —dijo—, algún día pagaré esta deuda. No puedo explicarte lo que pasó porque me está vedado hacerlo, pero sí puedo decirte que si no me acoges y me curas habría perecido sin remedio. Mis enemigos son implacables.

Al despedirse me entregó un diminuto monolito de malaquita primorosamente labrado. "Te protegerá —expresó— apriétalo fuertemente en tu mano izquierda cuando te veas en peligro".

Con el suceso creció el misterio del Teodoro Mamani; ¿en qué andaba metido, en política, en subversiones, en algo mayor que escapaba a mi comprensión? El último encuentro con el indio-europeizado me dejó muy impresionado. Tenía un destino que cumplir y no podía revelarlo. Cuán alto y enigmático sería...

La boda de Eugenio con Martha Rivarellos redujo el círculo de los íntimos. Fenisa se alejaba y Rosalinda también escaseaba su asistencia. Quedamos Roberto, Hans y yo. Cuando se trataba de excursiones, Ertlinger seguía siendo el camarada ideal, pero en el trato social, en el roce diario estaba muy cambiado. Yo lo advertía receloso, hasta creí sorprender una chispa de odio en sus ojos. El y yo visitábamos a mi prima, a veces aisladamente, a veces juntos sin que nada, aparentemente, hubiese cambiado las relaciones amistosas con Hans, familiares conmigo.

Finalmente Hans me abordaba desconfiado:

—Prometiste ayudarme con Rosalinda; ¿lo hiciste?

Sin titubear le respondí:

—Lo intenté, pero apenas te nombré ella dijo que no pensaba en casarse y cambió la conversación.

—Y tú... ¿cuándo esperas declararte?

—No pienso hacerlo —mentí— nada justifica tu reproche.

—Solo los bobos ignoran el lenguaje de las miradas —anotó Ertlinger—. Ustedes se entienden si querer reconocerlo. Y se despidió con un gesto sombrío.

Confíe el caso a Roberto y éste me desconcertó con sus palabras: "Estar tú enamorado de Rosalinda —expresó— Hans está loco. Sólo es tu prima, te quiere ciertamente pero con amor fraterno".

Hans conocía mi secreto, Roberto lo ignoraba.

Rosalinda era una amazona audaz. Amaba la equitación y esa mañana la visité porque había sufrido su tercera caída. "Eres demasiado audaz —le dije—. ¿Por qué empeñarte en saltos difíciles?"

Mi prima sonrió suavemente: "si no hay riesgo no hay victoria —expresó— quiero ganar la Medalla Olímpica". Le contesté molesto: "bien saber que eso es poco menos que imposible, no tenemos buenos animales en el país, y hasta los mejores militares y jinetes han fracasado en las pruebas de rendimiento. ¿Te crees superior a ellos?".

Después de discutir el caso largamente le espeté rabioso:

—Algún día tendrás que escoger entre tu esposo o el caballo.

—No hay peligro —dijo Rosalinda— bien saber que no deseo casarme.

—Tu destino de mujer no pueden ser la soledad y la tristeza.

—¿Y por qué piensas que la soltería debe terminar en tristeza y aislamiento?

—Es lógico: el amor, la comunicación íntima, la vida compartida sólo se dan en el matrimonio.

Rosalinda me miró inquisitiva:

—El día que encuentre el hombre ideal me casaré.

Una puertecilla de esperanza se abrió en mi corazón.

—Y si yo te rogara que dejarás el hipismo? Eres demasiado audaz; no quiero verte coja o maltracha, semiinválida, lo que puede suceder en la próxima caída.

Mi prima reflexionó un tiempo antes de contestar:

—Es verdad, yo también lo había pensado. (Luego con un tono malicioso agregaba:) pero no creas que es por consejo del hombre ideal.

Encontré a Roberto enfurruñado. Al principio no quiso confiarme, luego se abrió: había tenido una discusión con Hans respecto a Rosalinda. "Dijo que era una coqueta; yo lo refuté, entonces agregó que tú y yo éramos dos muñequitos en sus manos. No desea separarlos, porque sé la gran amistad que te uno a Hans, pero me parece que ella no durará; está resentido, por el rechazo de tu prima".

Creí llegado el momento de aclarar las cosas con Ertlinger.

Hablamos francamente. El dijo que no se trataba de un capricho sino de algo muy serio, que jamás renunciaría a Rosalinda, que se adaptaría a su modo de ser, que cifraba en ella su futuro y me preguntó que le respondiera lealmente si había algo entre mi prima y yo. No vacilé en responderle.

—No hay nada que no sea un afecto fraternal. Jamás le hablé de amor.

Hans se tranquilizó.

—Escucha —dijo— como sabes no tengo familia, debo emprender viaje a Noruega para recoger la herencia de un tío que ya había olvidado. Te nombraré mi apoderado general, tú velarás por mis intereses y cuando regrese serás el padrino de bodas porque me casaré con Rosalinda.

Ertlinger viajó y yo creí leal contar nuestra conversación a mi prima. "Está equivocado -dijo Rosalinda- yo lo aprecio como amigo, es inteligente, culto, de gran carácter; como camarada muy simpático, pero no siento amor por él. Sé que podría darme todo cuanto yo le pidiera, ahora mismo se va a Noruega a recoger una herencia; ¿es que no se contenta con lo que ya tiene? Tú debes convencerlo que no deseo casarme con él".

El avión en el cual Hans volvía de Noruega se perdió en el océano. Me dispuse a entregar sus bienes al Estado puesto que carecía de herederos pero al revisar sus papeles encontramos su testamento: dejaba todos sus bienes a Rosalinda.

Ella se negó en principio a aceptar la herencia de Hans, pero acuciada por el tío Renato y la familia tuvo que admitirla. Hubo que pagar cuantiosos impuestos al fisco por tratarse de persona ajena a la familia de Ertlinger pero aun así quedó una considerable fortuna para Rosalinda. "Deseo que tú sigas manejando todo —expresó— y no me hables de inversiones ni de dinero, no quiero saber de finanzas".

Dos semanas después, como albaceas y apoderado de Hans tuve que viajar a la finca "La Estrella" para tomar posesión en nombre de Rosalinda. Ella no quiso que fuera, pues se anunciaban nuevas reyertas entre "laimes" y "jucumanis". Y cuando yo insistí que era mi deber, se limitó a decir: "te acompaño".

Por suerte no ocurrió nada malo. De Potosí a "La Estrella" viajamos en un viejo "jeep" de la Prefectura.

Durante el trayecto yo pensaba lo bello que sería estar casado con Rosalinda; descontada su belleza era animosa, llena de entusiasmo por la naturaleza, dotada de sentido práctico para afrontar todas las contingencias del vivir. Una mujer con alma de niña. Mientras permanecimos en "La Estrella" viví horas de intensa felicidad: ella y yo, los dos solos intimamos con espontáneo acuerdo. Al volver a Potosí no pude contener mi emoción:

—Ha sido tan hermoso —dije— parecía que, que... éramos un matrimonio... profundamenteavenido.

Rosalinda me miró hondamente y calló.

26

La última vez que vi al Teodoro Mamani fue en Calacoto, escalando uno cerros empinados en cuya cima hallé al amauta contemplando fijamente al Gran Nevado. Vestía como un occidental y a mis preguntas contestó lacónico.

—Estoy disfrazado. Al indio Teodoro Mamani lo conocen todos; en cambio vestido como voy, paso por un clase media cualquiera.

Intenté sacarle su secreto, el por qué de esa vida errabunda y misteriosa.

—Los iniciados no hablan -repuso- obran solamente.

Y se cerró en hermético silencio. Trazó uno signos raros en la arena que cubría la roca y apuntando con un palo de eucalipto que llevaba en la diestra me explicó: "Serás feliz, alcanzarás tu gran sueño: una mujer de ojos oscuros te espera; ¿por qué vacilas? Díle tu amor, serás

aceptado". El no conocía a Rosalinda, de modo que su vaticinio me llenó de júbilo. Cuando indagué si lo volvería a ver, el Teodoro Mamani manifestaba:

—No lo sé. He fracasado en la misión que me dieron. Las gentes no están preparadas para el nuevo amanecer. Tengo que irme a purgar mi ineficacia en el Perú donde otros hermanos me aguardan. Tal vez un día regrese, tal vez no...

Le conté mi último encuentro con el Cóndor Blanco, cada vez más grande y sus últimas palabras fueron éstas:

—No sé si serás digno del final que te espera. No puedo ni debo explicarlo. Fortalece tu corazón.

Hizo un signo con la mano y comenzó a descender le cerro.

Yo quedé intrigado: ¿quién era el Teodoro Mamani, indio mestizo, blanco y cuál su misión en el pueblo, en qué había fracasado, qué futuro le aguardaba, por qué sabedor de tantas cosas, y a qué designio obedecía nuestra amistad?

Nunca lo olvidé aunque yo no volví a verlo. El Teodoro Mamani, sí esa encarnación misteriosa de la raza por que ahora comprendía que era verdaderamente un indio de estirpe y corazón, que se desplazaba en módulos europeos. ¿Por qué? El Teodoro Mamani fue siempre un enigma para mí.

Cuando Roberto me anunció que casaría con una joven inglesa de origen argentino, ya no vacilé. Acababa de cumplir 25 años, Rosalinda iba a los 31. Debía decidirme y me decidí:

Una tarde, solos en el jardín de su casa, sentados en el reborde de la fuente, le dije:

—Voy a emprender un viaje muy largo.

—No te vayas —respondió mi prima.

—¿Lo sentirías?

—Más de lo que imaginas.

—Entonces... ¿te casarías conmigo, Rosalinda?

Los ojos maravillosos se poblaron de lágrimas:

—Tú sabes que sí —dijo—. Y desde ese día fui el hombre más dichoso porque mi prima resultó la más encantadora compañera y la mejor de las esposas. Ella me hizo prometer que renunciaría a las excursiones peligrosas y a dormir a la intemperie. Yo, a mi vez, pude apartarla de los saltos ecuestres. Además nos entendíamos tan maravillosamente que nunca nos aburrimos de la recíproca compañía: siempre había instantes nuevos por descubrir. Aventurero y amazona desaparecieron para dar paso a la pareja.

Transcurrieron cuatro años de felicidad... ¿Pero es que puede describirse la felicidad? Además si uno la cuenta, nadie la cree, otros se burlan, algunos, envidiosos, se sienten heridos. ¿Cómo podría yo narrar lo que fue nuestra vida conyugal esos cuatro años? Me basta decir que adoraba a Rosalinda como el día primero. Mis negocios andaban prosperando sin duda por la poderosa inyección de capital que representó la herencia de Hans Ertlinger. Mi esposa dedicaba buena parte de sus rentas para ayudar a sus padres, a sus hermanos, a parientes pobres y a otras personas. No era gastadora ni ostentosa. Sólo quería tener su casa bien puesta y el jardín floreciente.

Al acercarme a la treintena me invadió una rara inquietud: ¿qué era yo, un hombre rico, un esposo afortunado, un buen burgués que se nada tenía que preocuparse? Cierto que los viajes con mi mujer, la lectura, la adquisición de obras de arte, y la buena música distraían mis

horas. Pero el gusanito de la desazón hacía su labor allí, muy adentro del alma... No sé lo que buscaba. Rosalinda lo advirtió. Un día evocando a Hans ella dijo:

—Querrías ser como él, arqueólogo, siempre tras de nuevos descubrimientos, no porque seas codicioso, sino porque lo que te interesa es ejercitar tus fuerzas, el camino que recorras.

—Tú lo adivinas todo.

Ella misma me propuso la experiencia: podría ir a "La Estrella", pasar unos días en soledad y buscar la huella de un yacimiento arqueológico perdido en el tiempo del que apenas daba noticia un folio colonial. "Pero eso sí —agregó— me prometes no dormir al aire libre, no llevarás tu saco de campaña". Lo ocultó tan bien que no lo pude encontrar. Prometí ausentarme sólo una semana, ser prudente y hacerme acompañar en mis correrías con gente de la hacienda. Así, de paso, observaba la marcha de la propiedad que aunque contaba con un honesto y buen administrador, había reducido la producción.

Recuerdo que antes de partir tropecé con Roberto quien después de oír mis razones no vaciló en reprochar mi actitud:

—No te comprendo —manifestó Roberto—. Tú el hombre feliz, al que nada falta, embarcándote en aventuras por lugares lejanos. ¿Todavía no te curaste de la inquietud juvenil?

—No lo comprendes, claro, porque no estás en mi lugar. Vives sumido en tus deportes y en tu comercio. Yo, en cambio, aunque soy dichoso con Rosalinda me hastío de los negocios y de la actividad cotidiana: siempre lo mismo. ¿Crearás que extraño a Hans, el buscador de novedades?

Me despedí de Rosalinda que vino al aeropuerto y el beso tierno que me dio mientras los maravillosos ojos oscuros se velaban de melancolía casi me hizo arrepentirme de la separación. Pero fue ella la que reaccionó con presteza: "anda, querido, estarás contento y volverás rejuvenecido a mis brazos".

Esta vez el viaje estuvo salpicado de incidentes. El corto vuelo a Potosí en un avión pequeño, tuvo que afrontar una tempestad imprevista. Dos, tres veces, caímos en vacíos que parecían estrellarnos al suelo. Sentí que la máquina era frágil para resistir los embates de un viento furioso que la llevaba de un flanco al otro como hoja extraviada en el aire. Mi amigo el piloto me tranquilizó: había salido de peores trances. Temía, sólo, que por los esfuerzos hechos por la máquina contra la tempestad, la gasolina se agotara antes de llegar al aeropuerto potosino. Faltando quinientos metros para agotar el combustible el avión carreteaba en la pista capitalina. Pasado el susto todos los pasajeros recobramos la calma.

En el hotel hubo un altercado entre mineros y políticos que bebían en el bar. Volaron botellas, sillas y hasta se oyeron unos disparos. Recordando la promesa hecha a mi mujer me escabullí prudentemente.

El prefecto era un personaje a quien no conocía y no me atrevía a pedirle el viejo "jeep". Don Manuel, mi administrador, me aguardaba con tres lindas mulas; él, su hijo y yo, las montaríamos para llegar hasta "La Estrella". Le agradecí su diligencia y me alegré de que tuviéramos que hacer el trayecto a lomo animal porque así podría tomar contacto moroso con mis amados altiplanos.

Al atravesar un río de poco caudal mi mula tropezó y si no me da una mano el hijo del administrador, habría cogido un buen remojón. Pocos kilómetros antes de llegar a la hacienda asistimos a un combate a piedra y honda entre los seculares enemigos indígenas. Furiosamente enfrascados en su contienda ni repararon en nosotros. Tuvimos que dar un rodeo no sin que una pedrada hiriera a Don Manuel en el hombro.

Por fin en "La Estrella". Recordé con pena al amigo desaparecido y más cuando recorriéndola advertí que los planes por él trazados la habían convertido en la mejor finca de la región.

Recordé la gruta que visitáramos con Hans, del Diablo, según decían lo lugareños. Quise entrar a ella nuevamente pero no pude hacerlo: nadie quiso acompañarme. Hacía poco se encontraron los cadáveres de los tres hermanos Mendoza, tres arrieros valientes que por apuesta no vacilaron en penetrar a su interior. La Gruta del Diablo devolvió tres cuerpos sin señales de violencia pero con los rostros desfigurados por el terror. Como sucede en los campos, las gentes eran supersticiosas y tuve que renunciar a mi propósito.

"La Estrella" tenía ganado vacuno, ovejuno y porcinos. Una vasta cuadra de caballos y otra de mulas, Producía trigo, maíz, arroz y azúcar en antiguos trapiches. Además contaba con bellos pastizales, agua abundante, y producía algunas frutas y flores que se vendían en Potosí. La escuela para 400 niños acogía a los hijos de los empleados y trabajadores de la finca y a otros niños de la comarca. Tenía también una capilla dedicada a la Virgen María, una plazuela de juegos infantiles y una excelente cancha de fútbol. No dí tanta importancia a la parte civilizada de la hacienda y preferí recorrer las vastas áreas de "La Estrella", lugares salvajes, desolados, de serranías y quiebras desoladas donde siempre me parecía que iba a encontrar algo sorprendente.

La víspera del regreso a Potosí después de cuatro día saturados de vida libre, plena, sumergido en el áspero encanto de las mesetas, ocurrió el incidente con un "yatiri" a quién querían colgar los indios del lugar porque —sostenían— embrujó a dos mujeres que desaparecieron sin dejar huella.

Intenté disuadirlos de su intento sin lograrlo. Yo sólo llevaba mi "Beretta" que nada podía hacer contra cerca de un centenar de indígenas armados con algunos viejos fusiles del tiempo de la reforma agraria, honda y porras y una fiereza amenazante que nada bueno presagiaba. Híceles decir con Don Manuel, que hablaba bien el quechua, que para eso habían leyes, que era la justicia la que debía juzgar si hubo o no culpabilidad del "yatiri".

Un indio viejo me apostrofó en castellano: "Tata", tú no entiendes estas cosas. Justicia de la "Pacha-Mama" es. Deja que lo debe suceder, sucede. Si te metes te traerá desgracia".

Nos alejamos sin poder evitar la suerte del infeliz que no quisimos contemplar.

Esa noche, en sueños, vi otra vez al "yatiri": movía la cabeza y me miraba con ojos tristes. "Es de mal agüero" —me dijo Don Manuel—; "señor: debe cuidarse mucho entes de volver a casa".

27

Volví a La Paz. Rosalinda me acogió dulce y temblorosa, más linda y más fresca después de ocho días de ausencia.

Eugenio tenía ya su primera niña y Roberto andaba encantado con Livia, su joven esposa. Las tres parejas íntimamos, teníamos gustos afines y me prometí que no volvería a sentir hastío. Las excursiones dominicales al Lago y a los Yungas o a puntos distantes de la ciudad agradaban a todos seis. Así pasamos algunos meses de fina amistad y sanos regocijos. No podía quejarme, me quedaba la esperanza que Rosalinda me daría heredero, y este anhelo secreto colmaba mis días.

Bruscamente la recesión mundial cayó en todo el planeta. El mercado monetario se vino abajo, cayeron los valores bolsísticos, se derrumbaron las finanzas públicas, se hundieron las fortunas. A pesar de lo bien administrados que estaban mis negocios fui sumergido por la crisis,

estuve a punto de perderlo todo y sólo me salvé debido a "La Estrella", cuyos extensos cultivos producían las ansiadas proteínas que el mundo requería. Tuve, pues, que realizar viajes periódicos a la finca potosina que me daba doble satisfacción: la de comprobar que teníamos una reserva para la familia y el retorno a los brazos de Rosalinda que siempre se me antojaba como regresar a los brazos del hada de encantaba mi vida.

Por ese tiempo solía tener dos clases de sueños que me sobresaltaban: uno con Hans que me llevaba por caminos interminables y tortuosos a la busca de un tesoro que jamás encontrábamos; otro con el Teodoro Mamani con quien sostenía diálogos angustiosos, que al despertar no recordaba con precisión sino sólo en la sensación de angustia que me producían. Ertlinger se me aparecía siempre con un aire de tristeza, a veces duro, sombrío a veces. El Mamani, en contraste llegaba sereno, envuelto en su aura misteriosa, sólo sus palabras sugerían tristeza. Creí que ambos querían prevenirme de futuros sucesos.

Conté a Rosalinda esos sueños de los que a veces me despertaba sudando y asustado.

—Ellos dejaron huella en tu espíritu —dijo mi esposa— y es natural que sigan visitándote. No los temas, terminarán yéndose.

Sucedió así. Entonces una pesadilla mayor sustituyó a los reencuentros oníricos con ambos amigos: el Cóndor Blanco aterrizaba mis noches. No todas, ciertamente, pero sí una vez pro semana o cada quince días, no lo puedo precisar bien; lo suficiente para angustiarme porque cada aparición terminaba arrebatándome del suelo el ave gigantesca no con sus garras sino adhiriéndome al blanquísimo plumaje mientras yo veía, aterrizado, cómo el paisaje corría velocísimo bajo mis pies.

Rompí mi silencio, jamás había contado a nadie, a excepción de los psiquiatras mis extrañas experiencias, y después de escucharme con atención Rosalinda expresaba:

—No puedo explicarlas. Esas cosas sobrenaturales siempre me dieron miedo, no quiero ni pensar en ellas. En los cuatro años de vivo a tu lado nada advertí que no atestigüe tu perfecta salud y normalidad mental. Ejercita tu voluntad como los yoguis, proponte despertar cuando esa ave fabulosa quiera aproximarse a ti.

Sucedió exactamente así. Mediante ejercicios respiratorios y concentraciones mentales logré educar mi voluntad onírica. Cuando el Cóndor Blanco aparecía en el sueño, mi cerebro daba la voz de alarma, resistió victorioso su cercanía y el momento que se disponía a cogerme me despertaba contento por haberme sustraído a su siniestro influjo. También estos sueños amenazadores cesaron y volví a sentir inmensa gratitud hacia mi esposa: ella me había enseñado cómo librarme de la pesadilla mayor.

Seguí cultivando el yoga, fortalecí mi carácter, me torné un hombre sereno con perfecto dominio de mis nervios. Así hasta nació Dominguito, a los cinco años de nuestro matrimonio y entonces me consideré el hombre más dichoso del mundo.

Pasaron varios años en plácido discurrir. Eugenio surgió en política, llegó a Ministro de Estado; Roberto, campeón nacional en el pentathlon acrecentó sus negocios comerciales; yo era un rico minero y hacendado; completé la parejita con Inés, y Rosalinda y mis dos hijos constituían la fiesta de mis ojos. Alguna vez, reunidos en cena recordativa, todos tres reconocíamos: "tuvimos más de lo que merecíamos. Fuimos elegidos por los dioses".

Pasaron los años cuando bruscamente la desgracia se abatió sobre nosotros, en forma inesperada, violenta, cruel. Eugenio perdió en un accidente a su esposa y al menor de sus tres hijos. Roberto fue abandonado por su mujer a la que amaba con pasión. Y a mí me fue tan mal en mis asuntos —mala suerte, administración desatinada o destino— que las minas se tragaron todos mis ingresos. Apenas pude salvar una casita en la ciudad, ésta y la finca estaban

hipotecadas a los bancos, pero la finca seguía produciendo lo preciso para no perderlas. Los chicos asistían a colegio y no podíamos llevarlos al campo, lo que pareció solución en cierto momento. Luego Rosalinda, con su peculiar firmeza de carácter sentenciaba:

—Aunque nos duela la separación, "La Estrella" es nuestra única esperanza. Tendrás que vivir temporadas en ella y otras con nosotros".

La situación se agravó por la política: accedió un gobierno izquierdista al poder y como los tres éramos o habíamos sido personas pudiente, bien acomodadas, resultamos ingratos para los nuevos gobernantes. Mis amigos agobiados por las penas descuidaron sus intereses sumándose a ello la manifiesta hostilidad del régimen que trababa sus actividades. Tampoco a mí me resultaba fácil colocar mis productos agrícolas que me veía obligado a vender por terceras personas.

Como ocurre con frecuencia, la desdicha acerca a los amigos. Pasábamos temporadas juntos en "La Estrella", los llevaba en mis correrías por el altiplano, en busca de ruinas arqueológica o de aventuras arriesgadas. Alguna vez nos extraviábamos en al Cordillera. También gustaban de ayudarme en la finca a la que yo diera forma de cooperativa, asociando a los nativos y a los empleados, de modo que no tenía conflictos laborales.

Me dolía estar separado de mi hogar al que sólo acudía una semana de cada mes, pero el trabajo y la vigilancia rendían buenos frutos y al cabo del primer año de consagrarme a "La Estrella" pude levantar la hipoteca de la casita en La Paz. Mi esposa sólo vino el mes de vacaciones y luego tuvo que volver a la ciudad con Inés y Dominguito. Los amigos, en cambio, me visitaban con frecuencia, Eugenio recordaba siempre a la desaparecida, Roberto que no quería oír hablar de mujeres.

Confieso que a veces me acosaban los recuerdos... ¿Qué sería del Teodoro Mamani, por qué no volví a ver al cóndor blanco, sería capaz de sumergirme nuevamente en al Cueva del Diablo? Ya no sentía esa ansiedad rica de ilusiones al emprender una excursión, ni el paisaje me devolvía las emociones de novedad y maravilla que encendía mi juventud en sueños de grandeza... A mis amigos, menos visitados por la incitación poética, les gustaban más la caza, el cateo de minas, empresas prácticas que vagancias desbrujuladas. Pero aceptaban de buena gana lo que yo les proponía. Pero aceptaban de buena gana lo que yo les proponía.

Una noche, al calor de la hoguera, Eugenio comentaba melancólico:

—Pensar que años atrás creíamos ser elegidos de los dioses... Ahora somos víctimas.

Hice cambiar la conversación para que no recayeran en su dolor amortiguado por el tiempo. Fue entonces que me asaltó la idea de dormir al aire libre, bien envueltos en las camas de campaña que tuve la previsión de traerme de La Paz. La casa de hacienda de "La Estrella" estaba situada en una hondonada al abrigo de los vientos de la puna. Era, además, verano, y los rigores del frío bastante atenuados.

Mis amigos aceptaron entusiastas la iniciativa. "Los despertaré una hora antes del alba y verán un mundo nuevo", les dije para aumentar su interés.

Dudo que esa primera noche que dormían a la intemperie, aunque bien forrados en pieles, hubiesen podido dormir plenamente; dormir a trechos, tal vez.

Nos acostamos temprano —serían las nueve— y yo dormí bien hasta las cinco, hora en la cual mi despertador me puso en pie. Hice levantar a mis amigos y todavía con ayuda de linternas subimos a una loma desde la cual cuando hubiera luz podríamos avizorar el paisaje. Todo era nuevo para ellos, para mí todo familiar. La luna en cuarto menguante se recortaba en el cielo oscuro ofreciendo la clásica imagen del alfanje amada por los poetas persas.

Llegó la hora indecisa del pre-amanecer, todavía más sombras que claridad, y de pronto sentimos un ruido formidable como aguas precipitándose en torrente.

—¡Miren! —gritó Eugenio—, el cielo se está moviendo...

Alzamos la vista y efectivamente el cielo daba la sensación de moverse pavorosamente de un extremo al otro del horizonte, un cielo sin nubes, todavía oscuro, una inmensa masa plomiza que amenazaba desplomarse sobre nuestras cabezas.

—¡Es imposible! —agregó Roberto— esto se mueve como cosa viva, cuando el cielo sin nubes carece de movimiento.

Quedamos en suspenso: el espectáculo fascinaba y daba miedo a la vez. Poco a poco la sombra cedió paso a la claridad y el cielo movedizo se fue tornando gris, pálido, hasta revelarse blanco como si se tratara de una sola nube colosal. Pero no era una nube, ni tampoco el cielo: yo lo reconocí al instante: era el Cóndor Blanco, tan inmenso esta vez, que cubría los horizontes. Su masa gigantesca interceptaba los rayos solares que apenas se filtraban casi a ras del suelo. La cabeza, también descomunal, debía estar arriba, muy arriba. Nosotros sólo divisábamos el terrorífico manto blanco que se movía aproximándose y retirándose alternativamente.

—Es el cóndor blanco —murmuré.

—Estás loco —repuso Eugenio— ¿cómo iba ser un animal? No los hay de esa magnitud; es el cielo, un cielo animado que puede hacernos daño.

—¡Oh! —añadía Roberto— esto es increíble.

La gran masa algodonosa se movía amenazadora de un flanco al otro y de arriba hacia abajo. Mis amigos creyeron en un fenómeno óptico, en una rareza celeste, estaban convencidos de que el cielo se movilizaba por sí, obedeciendo a una fuerza oculta que no alcanzaban a precisar.

No intenté disuadirlos, no habrían creído en la existencia del animal fabuloso que me asediaba después de tantos años.

El ruido de sus alas era aterrador; pero ¿eran alas esas portentosas masas que formaban arco en el espacio? No acertaba a comprender la presencia del ave titánica y menos que cada vez llegara más grande hasta trocarse en un portentoso de la naturaleza. Aclaró algo más; Eugenio y Roberto se miraron estupefactos: no comprendían lo que pasaba.

—¿Cóndor dijiste? —preguntó Roberto—. Más parece una montaña de nieve que pendiera sobre nosotros.

—Estamos viendo visiones —expuso Eugenio—. Se trata sólo de un fenómeno atmosférico.

Pero un fuerte aliento animal, el ruido de aguas desbordadas y el aire embravecido por los embates del ave tremenda los persuadieron que había algo más que un suceso natural.

—Mejor nos vamos —dijo Eugenio.

—Es lo más prudente —completó Roberto.

Yo permanecía como clavado al suelo.

—No seas loco, vámonos —clamó Eugenio tirándome de la manga.

Apenas nos movimos el Cóndor Blanco también se movió como avisando que nos tenía bien vigilados. Bruscamente la espantosa materia algodonosa se aproximó como si fuera a rozarnos. Instintivamente nos paralizamos de pavor. La masa blanca se remontó nuevamente.

—Estamos prisioneros —musitó Eugenio.

Inesperadamente, obedeciendo a no sé qué extraña decisión, me aferré fuertemente al amuleto que me regalara el Teodoro Mamani y alzándolo hacia el cielo desafié:

¡Ven, no te temo, ven!

El aire se pobló d bramidos y el descomunal cuerpo blanco ondulaba en ondas de furor. No se atrevía a descender, seguía vigilándonos. De pronto mis dos amigos echaron a correr. "¡No sean locos —alcancé a gritarles— unidos y quietos saldremos del peligro".

Ellos no me escucharon y siguieron corriendo colina abajo. Amanecía y me fue posible distinguir claramente sus bultos en acelerado descenso. Volví a gritarles: no me oyeron. Fue entonces que ocurrió lo increíble: la terrible presencia animal se abatió sobre mis amigos y literalmente se los tragó en el descomunal plumaje. Nunca volví a verlos.

Sentí una colosal remezón aérea y el Cóndor Blanco se alejaba, se alejaba en su vuelo pavoroso que alteraba todas las leyes de la naturaleza porque parecía un inmenso pedazo del mundo escapando hacia las lejanías...

FIN

© Rolando Diez de Medina, 2003
La Paz - Bolivia

[Inicio](#)

Comentario

He aquí un libro singular que sobre un fondo ancestral proyecta una novela de aventuras capaz de captar la atención del lector más exigente.

Es la quinta novela del celebrado escritor nacional Fernando Diez de Medina. Las cuatro anteriores que obtuvieron éxito de la crítica nacional y extranjera fueron: MATERIO MONTEMAYOR, EL BUSCADOR DE DIOS, EL ATLANTE Y LA REINA DE SAMOS Y COPAKAWANA.

En esta nueva narración el autor exalta dos figuras centrales: el Teodoro Mamani, idealización del indio que encarna el fondo legendario y misterioso de la raza andina con su saber oculto; y el ave fabulosa, animal totémico del Ande que como en los relatos de Melville o de Poe el novelista paceño acrecienta en modo gigantesco a manera de un símbolo de las cumbres andinas.

Están pues raza y paisaje bien configurados. Sebastián y Rosalinda tejen una fina historia de amor. Los otros protagonistas Eugenio, Fenisa, Roberto y Ertlinger, diestramente fisonomizados son los vértices humanos de esta novela que relata además el encuentro de un tesoro escondido.

Página: 68
Tiene pues EL CONDOR BLANCO todos los ingredientes de una novela de suspenso cuya trama se desenvuelve en modo dramático y sugestivo.

Compuesta en el estilo que aúna realidad e imaginación en su característico "modo fantástico", es una animada y bella expresión del paisaje y del habitante de los Andes, novela típicamente boliviana de tema, de sentido y de mensaje creador.